
HARLEQUIN
Jazmín
LA DINASTÍA FALCON
Lucy Gordon
Unidos por fin

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Unidos por fin, n.º 2549 - julio 2014
Título original: The Final Falcon Says I Do
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4593-0
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

IBA a ser la boda del año. En una elegante iglesia del centro de Londres, abarrotada de gente rica y famosa, Amos Falcon, el gigante financiero cuyo nombre inspiraba respeto y furia en igual medida, acompañaría a su hijastra al altar para que se casara con Dan Connor, un hombre importante en la industria televisiva. Pero eso no impresionaba a Amos Falcon. Todo el mundo sabía que había querido casar a su hijastra con uno de sus propios hijos, pero no lo había conseguido. Una de las pocas ocasiones en las que no se salió con la suya. La emoción iba creciendo. La boda era a mediodía, pero las cámaras de televisión estaban allí desde una hora antes. Corría el rumor de que iba a asistir toda la familia Falcon, lo que significaba que estarían los cinco hijos de Amos, que llegarían de Inglaterra, Estados Unidos, Rusia y Francia. Algunos eran famosos y ricos. Todos eminentes. Y nadie quería perderse su llegada.

–Travis Falcon –suspiró una joven periodista–. Ay, espero que aparezca. Siempre veo sus series de televisión y me encantaría conocerlo.

–¿Crees que vendrá desde Los Ángeles hasta Londres? –preguntó Ken, el cámara que iba con ella.

–¿Por qué no? Estuvo en Moscú el mes pasado para asistir a la boda de Leonid. Oye, ¿quién es ese?

Un murmullo de expectación acogió la llegada de un coche de lujo, del que salió una pareja elegantemente vestida. Pero luego se escuchó un tenue gemido de desilusión. Aquel hombre no era Travis.

–Marcel Falcon –murmuró Ken–. El hermano francés. Y el que va en el coche de atrás es Leonid.

Ken apuntó la cámara hacia los dos hermanos cuando subieron los escalones de la entrada y desaparecieron en el interior, y luego la dirigió rápidamente a otro coche, del que salieron un hombre y una mujer.

–Darius –dijo Ken–. El inglés.

–¿Y qué pasa con Jackson? –preguntó la joven–. Él también es inglés, y después de Travis es el más conocido por las series documentales que hace para televisión.

–No es un invitado cualquiera. Es el padrino, y llegará con el novio. Después lo harán Amos y Freya, la novia. ¡Ah, mira quién sale del coche! Es la madre de Freya, la actual esposa de Amos Falcon.

La señora Falcon tenía unos cincuenta y tantos años, era esbelta y elegante, pero tenía un aire reservado que la hacía sobresalir en aquel ambiente. Se apresuró a subir la escalera, como si se sintiera incómoda bajo los focos.

En el interior de la iglesia, Darius, Marcel y sus esposas la esperaban. La abrazaron con cariño y Darius dijo:

–Hoy debe de ser un día muy feliz para ti, Janine. Freya ha escapado por fin del terrible destino de tener que casarse con uno de nosotros.

Su madrastra le miró con afecto.

–Sabes muy bien que os tengo mucho cariño a todos –aseguró–. Y, si Freya hubiera querido realmente casarse con uno de vosotros, yo no habría tenido ningún problema. Pero ya sabes cómo es Amos…

Ellos asintieron, conscientes de lo obstinado que podía llegar a ser Amos cuando se le metía una idea en la cabeza.

–¿Cómo le convenciste para que concediera la mano de Freya? –murmuró Harriet, la mujer de Darius–. Creí que era lo último que deseaba hacer.

–Así es –reconoció Janine–. Le dije que, si no lo hacía él, lo haría yo. Cuando se dio cuenta de que lo decía en serio, se rindió. Cuando pensó que podríamos tener una desavenencia familiar en público…

–La gente se habría reído de él –afirmó Harriet–. Y no habría podido soportarlo. Casarse contigo es lo mejor que le ha pasado en la vida a Amos. Eres la única persona que puede evitar que haga tonterías.

–Shh –Janine le puso un dedo en los labios–. Nunca le digas que te lo he dicho.

–Te lo prometo.

Unas exclamaciones de júbilo en el exterior los pusieron en alerta.

–Travis –dijo Harriet–. Cuando les oyes gritar de alegría es porque viene Travis. Apuesto a que está lanzando besos a todo el mundo y rodeando con los brazos la cintura de las chicas.

–No si Charlene está con él –observó Janine–. Está obsesionado con no herir sus sentimientos.

–Y lo más gracioso es que a ella no le importa –comentó Darius–. Puede hacer lo que le plazca porque Charlene sabe que come de su mano.

–A mí me parece un acuerdo perfecto –aseguró su esposa.

–Porque sabes que cuando tú chasqueas los dedos yo acudo, ¿verdad? –le dijo Darius sonriendo.

La mirada que compartieron parecía resumir la felicidad que derrochaba toda la familia aquellos días. Uno a uno, los hijos habían encontrado a las mujeres perfectas para ellos.

Darius les había dado la espalda a las mujeres de la alta sociedad y se había casado con Harriet, una chica de la isla de la que era dueño. Marcel había encontrado de nuevo el amor con Cassie, la mujer que una vez perdió. Travis había buscado la protección de Charlene para refugiarse del acoso de la prensa, y había descubierto que la necesitaba más de lo que nunca se imaginó. Y el amor de Leonid y Perdita había sobrevivido a peleas y malentendidos porque estaban predestinados desde que se conocieron. Solo quedaba un hijo soltero: Jackson, que le había presentado a Freya a Dan Connor, el hombre con el que se iba a casar aquel día.

–¿Sabe alguien algo del novio? –preguntó Harriet.

–Es el dueño de una importante productora de televisión –explicó Travis–. Sus documentales han convertido a Jackson en una estrella.

–Ya va a empezar la ceremonia –intervino Janine.

–Sí. Será mejor que ocupemos nuestros sitios –sugirió Travis–. Dan y Jackson ya deberían estar aquí. Me pregunto dónde se han metido.

–¿No estás listo todavía? –gritó Jackson a través de la puerta entreabierta del dormitorio–. El coche ya está abajo.

–Casi –respondió Dan apareciendo–. Solo me faltan los últimos

toques.

El espejo le devolvió la imagen de dos hombres de treinta y tantos años, ambos altos y guapos, ambos vestidos para una boda.

Jackson era el más guapo de los dos. Tenía una sonrisa encantadora capaz de transformarle. La gente solía decir que, de todos los hijos, era el que más se parecía a Amos Falcon. Tenía el rostro adusto y las facciones firmes como él. El cabello blanco de Amos fue una vez castaño claro, como el de Jackson, y tenían los ojos del mismo azul profundo.

–¿Estoy bien? –preguntó Dan mirándose al espejo.

–A mí me parece que sí –aseguró Jackson sonriendo–. Eres la viva imagen del novio absolutamente feliz.

Dan le miró con rencor.

–Cállate, ¿quieres? No existe eso del novio absolutamente feliz. Todos temblamos de miedo ante el paso que estamos a punto de dar.

–Ahora que lo dices, tienes razón –reflexionó Jackson–. Mis hermanos estaban muy nerviosos en sus bodas. Al menos, hasta que tuvieron bien atadas a sus novias. Entonces se relajaron.

Pero Jackson se dio cuenta de que había algo más detrás de la tensión de Dan. Dan estaba en la flor de la vida, era rico y exudaba seguridad en sí mismo. Eso le había ayudado a levantar Producciones Connor, conocida por sus coloridos documentales. También le había llevado a sobrevivir en el mundo de las relaciones sin llegar nunca a comprometerse.

Pero, cuando Jackson le presentó a Freya, aquel recelo empezó a desvanecerse, hasta que de pronto, sin previo aviso, hizo una decidida proposición. Jackson lo sabía porque estaba sentado dos mesas más allá en el mismo restaurante, y había escuchado claramente a Dan decir:

–¡Ya está! He tomado una decisión. Lo que tienes que hacer es casarte conmigo.

Freya había soltado una de aquellas carcajadas que constituían uno de sus encantos.

–Ah, ¿tengo que hacerlo? –bromeó.

–Sin duda. Está todo arreglado. Serás la señora Connor –le pasó una mano por la nuca y la atrajo hacia sí, sin importarle que los demás comensales se rieran y aplaudieran. Al día siguiente le

compró un anillo con un diamante y comenzaron las celebraciones.

Jackson se alegraba por los dos. Freya había sido su hermanastra durante seis años. Su relación podía calificarse de irregular. A veces se llevaban bien, y a veces ella le retaba.

–¿Quién eres tú para darme órdenes? –le preguntó una vez.

–Yo no estoy…

–Sí lo estás. Ni siquiera eres consciente de ello. Eres igual que tu padre.

–¡Eso es horrible!

–¿Por qué? Creía que lo admirabas.

–A veces –contestó él–. Pero no me gusta cuando da órdenes sin darse cuenta. Yo no soy como él, así que retíralo.

La pelea terminó con risas, como solía suceder entre ellos.

Jackson la tenía ahora en alta estima. Era una chica sensata con la suficiente inteligencia para haber obtenido el título de Enfermería con notas altas, que sabía pelearse de forma divertida. No sería nunca una gran belleza, pero tenía un aspecto agradable. Tenía que reconocer que Dan había elegido bien.

Justo después de su compromiso, Jackson tuvo que marcharse a filmar un documental al otro lado del mundo. Regresó una semana antes de la boda y se dio cuenta de que su amigo estaba muy nervioso. No le dio mucha importancia, pensando que se trataría de los típicos nervios de antes de la boda.

–Vamos –dijo abriendo la puerta de la calle–. Es hora de irnos.

–Un momento –le pidió Dan–. Hay algo que…

–Deja de preocuparte. Llevo el anillo –Jackson se sacó del bolsillo una cajita, la abrió y mostró la alianza de oro–. Esto es lo que te tenía inquieto, ¿verdad?

–Claro, claro.

La tensión del tono de Dan hizo que Jackson le mirara con cariño y le diera una palmadita en el hombro.

–Todo está bien –le aseguró–. Nada puede salir mal. Es hora de irnos.

En unos instantes estuvieron abajo, saludando al chófer, y se sentaron en la parte de atrás del coche. La iglesia no estaba muy lejos, pero había mucho tráfico aquella mañana. Cuando empezaron a avanzar a paso de tortuga, Jackson exhaló un suspiro de frustración.

–Si tardamos más, papá y Freya llegarán antes que nosotros.

–¿De verdad va a dejar Amos que se case? No me hago a la idea.

–¿Por qué no iba a hacerlo? Ah, ¿lo dices porque quería que se casara con uno de sus hijos? Cuando Leonid se casó con Perdita solo quedaba yo, y le dije que se olvidara. Me cae bien Freya, pero nada más.

–¿Y por eso me la presentaste a mí? ¿Con la esperanza de que yo hiciera lo que tú no querías hacer?

–Claro que no –afirmó Jackson asombrado–. No tenía ningún plan secreto.

–Vamos, confiabas en que el viejo se rindiera. Pero no fue así. Removió cielo y tierra para evitar esta boda.

–¿Qué diablos quieres decir con eso?

–Vino a verme cuando empecé a salir con Freya. Me advirtió que me alejara de ella. Insinuó que, si no lo hacía, podría perjudicarme financieramente.

–Pero tú le dirías que se perdiera, ¿no?

–No le dije nada. No tuve oportunidad. Dijo lo que tenía que decir y se marchó dando un portazo. Supongo que dio por hecho que haría lo que él decía.

–Sí –murmuró Jackson–. Él funciona así. Amedrenta a la gente. Pero no a ti. Tú te enfrentaste a él y le pediste matrimonio a Freya. Bien por ti. Es afortunada de tener un hombre que la quiera tanto.

–Pero yo no estoy enamorado de ella –explotó Dan–. Me puse furioso, eso es todo. No me gusta que nadie me dé órdenes. Lo siento, ya sé que es tu padre, pero…

–No pasa nada –le interrumpió Jackson–. Pero… ¿me estás diciendo que solo te declaraste a Freya porque estabas enfadado? No me lo creo.

–Créetelo. Estaba fuera de mí. Pero de pronto estábamos prometidos y… diablos, no sé. Es una chica simpática, pero no estoy enamorado. Y, si Amos no hubiera intentado impedirme que me declarara, nunca lo habría hecho.

–No me lo creo –insistió Jackson–. Yo estuve en vuestra fiesta de anuncio de compromiso, y vi a dos personas enamoradas.

–Sí, interpreté el papel de amante enamorado, ¿y sabes por qué? Porque Amos estaba allí con cara de querer asesinarme. ¡Cómo lo disfruté!

–Pero te dio su mano.

–Supongo que su mujer le retorció el brazo para que lo hiciera. Freya es su hija, y seguro que no quería que Amos causara problemas.

Jackson se pasó la mano por el pelo.

–A ver si lo entiendo –murmuró asombrado–. ¿Has dejado que las cosas lleguen hasta aquí, y me estás diciendo que no estás enamorado de la chica con la que estás a punto de casarte?

–Así es, no lo estoy. Pero… ¿qué puedo hacer? Está claro que ella sí está enamorada de mí y ahora me veo atrapado. Siento que la soga me va apretando cada vez más el cuello.

–Tendrías que haber sido sincero con ella –afirmó Jackson furioso–. Ahora le harás más daño si te casas con ella sin amor y luego la abandonas.

Jackson habló sin pensar debido a su estado de agitación. Más adelante se maldeciría a sí mismo por estúpido, pero para entonces ya sería demasiado tarde.

–Eso es verdad –dijo Dan mirándole como si de pronto se hubiera hecho la luz–. Pero todavía hay tiempo de arreglar las cosas.

El coche se detuvo en un semáforo. Dan abrió la puerta para bajarse.

–Tú ve a la iglesia –dijo–. Explica por qué no puedo ir contigo. Haz que se den cuenta de que no tengo opción.

–¿Cómo? No seas ridículo. Ahora no puedes dejarlo así.

–Tengo que hacerlo. Me acabas de abrir los ojos.

–¡Dan! No te atrevas a… ¡Ven aquí!

Pero Dan cerró de un portazo y echó a correr.

–Espere aquí –le pidió Jackson al chófer mientras salía a toda prisa del coche–. ¡Dan! ¡Ven aquí! ¡Vuelve!

Pero Dan corría a toda velocidad, atravesando el tráfico. Llegó al otro lado de la calle y desapareció en un callejón. Jackson fue tras él todo lo rápido que pudo y estuvo a punto de ser atropellado por un coche. Pero, cuando llegó a la calle, no había nadie.

–¡Dan! –gritó–. ¡No puedes hacer esto! ¡Por favor!

No obtuvo respuesta.

–¿Dónde te has metido? –recorrió la calle buscando por todas partes sin ningún resultado–. ¡No quería decir lo que dije! –gritó–.

He hablado sin pensar, pero no era mi intención… ¡No hagas esto!

Subió y bajó la calle unas cuantas veces más antes de enfrentarse a los hechos.

–Oh, no –gimió–. Esto no puede estar pasando. Es culpa mía que… Dios, ¿qué he hecho? –se dirigió de nuevo al coche y se dejó caer en el asiento de atrás–. A la iglesia –ordenó.

El edificio apareció finalmente ante sus ojos, y Jackson volvió a gemir al ver a la multitud emocionada y a las cámaras.

–Por aquí no –le pidió al chófer–. Vamos por la parte de atrás.

Se tumbó con la esperanza de que no le vieran, y no volvió a sentarse hasta que llegaron a la puerta trasera de la iglesia. Le pagó al chófer, añadiendo una generosa propina y se llevó un dedo a los labios. Luego entró en la iglesia lo más rápidamente que pudo.

En los siete años que llevaba haciendo documentales, Jackson había tenido muchas oportunidades de poner a prueba su valor. Se había enfrentado a leones, había nadado en aguas peligrosas, había escalado cimas elevadas. Pero ninguna de aquellas cosas le había provocado un nudo en el estómago como el que tenía en aquel momento.

Trató de decirse a sí mismo que Freya se lo tomaría bien. Había estudiado para enfermera y era una mujer fuerte y eficiente, no una lánguida florecilla. Pero una voz interior no le dejó salirse con la suya. «Te estás diciendo lo que quieres creer. Esto va a destrozarla, y es culpa tuya, así que deja de intentar ponerte las cosas fáciles a ti mismo».

Cuando entró en silencio en la parte central de la iglesia vio a su familia ocupando las filas de delante. Travis alzó la vista y le hizo un gesto para que se acercara.

–¿Qué pasa? –le preguntó cuando tuvo a Jackson cerca–. ¿Dónde está el novio?

–No va a venir. Ha cambiado de opinión en el último momento y se ha bajado del coche. Intenté seguirle, pero le perdí de vista.

–¿Qué quieres decir? –intervino Janine–. No puede dejar plantada a mi hija con la boda a punto de celebrarse.

–Me temo que eso es lo que acaba de hacer. Al parecer, tenía dudas y de pronto ha cambiado de opinión.

Antes de que nadie pudiera decir nada más, el órgano empezó a sonar, anunciando la llegada de la novia.

–Oh, no –gimió Jackson.

–Ya están aquí –dijo Darius–. Dios mío, qué desastre.

Todo el mundo miró hacia el final del pasillo, donde se podía ver claramente a Amos llevando a Freya del brazo. Jackson se maldijo a sí mismo por su torpeza. Tendría que haber esperado fuera y decirle allí lo que pasaba. Entonces Freya se habría dado la vuelta y no tendría que pasar por la humillación de avanzar hacia el altar.

Pensó en correr hacia ella, avisarla antes de que se acercara más, pero ya era demasiado tarde. La gente ya había reconocido a Amos. Algunos le saludaban, otros salían al pasillo para estrecharle la mano. A Jackson no le quedó más opción que esperar, sufriendo una agonía de impaciencia, con los ojos clavados en Freya.

Durante un instante le pareció estar viendo a otra persona. La mujer fuerte y sensata que vivía en su cabeza había desaparecido, reemplazada por una joven elegante vestida de seda blanca. El cabello rubio, que normalmente llevaba liso, se mostraba ahora rizado con un exótico peinado y cubierto por un velo de encaje que llegaba hasta el suelo.

Había en ella un brillo que no había visto nunca antes. Sonreía como si el destino le deparara algo maravilloso. Tenía el aspecto de una novia feliz, y Jackson cerró los ojos, angustiado por lo que estaba a punto de suceder. Cuando se acercaron a él y vieron que estaba solo, Amos frunció el ceño.

–¿Dónde está el novio? –gruñó–. ¿Por qué no está aquí contigo?

–Shh –Freya le silenció llevándose un dedo a los labios–. Habrá ido al baño. Estará aquí enseguida –le dirigió a Jackson una sonrisa–. Supongo que anoche bebería mucho, ¿no?

Jackson no podía soportar tanta buena voluntad. ¿Cómo era posible que Dan no quisiera casarse con una criatura tan dulce?

–Me temo que hay un problema –murmuró en voz baja–. Dan no está aquí. No… no va a venir.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Freya–. ¿Está enfermo? Oh, Dios mío, debo ir con él.

–No, no está enfermo –aseguró Jackson–. Lo siento, Freya, pero ha cambiado de opinión en el último momento. Se bajó del coche y salió corriendo. Ni siquiera sé dónde está ahora.

–¿Salió corriendo? –susurró Freya–. ¿Para huir de mí? Oh, no –

retiró la mano del brazo de Amos y se giró para mirar a Jackson–. Pero… ¿por qué?

–Le ha fallado el valor –dijo Jackson incómodo.

Aquellas palabras dieron vueltas en la cabeza de Freya.

–¿Qué… qué quieres decir con que le ha fallado el valor? –tartamudeó–. No hace falta valor para… para…

«Para casarte con la persona que amas». Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero no las dijo.

Jackson lo entendió y trató de encontrar una respuesta.

–Es un momento muy importante –consiguió decir–. Algunos hombres no son capaces de enfrentarse a él.

Pero Dan estaba acostumbrado a los momentos importantes y los dos lo sabían. La mirada de recelo de Freya le hizo saber que debía buscar algo mejor que decir.

–¿Por qué? –le preguntó ella con vehemencia–. ¿Qué ha pasado realmente?

–Él… de pronto no pudo con esto.

Freya se apartó de él y trató de enfrentarse a los sentimientos que la atravesaron. Dolor. Asombro. Desilusión. Humillación. La humillación terminó ganando la partida.

Dan la había engatusado, iluminó su mundo gris de luz y la hizo sentirse especial, una mujer que las demás envidiaban. Y ahora la estaba tirando al barro delante de todo el mundo. Apretó los puños, se los llevó a los ojos y emitió un suave gemido.

Detrás de ella, Jackson extendió la mano para tocarla, pero ella se apartó.

–Estoy bien –dijo dejando caer las manos.

Jackson no se lo creyó ni por un instante, pero respetó su decisión de aparentar fortaleza.

Amos estaba que echaba humo.

–Verás cuando le ponga las manos encima.

Jackson estuvo a punto de lanzarle una amarga acusación a su padre, de decirle que su actitud había sido el desencadenante. Pero hizo un esfuerzo por contenerse por el bien de Freya.

Los invitados habían empezado a murmurar. El sacerdote se acercó más a ellos.

–Tal vez quieran entrar en la sacristía para hablar en privado –susurró.

Amos le ofreció a Freya la mano, pero Jackson se le adelantó, tomándola del brazo para llevarla lejos de las miradas curiosas. El resto de la familia les siguió.

Cuando estuvieron a salvo en la sacristía, Jackson repitió la historia sin soltar la mano de Freya.

–Le mataré –murmuró Amos.

–Ponte a la cola –dijo Travis–. Todos queremos acabar con él.

–No –aseguró Freya–. Yo soy la que tengo que ocuparme de esto. Debo hablar con él. Necesito un teléfono.

–No le llames ahora –se apresuró a decir Jackson.

–Sí, ahora.

Darius sacó un móvil. Freya trató de agarrarlo, pero Jackson se le adelantó y la agarró de la muñeca.

–Suéltame –le dijo ella–. Darius…

Pero Darius había captado la mirada de advertencia que le lanzó Jackson.

–Tiene razón, Freya –admitió–. Ahora no. Tómate un tiempo primero.

Ella se giró furiosa hacia Jackson.

–¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?

–Soy tu hermanastro y estoy preocupado por ti –afirmó él.

–No puedes darme órdenes. Dame ese teléfono. Tengo que hablar con Dan.

–Espera. Déjame a mí.

Jackson no sabía qué esperaba conseguir hablando primero con Dan. La situación ya estaba completamente fuera de control. Pero sacó su propio móvil y marcó el número. Solo se escuchó el silencio.

Freya perdió la paciencia, le arrebató el teléfono y volvió a marcar. Siguió sin obtener respuesta. Cerró los ojos, sintiendo como si estuviera rodeada de un infinito en el que no hubiera luz ni sonido. Solo la nada. Finalmente se rindió.

–Ha apagado el teléfono –dijo en tono sombrío–. Ha salido huyendo de mí. Tengo que marcharme de aquí. ¿Cómo puedo llegar a la puerta de atrás? No puedo volver a pasar por ese pasillo con todo el mundo mirándome.

–Vamos –dijo Jackson tomándola del brazo para sacarla de allí.

Para su alivio, encontró enseguida una salida. Pero el alivio le duró poco. Todos habían visto que había llegado sin Dan y ya se

había corrido la voz entre la gente congregada y entre la prensa. Había muchas personas en la parte de atrás de la iglesia que esperaban con curiosidad. Cuando Freya apareció se escucharon unos gritos.

–¡Ahí está! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el novio?

–¡Fuera de aquí! –gritó Jackson–. ¡Dejadla en paz! –se puso delante de ella agitando las manos–. No pasa nada –murmuró girándose hacia ella–. ¿Freya? ¡Freya!

Se había ido corriendo calle abajo, de un modo irónicamente parecido al de Dan. Por segunda vez aquel día, Jackson fue detrás de alguien, pero esa vez tuvo más suerte.

–Vete –gritó ella–. Déjame sola.

Trató de darse la vuelta, pero Jackson la agarró de los hombros.

–No voy a dejarte sola. Solo Dios sabe lo que podría pasarte. No voy a arriesgarme.

–¡Suéltame!

–He dicho que no. ¡Taxi!

Tuvieron la suerte de que apareciera uno. Jackson la urgió a entrar, le dio al taxista la dirección del hotel en el que se alojaba la familia y luego entró en el taxi y la abrazó.

–Suéltalo todo –le dijo–. Llora si quieres.

–No voy a llorar –afirmó ella–. Estoy bien.

Pero, cuando la estrechó entre sus brazos, Jackson supo que no estaba bien en absoluto. Tal vez no llorara, pero temblaba mucho. Le dio unas palmaditas en el hombro sin decir nada. Las palabras no ayudarían en aquel momento.

Finalmente, Freya alzó la vista y Jackson observó su rostro pálido y devastado.

–Estoy aquí –le dijo–. Agárrate a mí.

Se sintió un estúpido al pronunciar aquellas palabras. Sí, estaba allí, era la persona cuya torpeza había ayudado a provocar el desastre. Finalmente, el hotel apareció ante sus ojos y Jackson supo que tenía otro problema acuciante. La entrada estaba llena de curiosos que esperaban en la calle.

–Oh, no –gruñó–. Ya se ha corrido la voz.

–Y están esperando a verme llegar arrastrándome –dijo Freya–. Mira, ahí hay una cámara.

–Pues se van a llevar una decepción –afirmó Jackson–.

Conductor, ha habido un cambio de planes –le dio la dirección de su casa y el taxi dio la vuelta–. Allí no nos encontrarán nunca. Puedes quedarte hasta que estés a salvo. Todo va a salir bien.

Ojalá él mismo lo creyera.

Capítulo 2

AL MENOS consiguieron llegar al edificio de Jackson y entrar sin ser vistos. Subieron al ascensor y enseguida estuvieron en su casa.

–Ahora estás a salvo –aseguró él cerrando la puerta–. Olvídate de ellos. Aquí no pueden encontrarte.

Freya miró a su alrededor como si estuviera confundida, pero de pronto se detuvo y se miró en el espejo que había en la pared. Todavía llevaba el velo y la tiara de perlas que lo mantenía en su sitio. Se quitó las dos cosas con furia y las tiró al suelo. Luego se llevó las manos al pelo, destrozando el elaborado peinado.

–Tengo que quitarme este vestido –exclamó.

–Ven –dijo Jackson guiándola hacia su dormitorio y abriendo el vestidor–. Ponte algo mío. Te quedará grande, pero servirá. Te dejaré sola.

–Espera –Freya se giró de modo que le dio la espalda–. No puedo hacerlo yo sola.

Había miles de botoncitos que había que desabrochar, y Jackson se puso manos a la obra. No era la primera vez que ayudaba a una mujer a desvestirse, pero la experiencia no le servía de mucho en aquel momento. La figura de Freya se fue desvelando poco a poco, y Jackson volvió a maldecir a Dan por haber abandonado a una belleza tan delicada.

–Gracias –dijo ella finalmente–. Ya puedo seguir yo.

–Si me necesitas, estoy fuera –Jackson salió.

Una vez a solas, Freya se quitó el vestido. Encontró unos vaqueros y una camiseta en el vestidor y se los puso. Luego se miró en el espejo de cuerpo entero.

Poco tiempo antes se había mirado llevando el glamuroso vestido de novia, sin poder creer que la belleza que estaba al otro lado fuera ella.

–Y no tendría que haberlo creído –murmuró–. Esta es mi verdadera yo. La de siempre. Aburrida, sosa. Debería ser lista y

limitarme a ir de uniforme.

Freya se quedó allí de pie unos minutos, tratando de acostumbrarse a aquel nuevo «yo» varado en un mundo de desolación.

Jackson llamó a Janine al hotel desde su despacho.

–Solo quería decirte que Freya está bien –le dijo–. La he traído a casa conmigo.

–¡Oh, Jackson, gracias! –exclamó Janine–. Hay muchísimas broncas por aquí. Amos está dispuesto a cometer un asesinato, y tus hermanos también.

–Eso pensé. Freya necesita estar alejada de todo eso. No te preocupes, yo la mantendré a salvo.

–Eres un encanto. Tiene suerte de contar contigo.

Jackson gimió entre dientes. Si Janine conociera toda la historia no le diría aquello. No le servía de nada decirse a sí mismo que era esencialmente inocente. Dan estaba buscando cualquier excusa para ponerse en acción, y las inconscientes palabras de Jackson le habían servido. Ahora que la hermosa novia estaba sola y humillada.

–Dile que me llame cuando pueda –le pidió Janine–. Pero mientras esté contigo no me preocupa.

Jackson se despidió educadamente y luego colgó. Durante un instante se quedó muy quieto, deseando estar en cualquier parte del mundo menos allí. Oyó el «clic» de la puerta, y al mirar atrás vio a Freya vestida con vaqueros y camiseta. No quedaba nada de la impresionante criatura que había avanzado por el pasillo hacia el altar.

–Ven –le dijo él–. Vamos a comer algo. Hay un restaurante chino aquí cerca que sirve comida a domicilio. Te gustan las gambas con pimienta negra, ¿verdad?

–Sí, ¿cómo lo sabes?

–Fue lo primero que supe de ti cuando nos conocimos hace seis años. Mi padre y tu madre estaban ya hablando de matrimonio y cenamos los cuatro en un restaurante. Pero entonces aparecieron unos empresarios conocidos de mi padre y se olvidó de nosotros.

–Salimos corriendo –recordó Freya–. Había un restaurante chino unos metros más abajo.

–Y nos lo pasamos muy bien –aseguró él–. Nos reímos mucho. Bien, entonces, que sean gambas.

Jackson hizo la llamada y la comida llegó unos minutos más tarde. Los dos se ocuparon un rato en poner la mesa y servirla, pero entonces Freya dijo las palabras que él temía.

–Quiero que me cuentes lo que ha pasado de verdad, Jackson. Y no me mientas, por favor. Lo que dijiste en la iglesia fue la versión educada para la familia, pero necesito saberlo. Dan ha llegado hasta aquí y de pronto se echa atrás. Tiene que haber una razón, y creo que sé cuál es. Pero necesito oírtelo decir.

–Tú… ¿lo sabes? –preguntó Jackson con cautela.

–¿Tienes miedo de que no pueda soportarlo? No te preocupes. No voy a romper a llorar. Pero prefiero la verdad por dura que sea. ¿Se trata de algo que yo haya hecho?

–No, en absoluto.

–Entonces creo que conozco la respuesta, y entiendo que no quieras contármelo.

–¿Ah, sí? –preguntó Jackson alarmado.

–Bueno, está claro, ¿no? Ocurrió algo que le hizo darse cuenta de que no podía seguir con esto.

–No te precipites en tus conclusiones –respondió él incómodo. Era imposible que Freya hubiera adivinado lo que había pasado, ¿verdad?

–Solo puede haber pasado una cosa –ella aspiró con fuerza el aire–. Cuando ibais de camino a la iglesia, empezasteis a hablar y te dijo que estaba enamorado de otra persona, ¿verdad?

Jackson sintió tal alivio que estuvo a punto de dejar caer la cuchara. Tal vez consiguiera librarse con más facilidad de la que se merecía.

–Supongo que ella le llamó antes de que saliera de casa –continuó Freya–. Y en el camino se dio cuenta de que la amaba demasiado como para casarse conmigo.

–No, no dijo nada de eso. Simplemente se echó atrás.

–Oh, por favor, este no es el momento de que te muestres compasivo conmigo. Es el momento de la verdad, por brutal que sea. Hay otra mujer, ¿verdad?

–No que yo sepa –afirmó Jackson–. Pero, si esa es la respuesta, ¿no crees que es mejor que te hayas librado de él ahora? Si lo

hubieras averiguado después de la boda habría sido un completo desastre.

–¿Tú crees? Tal vez lo habríamos superado. Si me hubiera elegido a mí…

–Escúchame, Freya: si un hombre es capaz de actuar así el día de su boda significa que solo le importa él mismo y estás mejor sin él.

–Tal vez algún día piense eso –Freya suspiró–. Pero ahora me cuesta verlo. Siempre recordaré lo que sentí al avanzar hacia el altar buscando a Dan con la mirada, convencida de que estaría mirándome. Estaba tan contenta… he sido una estúpida. Cuando te acercaste a nosotros, me alegré muchísimo de verte. Pero luego no hubo nada más que vacío. Iba a construir mi vida alrededor de Dan, y de pronto no tenía ninguna vida que construir. Oh, lo siento. No quería violentarte.

–No me estás violentando. Di todo lo que quieras. Pero escúchame: tal vez haya desaparecido una vida, pero habrá otra. Y será mejor.

Freya soltó una carcajada algo histérica.

–¿Debería alegrarme de que esto haya ocurrido?

–Ahora mismo no, pero dentro de unos años te darás cuenta de que librarte de él era lo mejor que te podía pasar.

–Pero yo no me he librado de él. Ha sido él. Me ha dejado tirada como una colilla.

–No debes pensar así. Vales mil veces más que Dan. ¿Cómo pudiste creer en algún momento que estabas enamorada de él?

–Porque desde el primer momento supe que iba a ser alguien especial para mí. Toda mi vida cambió. Fue como si de pronto el mundo se abriera. Y todo me parecía distinto, más emocionante, más bonito. Cuando se me declaró pensé que nunca más volvería a ser desgraciada.

Jackson dejó escapar un largo suspiro. Sería muy fácil decirle en ese momento que Dan solo se le había declarado para desafiar a Amos. Pero Freya ya tenía roto el corazón y no quería estrujárselo además.

–Te ha dejado plantada –gruñó–. No es el hombre que pensabas.

–Y yo no soy la mujer que él quería. No puedo engañarme. Pero sobreviviré… con tu ayuda. Gracias por todo lo que has hecho hoy –Freya torció el gesto–. Incluso por la parte que me hizo enfadarme

contigo.

–Siento haber sido tan brusco. No quería sujetarte así, pero…

–No te di opción. Si me hubieras dejado seguir corriendo por la calle, ¿dónde estaría ahora? Eres el mejor hermano del mundo.

–No sé cómo tomarme eso, teniendo en cuenta que no tienes ningún hermano.

Los dos se rieron.

–Y piensa en el precio que vas a tener que pagar –Freya volvió a suspirar–. Amos va a empezar otra vez con su antigua idea.

–¿Te refieres a emparejarnos? Supongo que sí, pero no te preocupes. No tienes nada que temer conmigo –la tomó de la mano e impostó un tono teatral–. Freya, te doy mi palabra de que nunca me casaré contigo. Aunque caigan rayos y truenos, seguiré diciendo que no.

–Solo asegúrate de convencer a Amos.

–Y tú también. Tendremos que persuadirle de que no podemos soportarnos.

–Lo intentaré, pero va a ser duro. En este momento me pareces el mejor hombre del mundo.

–Eso no es más que un espejismo. Si supieras lo canalla que soy me darías un puñetazo.

–En otro momento. Ahora mismo tengo que pedirte algo más –Freya se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo de compromiso que había llevado hasta hacía unas horas–. ¿Te importaría devolvérselo a Dan, por favor?

–Vaya, acabo de acordarme. Todavía tengo el otro anillo –Jackson buscó en el bolsillo, sacó el anillo de boda y puso los dos juntos sobre la mesa–. Se los daré en cuanto le vea.

Freya no dijo nada. Estaba mirando los anillos como hipnotizada. Se pasó la mano por los ojos, pero no llegó a tiempo de contener las lágrimas.

–Lo siento, yo…

–Ya has pasado por bastante –aseguró él con empatía–. ¿Por qué no te echas un rato? No te molestaré. El dormitorio es tuyo, yo dormiré en el sofá.

–¿Por qué eres tan bueno conmigo? –sollozó Freya.

«Porque me siento culpable por lo que te he hecho sin querer».

Las palabras le dieron vueltas en la cabeza, pero las controló y la

acompañó al dormitorio.

–Hay pijamas limpios en ese cajón –dijo. Y salió corriendo antes de que su mala conciencia le abrumara.

Una vez a solas, Freya se sentó en la cama y se quedó mirando al infinito, incapaz de encontrar fuerzas para hacer nada más. Cuando tenía a Jackson cerca y sentía su calor, podía con ello. Pero en ese momento se sentía como si estuviera a la deriva en un mundo en el que nada era real.

Había intentado describir lo que le hacía sentir Dan, pero no había palabras para expresar la sensación de renacer que le había proporcionado. Por primera vez en su vida, sentía que tenía valor para alguien. Su relación con su madre era cordial, pero sabía que nunca había sido lo primero para ella. Janine y su padre, ya fallecido, se adoraban con tal intensidad que Freya se sentía como una intrusa.

Se había creado una vida, estudiando Enfermería y superando los exámenes con honores. Había vivido la satisfacción de saber que sus padres estaban orgullosos de ella. Especialmente su padre, un hombre culto al que le encantaba haber transmitido su inteligencia a su hija. Aquel fue su consuelo frente a la sensación de quedarse fuera del círculo encantado.

Su soledad se intensificó cuando su padre murió. Madre e hija sufrieron, pero no juntas. Janine pasó el duelo sola, en un lugar al que Freya no podía acceder. Pero era una enfermera de éxito, y la vida pareció tomar un camino convencional hasta que, dos años después de la muerte de su padre, su madre se prometió al famoso Amos Falcon y Freya conoció a sus cinco hijos.

Jackson fue el primero, la noche del restaurante que él había mencionado antes. La escapada al restaurante chino fue muy divertida, pero bajo la risa, Freya experimentó otra sensación. Jackson era guapo y encantador, y no le hubiera importado salir con él.

Pero no se lo pidió. Freya volvió con el joven con el que salía por entonces, pero de pronto le pareció menos interesante y terminaron rompiendo.

Cuando finalmente se celebró la boda de Janine y Amos en Londres, hubo una reunión familiar en el hotel la noche anterior. Jackson la recibió gritando: «¡Aquí está mi hermanita!», y la

estrechó con fuerza entre sus brazos.

Se apartaron de los demás para hablar de cómo les iba la vida. Eso fue antes de la carrera televisiva de Jackson, cuando todavía era periodista de prensa y tenía miles de historias fascinantes que contar. Freya le escuchó y se prometió a sí misma que esa vez atraería su atención. Ya había descubierto lo mucho que a Jackson le gustaba reírse.

–Adelante, cuéntame más –le pidió–. Te estoy escuchando con suma atención.

–Oye, me encanta hablar contigo –bromeó Jackson–. Sabes cómo subirle el ego a un hombre. ¿Qué te parece si tú y yo…? –se detuvo por algo que vio a la espalda de Freya–. Vaya, mira quién está aquí. ¡Karen!

Entonces atravesó corriendo la estancia hasta llegar al lado de la joven que acababa de llegar, la abrazó y la besó una y otra vez.

–Así que al final ha aparecido –le dijo una voz a Freya al oído–. Todos nos preguntábamos si vendría.

Se trataba de Darius, que miró a su hermano con condescendiente cinismo.

–¿Quién es? –preguntó Freya con naturalidad.

–Su último amorío. Lo dejan y luego vuelven. A Jackson le gusta la variedad, por eso rompen. Ahora que han vuelto juntos tendremos que esperar y ver qué pasa.

–No tiene ningún mérito adivinar qué va a pasar ahora –comentó Freya al ver que la pareja desaparecía por la puerta.

–No sería Jackson si dejara pasar la oportunidad.

Había sido una suerte, se dijo Freya. Podría haberse sentido atraída más fuertemente hacia Jackson, pero el destino la salvó.

Jackson llevó a Karen a la boda de pareja. Era guapísima, pensó Freya con envidia. Los demás también lo pensaban, porque durante el banquete otro hombre fue incapaz de apartar los ojos de ella. La rondó como un moscón hasta que Jackson se puso serio y le dijo algo que le mantuvo alejado. Freya no oyó lo que le dijo, pero vio la expresión de Jackson, y el gesto amenazante la impactó. Todo su encanto había desaparecido. Todo transcurrió en un instante. El hombre desapareció y Jackson volvió a su habitual actitud. Pero Freya nunca olvidó lo que había visto. Sabía que si alguien la miraba de aquel modo se sentiría aterrorizada.

Esperaba enterarse en algún momento de que Jackson y Karen se habían prometido, pero no ocurrió nada. ¿Qué más le daba a ella?, se preguntó. Se había sentido brevemente atraída por él, pero nada más. Se quedaron en una relación de amistad en la que bromeaban, se retaban y se enfurecían el uno al otro.

Resultaba irónico que de todos los hombres del mundo fuera Jackson quien acudiera a su rescate, ofreciéndole su casa y un hombro en el que llorar. Pero la ironía siempre había formado parte de su relación.

Poco después de la boda de su madre con Amos, Freya fue a verles a su casa de Montecarlo. Amos había sufrido un infarto y Janine le pidió a su hija que se quedara una larga temporada.

Freya fue a regañadientes. No le gustaba la forma de ser de Amos, y menos que hubiera tenido tantas esposas y tantas aventuras. Pero Amos le tomó cariño a su hijastra y se propuso casarla con uno de sus hijos. A ella le horrorizó la idea. En cuanto la salud de Amos mejoró, Freya regresó a Inglaterra y continuó con sus estudios de Enfermería.

Amos no había conseguido casarla ni con Darius, ni con Marcel, ni con Travis ni con Leonid. Solo quedaba Jackson. Su amistad era lo suficientemente fuerte como para que él pudiera rechazarla teatralmente, como acababa de hacer. Como ella sentía lo mismo, no había ningún problema.

Freya se puso uno de los pijamas que Jackson le había ofrecido y se tumbó en la cama, convencida de que no sería capaz de dormir. Pero el agotamiento del día pudo con ella y cerró los ojos.

Jackson pasó las dos horas siguientes tratando de no hacer ruido para no molestar a Freya. Tenía que hacer una investigación para su siguiente documental, pero le resultaba difícil pensar en seguir trabajando con Dan. Profesionalmente, ambos se habían beneficiado de trabajar juntos, y mantenían una relación cordial sin llegar a ser amigos.

Pensó en llamar a su padre, pero decidió no hacerlo. Después de lo que había sabido aquella tarde, temía hablarle con demasiada brusquedad. Tenía cosas que decirle a Amos sobre su actitud, pero prefería hacerlo cara a cara.

El empeño del viejo en convertir a Freya en su nuera había sido fuente de diversión y de irritación a partes iguales para sus cinco hijos. Hacían bromas al respecto porque Freya era tan contraria a la idea como ellos.

Sí, Jackson la consideraba una joven simpática y atractiva, pero nunca la había visto como algo más, y sus hermanos tampoco. Se preguntó por un instante si a ella le habría gustado alguno.

De ninguna manera. A menos que…

Le vino a la cabeza el recuerdo de la noche del restaurante chino. Se habían reído y se habían lanzado miraditas, como hacían las parejas en sus comienzos, cuando la atracción estaba todavía en un estado incipiente. Pero la presión de Amos empezó poco después y Jackson reculó, aliviado al sentir que ella hacía lo mismo.

Pero… ¿qué habría pasado si Amos no hubiera intervenido? No se lo había preguntado hasta ese momento.

Jackson se dirigió en silencio al dormitorio y entreabrió la puerta. Escuchó el sonido de una suave respiración. Abrió un poco más, lo suficiente para verla tumbada en la cama.

Freya no era la única mujer que había dormido en aquella cama. Era lo suficientemente grande para dos personas, y él la había utilizado para divertirse. Muchas mujeres se habían tumbado allí, vestidas o desnudas, mirándole con los ojos entrecerrados, fingiendo dormir mientras le observaban y planeaban su siguiente movimiento.

Pero el cuerpo de Freya quedaba completamente oculto por el pijama. Tenía los ojos cerrados y los suaves sonidos que emitía indicaban que se había dormido por el agotamiento. Parecía una niña vulnerable. Jackson estaba conmovido, y no sabía cómo reaccionar. Era una nueva experiencia para él… y le asustaba.

Cerró la puerta despacio y fue a encender la televisión. Casi al instante escuchó las palabras «Dan Connor».

«La pantalla mostraba las imágenes de la presentación de una película. Había actores y estrellas avanzando por la alfombra roja, y Dan Connor llevaba del brazo a una joven despampanante.

–«Aquí tenemos a alguien que no esperábamos ver» –aseguró el reportero–. «Dan Connor, el genio de la televisión. Tendría que haberse casado hoy, pero… dinos, Dan, ¿qué ha pasado?».

–«Cosas de la vida» –declaró Dan con una sonrisa que provocó

que a Jackson le entraran ganas de asesinarle–. «No tengo nada más que declarar. ¿Entramos?» –le preguntó a la chica que llevaba del brazo.

Jackson apretó los puños e insultó con el pensamiento a Dan de todas las formas posibles. Se apresuró a apagar la televisión, pero ya era demasiado tarde. Un leve sonido le llevó a mirar atrás y vio a Freya en el umbral.

–Así que esa es la mujer –murmuró ella.

–No, Freya, estás equivocada. Te juro que no está enamorado de ella. Debe de haber agarrado a la primera chica que vio para presentarse ante la prensa. Lo que estás viendo es un montaje. Tienes suerte de haberte librado de él.

Ella le sonrió con expresión aparentemente tranquila.

–Puede que tengas razón. Me ha reemplazado sin ninguna dificultad, ¿no crees? En cualquier caso, todo ha terminado ya. En lo que a mí se refiere, Dan nunca ha existido. Buenas noches.

Regresó al dormitorio, y Jackson deseó poder creer que lo había superado con tanta facilidad. Pero en el fondo sabía que solo estaba poniendo buena cara al mal tiempo.

Antes de acostarse, escuchó al otro lado de la puerta y oyó algo que le hizo sufrir. Eran unos sollozos.

Incapaz de soportarlo, abrió la puerta dispuesto a entrar, a estrecharla entre sus brazos y consolarla. Pero se lo pensó mejor. Freya no recibiría de buen grado su consuelo. No querría testigos de su dolor.

Dio un paso atrás y cerró la puerta.

Freya se despertó temprano al día siguiente. Se preguntó por un instante dónde estaba, y luego se acordó y gimió. Salió del dormitorio y buscó a Jackson en el sofá, pero solo había un trozo de papel en el que se leía: *Volveré enseguida. No te vayas*.

Freya pensó en el hotel en el que se alojaba su familia, y supo que debería volver con ellos. Pero la idea le daba escalofríos.

Ojalá Jackson estuviera allí. Siempre se había considerado una persona fuerte, pero de pronto le resultaba terrible estar sola.

–Es culpa suya por haberme consolado tan bien –murmuró–. Ahora le echo de menos. ¿Dónde estará?

Regresó una hora más tarde, y a ella le pareció una eternidad.

–He estado en el hotel –dijo Jackson dejando una maleta enorme en la mesa–. Me llevé el vestido de novia para que tu madre lo guarde. Me ha dado algo de ropa para ti.

El vestido de novia estaba colgado en el dormitorio, lo que significaba que Jackson debió de entrar cuando ella estaba dormida para llevárselo. Luego se fijó en la ropa que encontró en la maleta.

–¿Por qué has traído esto? –preguntó sacando un brillante vestido de cóctel.

–Te lo puedes poner esta noche cuando salgamos.

–¿Vamos a salir?

–Sí. Te voy a llevar a tu hotel cuando acabe la noche, pero antes tenemos que darle a Dan una dosis de su propia medicina. Se ha pavoneado delante de las cámaras, así que tú debes hacer lo mismo. Entonces todo el mundo sabrá que él no te importa lo más mínimo.

–¿No?

–No, no te importa. No debe importarte. Sé lo que hago, Freya. Confía en mí.

–Confío en ti.

–Pero crees que te estoy dando órdenes otra vez, ¿verdad? ¿Estoy actuando como mi padre?

–No. Él no se toma tan en serio los sentimientos de los demás –afirmó Freya–. No me importa que tú me des unas cuantas órdenes.

–¿Cómo? ¿He oído bien? ¿Freya la guerrera mostrándose sumisa? No me lo creo.

Ella sonrió.

–Puedo mostrarme sumisa si hay una buena razón para ello. Incluso puedo decir «sí, señor» y «no, señor».

–Eso tengo que verlo –bromeó Jackson–. Será una experiencia nueva –entonces se puso serio de repente–. No te preocupes, solo quiero cuidar de ti –le tomó la cara entre las manos–. Eso es lo único que importa ahora. Por favor, créeme.

–Te creo –dijo ella–. Es extraño, pero me siento bien dejándolo todo en tus manos. Antes no lo sabía, pero confío en ti más que en nadie.

Para su sorpresa, Jackson pareció incómodo. Pero Freya lo entendía. Estaba acostumbrado a que se peleara con él, no a que confiara en él. Pero ahora aquellos días parecían haber quedado

muy atrás.

Capítulo 3

FREYA había descubierto el talento que tenía Jackson para ocuparse de todo. En la maleta había maquillaje y tratamientos para el pelo, que evidentemente había metido su madre.

–Gracias a Dios –dijo Freya–. Al menos esta noche podré lucir buen aspecto.

Pero él sacudió la cabeza.

–Esta noche tú eres la estrella –aseguró–. Y las estrellas no se arreglan ellas mismas. Contratan a un profesional.

–¿Te refieres a una esteticista? No conozco a ninguna.

–Pero yo sí. Llegará esta tarde y se pondrá a tu servicio –Jackson vaciló un instante antes de añadir–: a menos que tengas alguna objeción.

Freya curvó los labios.

–No te preocupes, conozco la respuesta. Sí, señor, no, señor.

–Bien. Ahora tengo que irme, pero volveré por la noche.

Naomi, la esteticista, llegó a las tres de la tarde. Escuchó educadamente lo que Freya tenía que decirle, pero estaba claro que no necesitaba instrucciones nuevas, ya que las había recibido de Jackson.

En el pasado, Freya había protestado por el modo en que él dirigía cada paso. Pero ahora la tristeza la había consumido y le resultaba difícil pensar. Era un alivio que él tomara las decisiones.

Tenía que admitir que Naomi había hecho un trabajo magnífico, convirtiéndola en una belleza como en el día de su boda. El vestido, muy elegante, era corto y mostraba sus bien torneadas piernas, y el maquillaje le daba un aspecto precioso, igual que el peinado. Pero, cuando se ofreció a pagar, Naomi lo rechazó.

–Ya está todo pagado –aseguró.

–Pero ¿no puedo darte una propina de agradecimiento?

–De eso también se ha ocupado el señor Falcon.

–¿Quieres decir que te ha pedido que no aceptes ni un penique de mí?

Naomi sonrió y se encogió de hombros.

–El señor Falcon es un hombre muy generoso –aseguró antes de marcharse.

Sí, lo era, pensó Freya. Más de lo que ella nunca se imaginó.

Jackson llegó a casa a las seis en punto, asintió en un gesto de aprobación al verla y luego se metió al dormitorio para vestirse. Cuando salió fue ella la que asintió.

–Estamos muy guapos los dos –dijo.

–Esa es la idea –una vez abajo, Jackson metió la maleta de Freya en el coche y se puso en marcha.

–¿Dónde vamos? –preguntó ella.

Él le dijo el nombre de un elegante restaurante de moda al que acudían los famosos. Llegaron en unos minutos.

–¿Preparada? –le preguntó cuando se dirigían a la entrada.

–Preparada para lo que sea –respondió ella.

–Entonces, vamos allá. Sonríe. Nos estarán observando.

–¿Sabían que íbamos a venir?

–Tengo algunos amigos en la prensa.

Como era de esperar, las cabezas se giraron cuando ellos entraron. Algunas personas saludaron a Jackson.

Un camarero les acompañó a la mesa, y luego se quedaron solos.

–Ahora, pongámonos manos a la obra –dijo Jackson–. ¿Ves a esos dos que están allí? –preguntó señalando con la cabeza a una joven pareja que se miraba arrobada a los ojos con las manos tomadas.

–Sí, pero nosotros no vamos a hacer eso, ¿verdad? –preguntó Freya agobiada.

–No, claro que no. Jamás te pediría que me miraras con esa adoración. Son el ejemplo de lo que no debemos hacer. Si actuamos como una pareja enamorada causaremos un escándalo. La gente pensará que estabas engañando a Dan y que por eso salió huyendo el día de la boda.

–De acuerdo. Entonces, ¿qué hacemos?

–Reírnos. Que todo el mundo vea que estás encantada.

–Lo tienes todo pensado hasta el último detalle, ¿verdad?

–¿Es una manera educada de decir que me estoy entrometiendo demasiado?

–No, pero parece que tienes un don para la organización. Tal vez

deberías ser director de cine.

Jackson sonrió.

–No eres la primera persona que me lo dice, pero el tipo que me lo dijo antes que tú estaba furioso conmigo. Era el realizador de un programa de televisión y le volvía loco discutiendo con él constantemente. Protestaba porque todo tenía que hacerse como yo quería.

Jackson aspiró con fuerza el aire y cambió de tema.

–Hoy he ido a ver a Dan. Hemos intercambiado unas cuantas palabras desagradables y ya no trabajo para él.

–¡Oh, no! Tu carrera… no quería perjudicarte.

–No lo has hecho. Ya tenía pensado dejarlo. Me he puesto en contacto con otra productora –dijo el nombre de una importante empresa–. He hablado con el responsable y quiere que haga una serie documental sobre el antiguo Egipto: mitos, tradiciones, rituales, pirámides, ese tipo de cosas. Cuando hayamos firmado el contrato, viajaré hasta allí para investigar. Es un lugar que siempre me ha fascinado.

–Sí, debe de ser un sitio mágico. Cuéntame más cosas.

Mientras Jackson hablaba, Freya hizo lo que él había sugerido: sonreír, asentir y parecer fascinada. Nadie podría haberse imaginado que por dentro estaba destrozada.

Consiguió mantener la farsa hasta que Jackson terminó diciendo:

–Así que ahora podemos confinar a Dan en el pasado.

Freya sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

–Sí, ¿verdad? –dijo con escaso entusiasmo.

–Pero supongo que eso no sucederá de golpe –Jackson la miró fijamente–. Tal vez no tendría que haberle mencionado.

–No, soy fuerte. Puedo con esto.

–No creo que seas tan fuerte como crees.

–Te equivocas –aseguró ella con determinación.

–Eso espero. Lo superarás, Freya. Tienes que hacerlo.

–Sí, tengo que hacerlo –susurró ella conteniendo las ganas de llorar.

Jackson le tomó la mano con delicadeza.

–Sé que ahora no puedes creerlo, pero pasará. Lo mejor de tu

vida está todavía por llegar.

–Sí… por supuesto… es que no puedo… –las lágrimas estaban allí otra vez.

–Vamos –dijo Jackson–. Salgamos de aquí.

Llamó al camarero, pagó la cuenta y salieron juntos. Hicieron el trayecto en silencio. El coraje que la había guiado durante toda la noche había desaparecido sin previo aviso, y Freya se sentía abatida.

Cuando llegaron al hotel, Jackson le preguntó:

–¿Quieres que llame a tu madre y le diga que estás aquí?

–No –susurró ella–. No quiero ver a nadie.

–De acuerdo –Jackson mantuvo el brazo en sus hombros mientras subían a la habitación, y luego entró con ella.

–Buenas noches –se despidió Freya.

–Todavía no. No quiero dejarte sola. Has sido muy valiente y lo has llevado de maravilla, pero nadie puede ser valiente eternamente.

–Si hay que serlo, sí –susurró ella.

–Pero no hay necesidad. Tienes un amigo que siempre estará ahí para ti.

–No –le suplicó Freya–. Puedo con esto… de verdad. Solo necesito… necesito…

Trató de contener las lágrimas, pero fue inútil. Estaba destrozada por el dolor.

–Necesitas esto –dijo Jackson estrechándola entre sus brazos.

Freya se rindió al instante. El calor y la dulzura de su gesto pudieron con su resistencia y apoyó la cabeza en su hombro. Jackson tenía razón. Mientras estuviera con él no tenía que hacerse la valiente.

Jackson giró la cabeza y apoyó la mejilla en su pelo.

–Adelante –murmuró–. Suéltalo.

Freya no tuvo más opción que soltarlo. La fuerte y controlada Freya no pudo hacer otra cosa más que rendirse a la desesperación que antes había logrado mantener a raya. Sintió que Jackson le daba palmaditas en el hombro mientras ella sollozaba, y durante unos minutos se quedaron allí en silencio, apoyándose el uno en el otro.

Freya tuvo la sensación de estar en otro mundo. En un mundo

cálido y seguro. Quería quedarse allí para siempre.

–Freya… –murmuró él.

La dulzura de su voz la llevó a alzar el rostro y ver su cara tan cerca que podía sentir su respiración. Había algo en el tono de Jackson que no había escuchado nunca antes: incertidumbre, tal vez incluso alarma.

–Freya… –repitió.

–Sí.

Sintió el roce de sus labios en los suyos y dejó escapar un suave suspiro. Un momento después estaba apretándose contra él, sin saber siquiera lo que estaba haciendo. Algo dentro de ella la llevó a seguir, algo que le decía que aquel era el lugar al que pertenecía. Sin darse cuenta de lo que hacía, le rodeó con sus brazos. Entonces, Jackson se puso tenso y apartó la boca de la suya.

Freya sintió de pronto escalofríos. El mundo había cambiado. No sabía dónde estaba. Solo sabía que no debía estar allí.

–Freya…

–Suéltame.

Aquella orden fue innecesaria. Jackson ya se había apartado de ella.

–Lo siento –dijo en tono seco–. No quería…

–Yo tampoco –aseguró ella con voz también seca–. Por favor, ahora vete.

–Freya, cariño…

–No me llames cariño. ¿Crees que porque Dan me ha dejado tirada estoy disponible?

–Por supuesto que no. No estaba intentando acostarme contigo. Te prometo que eso es algo que nunca haré. Puedes estar segura. Solo quería consolarte.

–No necesito ese tipo de consuelo.

Parecía que Jackson iba a decir algo, pero luego pareció pensar que sería inútil y se giró hacia la puerta.

–Lo siento –dijo él–. No es lo que piensas. No te enfades. Solo quería ayudarte.

–Así no –le espetó Freya–. Adiós, Jackson.

Él la miró con incomodidad y luego se marchó sin decir nada más.

Freya se quedó sola en medio de la habitación hasta que le

flaquearon las piernas y cayó al suelo hundiendo la cara en las manos como si quisiera esconderse de sí misma.

¿Cómo podía haber ocurrido algo así? ¿Cómo podía haber sentido aquella traicionera llamarada de deseo hacia Jackson cuando todavía estaba muerta por dentro por la traición de Dan?

–No –murmuró–. ¡No, no, no!

Había corrido a sus brazos, agradecida por la seguridad que le ofrecían. Pero no había seguridad en ellos, solo más devastación. Su única opción era escapar. Debía huir de él.

Montecarlo. Janine y Amos se marcharían pronto, y ella iría con ellos. Una vez allí podría refugiarse en sí misma y dejaría de existir para Jackson.

Dejar de existir. Aquello sonaba tranquilizador.

Freya se tumbó en la cama y se quedó mirando la oscuridad lo que quedaba de la noche.

A la mañana siguiente, fue a la habitación de Janine y Amos y se alegró de encontrar solo a su madre. Janine estaba encantada con la decisión de su hija.

–¿Vas a venir con nosotros? Eso es maravilloso. Ojalá pudiéramos convencer a Jackson de que viniera también. Estuvo aquí hace una hora y Amos creyó que lograría persuadirle. Pero no hubo suerte, es una pena.

–Va a empezar un trabajo nuevo –dijo Freya.

–Eso nos contó, pero Amos está furioso. Han tenido una gran bronca. Jackson es igual de obstinado que su padre, así que por el momento están en tablas. Pero tal vez Jackson cambie de opinión y se reúna pronto con nosotros.

–No –aseguró Freya en voz baja–. No creo.

Estar con Jackson era lo último que deseaba. En aquel momento, lo único que quería era poner tierra de por medio hasta asimilar lo que había sucedido con él.

Los siguientes días transcurrieron en medio de una nebulosa: el vuelo a Montecarlo, el trayecto hasta la magnífica villa con vistas a la bahía que tenía Amos, la sensación de haber dejado atrás los problemas aunque fuera por un instante.

Jackson se mantuvo en contacto con ellos hablando por

videoconferencia cada noche. Les hablaba con alegría desde la pantalla. Al principio, Freya observaba desde lejos aquellas conversaciones, sin que Jackson la viera.

Pero en una ocasión la vio antes de que ella pudiera escabullirse y gritó:

–Eh, esa es mi hermanita. ¿Qué tal estás?

La utilización de la palabra «hermanita» sonaba a mensaje. Le estaba diciendo que podían recuperar su antigua relación. Pero ella tenía sus dudas.

–Estoy bien –dijo Freya.

–Me alegra oír eso.

–¿Y tú? –le preguntó por educación.

–Nunca había hecho un viaje tan fascinante. Y, papá, cuando te vea tengo que decirte algo que te va a dejar anonadado…

Jackson llegó finalmente a la villa. Saludó a Freya con cariño, sin ninguna tensión. Ella no pudo evitar sentir una punzada de resentimiento al ver lo rápidamente que lo había apartado de sí. Estaba claro que para Jackson lo ocurrido no tenía ninguna importancia y pensaba que ella sentía lo mismo. Y se dio cuenta de que tenía razón. La indiferencia era lo único que podía hacer la situación soportable. Durante la cena, que fue muy agradable, Jackson les contó muchas historias.

–Nunca me he considerado un hombre abierto a la magia –dijo–, pero la magia empezó en cuanto llegué. Estaba en un hotel que daba al desierto donde están las pirámides, y desde mi ventana veía una de ellas. Nunca olvidaré el día que me quedé esperando el amanecer y vi cómo la pirámide iba emergiendo lentamente de la oscuridad.

–Pero ¿qué es eso que tenías que contarle a tu padre? –preguntó Janine–. Nos morimos de curiosidad.

–De acuerdo, ahí va. Tenía que estudiar a los dioses egipcios. Hay muchos, y con varios grados de poder. Uno de los más poderosos se llama Horus.

–Pero… ¿qué tiene que ver eso conmigo? –quiso saber Amos.

–A Horus se le conoce como el Dios Halcón. Al principio no me lo podía creer, pero en las imágenes y en las estatuas se le

representa como un halcón. Mira –Jackson metió la mano en una bolsa y sacó una pequeña estatua de un pájaro con una caperuza en la cabeza–. Este es Horus, el Dios Halcón –dijo pasándoselo a Amos–. Halcón es lo mismo que Falcon, nuestro apellido.

Janine se echó a reír al ver la expresión de Amos mientras observaba la figura.

–Has dicho que era poderoso –murmuró.

–Es el dios del cielo, el sol y la luna –explicó Jackson–. Pensé que eso te gustaría.

Era raro ver a Amos sonreír de verdad, pero consiguió esbozar una mueca.

Cuando terminó la cena, Jackson se llevó a su padre a un aparte para seguir contándole historias de Egipto.

–Amos está disfrutando mucho –le dijo Janine a su hija cuando estuvieron a solas.

–Me pregunto si Horus era tan poderoso en realidad –reflexionó Freya–. Tal vez Jackson ha exagerado un poco para complacer a Amos.

–Pues, en ese caso, bien por él –aseguró su madre–. Es encantador.

–Sí, lo es, ¿verdad?

Recordar la parte amable de Jackson le proporcionó a Freya una sensación de alivio. Finalmente, se despidió de todos y se fue a la cama. Se quedó allí tumbada, esperanzada en que tal vez se borrara aquel recuerdo entre las sombras y pudieran recuperar su amistad. Luego se quedó dormida.

Se despertó al oír los sonidos que procedían de la habitación de al lado, en la que sabía que dormía Jackson. Estaba hablando en voz alta, como si estuviera enfadado. La otra voz parecía la de Dan.

Freya se levantó rápidamente, se puso una bata y salió a toda prisa al pasillo. La puerta de la habitación de Jackson estaba cerrada, pero podía escuchar claramente las voces enfadadas.

–Deberías estar avergonzado por lo que has hecho y lo sabes –exclamó Jackson–. Salir corriendo de ese modo justo antes de la boda…

–No me eches toda la culpa a mí –dijo la voz de Dan–. Tú fuiste el que hizo que ocurriera.

–Eso no es verdad.

–Sí lo es. Dijiste que era mejor que la dejara ahora que luego y seguí tu consejo.

Freya se quedó paralizada durante un instante y después abrió la puerta de golpe.

Jackson estaba sentado ante el ordenador, enfrentándose a Dan, que le miraba desde la pantalla a través de una conexión de vídeo. Dan tenía su habitual expresión de satisfacción, pero se le borró en cuanto la vio detrás de Jackson.

–¿Sorprendido de verme, Dan? –le preguntó ella con frialdad–. Debe de ser un shock para ti después de todas las veces que me has evitado.

Jackson también estaba en estado de shock, a juzgar por la cara que puso cuando la miró.

–Freya –dijo con desmayo–, será mejor que hablemos luego.

–Luego hablaré contigo. Ahora voy a hablar con él.

–No hay mucho de qué hablar –afirmó Dan.

–¿A qué te referías con lo de seguir el consejo de Jackson?

–Le dije que no estaba convencido de dar el paso de casarme y me dijo que debería dejarte al instante. Pensé que él sabía de lo que hablaba y eso fue lo que hice. Tengo que irme, Freya. Adiós.

Se escuchó un «clic» y Dan desapareció de la pantalla.

Freya se llevó la mano a la frente.

–Está mintiendo, ¿verdad? –preguntó con voz ahogada–. Dime que está mintiendo. Tú nunca has dicho algo así.

–Ha tergiversado mis palabras –aseguró Jackson desesperado–. Me dijo que nunca quiso casarse. Se declaró porque Amos trató de alejarle, no porque te amara. Me dolió que te hubiera mentido y que hubiera llevado el engaño tan lejos. Le dije que tendría que haber sido sincero contigo desde el principio, que te haría más daño si se casaba contigo sin amor y te dejaba tirada más adelante.

–Entonces, ¿lo dijiste? –preguntó Freya sin dar crédito a lo que oía.

–No como él lo cuenta. Lo que quise decir fue que no tendría que haber pensado en boda en un principio, no que se bajara del tren en el último minuto. Pero él lo utilizó como una salida. ¿No te das cuenta? Eso le dio una excusa para echarme la culpa a mí. Sí, de acuerdo, fui torpe y estúpido, pero no malicioso. Por favor, Freya, intenta entenderlo. Nunca fue mi intención que las cosas salieran

así.

–¿Qué es eso de que se declaró por culpa de Amos?

–Oh, por el amor de Dios –gruñó Jackson–. Amos trató de hacerle recular, le amenazó. Dan perdió los nervios y…

–¿Y por eso me pidió en matrimonio? –susurró Freya–. ¿Solo por eso?

–Sí.

–¿Nunca me amó?

–Me temo que no.

–¿Y tú lo has sabido todo este tiempo?

–Me enteré de camino a la iglesia. Si lo hubiera sabido antes te habría avisado, pero ya era demasiado tarde.

–Demasiado tarde para avisarme, pero no para animarle a huir.

–Ya te he dicho que esa no fue nunca mi intención. Solo fui torpe.

–Me has decepcionado. Te supliqué que me contaras por qué había huido y no me dijiste la verdad.

–Fui todo lo sincero que pude, pero no podía repetir todas las cosas que me dijo. ¿Has olvidado el estado tan lamentable en el que te encontrabas aquel día? No podía contarte todo, te habría destrozado. Sé justa conmigo, Freya.

Pero ella estaba demasiado enfadada para ser justa.

–Confié en ti –aseguró con voz ahogada–. Hablé contigo, te conté cosas que nunca le había contado a nadie. Y mientras tanto, tú riéndote de mí.

–Eso no es cierto. Quería hacer lo mejor para ti. Llámame idiota si quieres, pero no me llames mentiroso.

–Creí en ti –susurró Freya–. Me apoyé en ti. Cuando pienso en las cosas que te he contado… he debido de parecerte una idiota.

–No, el idiota he sido yo, pero solo quería ayudarte. ¿Por qué no hablamos luego, cuando te hayas calmado un poco?

Freya tenía la sensación de que una fría oscuridad se había cernido sobre el mundo.

–Crees que entonces lo entenderé, ¿verdad? –preguntó con amargura–. Te equivocas. Nada va a cambiar. No te veré de un modo distinto al que te veo ahora. Como un ser despreciable y malvado.

–Freya –Jackson trató de tomarle la mano, pero ella la apartó.

–No, no me toques. No puedo soportar tenerte delante.

–Por favor, no dejes que esto estropee nuestra amistad.

–Nunca ha habido ninguna amistad –murmuró ella–. Y nunca la habrá –Freya se dio la vuelta y se apartó de él.

Un instante después, Jackson oyó que se cerraba la puerta del dormitorio con cerrojo.

Capítulo 4

SOLA en su cuarto, Freya le dio varios puñetazos a la cómoda. Se sentía atravesada por una tormenta. Rabia, amargura, desilusión, tristeza… estaba atrapada en una prisión y no tenía escapatoria.

Pero fuera podía distanciarse de Jackson. Se vistió rápidamente, salió en silencio al pasillo, bajó las escaleras y cruzó la puerta. No sabía dónde iba, pero quería estar muy lejos.

Perdió la noción del tiempo. Debió de estar caminando durante horas, porque cuando finalmente regresó había empezado a amanecer.

Cuando llegó a la casa vio a su madre mirando por una de las ventanas de abajo. En cuanto vio a Freya, Janine se acercó a la puerta.

–Entra –le dijo–. Te vi irte. Corrías como si te persiguiera el diablo. Estaba preocupada.

–Lo siento, mamá. Pero tenía ganas de asesinar a alguien.

–Ah, sí, Jackson estaba hablando por videoconferencia con Dan, ¿verdad? Oí su voz. ¿Sigues queriendo matar a Dan?

–No, a Jackson –gruñó Freya.

–¿Cómo? ¿He oído bien? Pero si Jackson ha sido encantador contigo…

–Jackson es un mentiroso y un canalla. Y sí, has oído bien. Lo he dicho en serio. Por su culpa, Dan no se casó conmigo. Nunca quiso hacerlo, y, cuando iban camino de la iglesia, Jackson le aconsejó que era mejor que me dejara en aquel momento. Así que Dan se bajó del coche.

–No me lo creo, cariño. Jackson nunca haría una cosa así.

–Él mismo lo ha admitido.

–No entiendo nada. ¿Por qué se declaró Dan si no quería casarse contigo?

–Porque Amos le obligó –aseguró Freya con amargura.

–¡Imposible! Estaba en contra de esa boda. Es imposible que le ordenara a Dan que se casara contigo.

–Por supuesto que no. Le ordenó que no se casara conmigo. Dan se declaró solo para demostrarle a Amos que a él no podía mandarle. Luego se arrepintió, pero no supo cómo salir de la situación. Y, cuando iba en el coche con Jackson y le contó lo que había pasado, mi estúpido hermanastro le dijo lo peor que podía decirle, y Dan aprovechó la oportunidad para desaparecer.

–¿Amos le ordenó a Dan que se mantuviera alejado de ti? No me lo puedo creer.

–¿Por qué dices eso? ¿No es acaso típico de Amos?

–Cariño, no me hago ilusiones respecto a él. Va por la vida haciendo lo que le parece. Pero es demasiado astuto para hacer alto tan estúpido y tan patético. Y tiene un lado bueno. Siempre te ha querido y ha deseado que formaras parte de la familia…

–No, es más bien una cuestión de posesión. No tiene hijas, y quería tener el juego completo porque no puede soportar no tener lo que tienen los demás. No le importaba cuál de sus hijos se quedara conmigo siempre y cuando pudiera marcarme como una res de su propiedad.

–Todo esto es terrible –gimió Janine–. Pero si Dan solo te pidió en matrimonio para desafiar a Amos, entonces habría sido un marido terrible. Tal vez Jackson cometiera una estupidez, pero al final te hizo un favor.

–¡No le defiendas! –exclamó Freya–. Cuando pienso en estas últimas semanas, en cómo me he apoyado en él… y Jackson callándose la verdad.

–Seguramente no estaba pensando con claridad –murmuró Janine–. Los hombres suelen intentar resolver los problemas al instante sin pensar en que a la larga puede ser peor. Está claro que a Amos no se le ocurrió pensar que sus amenazas provocarían exactamente el efecto contrario al que él buscaba.

–Me he preguntado muchas veces por qué estás con él. Y no me digas que es por su dinero.

–No, en todo caso, el dinero es una desventaja. Tiene tanta importancia en su vida que apenas deja espacio para nada más.

–Entonces, ¿por qué estás con él?

–Me necesita, cariño. Es vulnerable aunque no quiera darse cuenta. El Dios Halcón que le ha traído Jackson de Egipto le ha entusiasmado. El problema está en que esa es la parte de él con la

que me resulta difícil vivir.

–¿Y él lo sabe? No, por supuesto que no. Me gustaría ver su cara cuando le digas que sabes lo que le hizo a Dan.

–No estoy segura de querer decírselo. Y, por favor, no se lo cuentes tú.

–De acuerdo. Cómo lidies con tu horrible marido es cosa tuya.

–Olvidémonos de Amos. Ahora no se trata de él, sino de Jackson. No le juzgues con demasiada dureza, solo estaba viviendo al día sin preguntarse qué pasaría después.

–No tenía intención de que yo me enterara alguna vez. Solo quería llevar las riendas, igual que Amos. Es igual que su padre, ¿no te has dado cuenta? Al principio no se nota porque Jackson puede ser encantador.

–Eso es verdad –murmuró Janine–. Recuerdo que Dan nos contó que los productores se enfadaban con Jackson porque él siempre insistía en hacer las cosas a su manera.

–Me lo creo –aseguró Freya con ironía–. Estoy segura de que ni siquiera se le ha pasado por la cabeza la posibilidad de que pudiera estar equivocado.

Janine se la quedó mirando fijamente.

–¿Qué te pasa, hija? Estás todavía más disgustada que cuando Dan te traicionó.

–No estoy disgustada, estoy furiosa –se apresuró a aclarar Freya–. Y no quiero seguir hablando de esto, por favor. Creo que ya va siendo hora de que vuelva a Londres, me busque otro trabajo y empiece de cero.

No dijo que quería borrar a Jackson de su vida, pero no hizo falta. Su madre sabía lo que estaba pensando. Se dieron un abrazo y luego Freya se dirigió escaleras arriba.

Ninguna de las dos vio al hombre que se escondía entre las sombras, a las que se había retirado rápidamente para no ser descubierto. Amos sabía que necesitaba tiempo para pensar en todo lo que había oído. Y tal vez todo el tiempo del mundo no sería siquiera suficiente.

Había un vuelo a Londres aquella mañana a última hora, y Freya reservó un asiento. Cuando bajó a desayunar, ya estaba lista para

marcharse. Encontró a Jackson solo en la mesa.

–Necesitamos hablar largo y tendido –le dijo él en voz baja.

–Me temo que no. Me voy dentro de una hora.

–¿Qué? No puedes dejar las cosas así, Freya. Tenemos que arreglarlo.

–No hay nada que arreglar. He visto cómo eres de verdad y no me gusta. Aquí termina todo. Deberías alegrarte, ya no seré una molestia para ti.

Jackson se levantó y empezó a recorrer la estancia pasándose la mano por el pelo.

–No, no lo acepto –dijo parándose delante de ella.

–No me importa que lo aceptes o no. No te he pedido permiso –afirmó ella furiosa–. Regreso a Londres y no quiero volver a verte ni hablar contigo.

–¿Por qué eres tan dura? –inquirió Jackson–. Me equivoqué, lo admito. Ahora quiero arreglar las cosas.

–Las cosas no podrán arreglarse. Nunca. Y no hay nada más que decir.

Jackson se la quedó mirando como si la estuviera viendo por primera vez. O como si otra persona hubiera ocupado su lugar.

–No puedo creer que esta seas tú –murmuró–. No sabía que fueras tan dura y tan rígida.

–No soy dura. Pero ya me han presionado y manipulado bastante y no voy a seguir soportándolo. ¿Crees que esta no soy yo? Soy la nueva yo.

Jackson la miró a los ojos y trató de encontrar a la mujer que conocía. Pero había desaparecido en el aire, dejando atrás a una enemiga. Sintió una punzada de dolor en el corazón, pero al mismo tiempo notó cómo se iba enfureciendo.

–De acuerdo –dijo–. Pues esa mujer no me gusta. Es fría y tiene el corazón duro.

–¿El corazón duro? –repitió Freya furiosa–. ¿Te atreves a decir que tengo el corazón duro después de todo lo que ha pasado? Es a mí a quien me ha pateado la gente en la que confiaba. Pero tal vez tengas razón. Tal vez deba volverme fría y dura para que no me vuelva a pasar.

–¿Y crees que puedes protegerte eternamente del dolor?

–Sí, porque la gente que no siente nada no sufre tampoco.

–Esa es una solución de cobardes. Nunca pensé que tú serías así, pero, si no eres capaz de perdonar en tu corazón el error de alguien que de verdad está arrepentido, entonces no eres la mujer que pensé que eras. No me quedaré para averiguar quién eres realmente. Pero te diré una cosa: que Dios ayude a quien se cruce contigo en el futuro. Que Dios ayude al hombre que cometa el error de enamorarse de ti. Porque le darás una patada en el estómago la primera vez que meta la pata.

–¿Eso es lo que crees que ha sido? ¿Una metedura de pata? No señor. Lo que pasa es que has querido ser más listo que nadie.

–Sí, creía estar haciendo lo correcto –gritó Jackson–. ¿Eso es un crimen? La gente hace las cosas porque en el momento piensa que es lo mejor.

–Pero hay gente que cree que siempre tiene razón. No vamos a ponernos de acuerdo, así que dejémoslo aquí.

Jackson adquirió una expresión tensa. Freya creyó que iba a decir algo más, pero el sonido de la voz de Janine fuera les sorprendió a ambos.

–Aquí estáis –dijo entrando en la cocina–. ¿Habéis visto a Amos?

–Está ahí fuera –Jackson señaló por la ventana hacia el jardín, donde Amos estaba sentado mirando hacia la bahía.

Estaba muy quieto, algo poco habitual en él. Todos le observaron durante unos instantes, pero él no se movió.

–Tengo que irme ya al aeropuerto –dijo Freya.

–Tal vez Jackson pueda llevarte.

–¡No! –dijeron los dos a la vez con tanta firmeza que Janine guardó silencio.

Freya fue a recoger su equipaje y luego salió a esperar al jardín. Amos seguía todavía allí, con los ojos clavados en el mar. Antes de acercarse, Freya se quedó observándole unos instantes con una nueva hostilidad.

Aquel era el hombre cuyos modos habían provocado que Dan se declarara, plantando así la semilla del desastre posterior. Aquel era el hombre responsable del modo de ser de Jackson.

Freya se acercó despacio a él.

–Regreso a Inglaterra esta mañana –dijo.

–Que tengas buen viaje. ¿Te va a llevar mi chófer al aeropuerto?

–No, he llamado a un taxi –contestó ella. No quería aceptar

ningún favor suyo–. He venido a despedirme.

Amos giró lentamente la cabeza para mirarla. Pero en sus ojos no había nada. Estaban tan vacíos como un desierto.

–Adiós –le dijo él.

–Adiós.

Cuando llegó el taxi, madre e hija se abrazaron.

–Adiós, mamá, te llamaré cuando llegue a casa.

–Adiós, Freya –dijo Jackson.

–Adiós.

No hubo ningún abrazo entre ellos, ni se miraron. Los dos sabían que aquello era una despedida definitiva.

Cuando el taxi arrancó, Freya no miró atrás.

A partir de aquel momento, Jackson estaría fuera de su vida y de su mente. Pero siguió pensando en él en el vuelo de regreso a Londres. En su última pelea.

Freya se preguntó por qué estaba tan decidida a pensar lo peor de él. Y descubrió que era porque una vez pensó lo mejor y ahora, en lo más profundo de su ser, había empezado a formarse una armadura de protección. Aquello impediría que volviera a pensar lo mejor de él. Y eso era bueno. Le evitaría mucho dolor.

Estaba decidida.

Tendría que reorganizar su vida en muchos sentidos, porque no tenía trabajo ni un lugar donde vivir.

En cuanto el avión aterrizó en Londres, buscó un hotel en el aeropuerto y llamó a su madre.

–¿Estás bien? –le preguntó Janine ansiosa.

–Muy bien. Mañana voy a ir a apuntarme a la empresa privada de enfermería para la que trabajé en una ocasión.

–¿La que envía enfermeras a casas particulares?

–Así es. Luego resolveré mi problema de alojamiento. ¿Cómo están las cosas por ahí?

–Raras. Amos quiere que Jackson le cuente más cosas sobre ese Dios Halcón, pero Jackson dice que no tiene tiempo para hablar. Le ha dado una lista de páginas web, así que Amos está pegado al ordenador. Si entro en la habitación, me pone una excusa para que me vaya.

–Supongo que piensa que él es realmente un dios –dijo Freya con ironía.

–Me temo que tal vez tengas razón.

–Que tengas suerte bregando con él. Adiós.

Freya cenó sola en su habitación y se acostó pronto. Se durmió enseguida, pero soñó con Jackson mirándola con furia y llamándola fría y dura. Freya soltó un grito y se despertó de golpe con lágrimas en los ojos.

Al día siguiente fue a registrarse a la agencia de enfermeras, donde enseguida le encontraron un trabajo en Londres. Se dijo que aquel era el comienzo de una nueva vida, y que pronto olvidaría la antigua.

Solía hablar con frecuencia con su madre por teléfono, y Janine le dio de pronto una noticia sorprendente:

–Nunca imaginarás lo que ha organizado Amos –le dijo–. Se va a Egipto con Jackson.

–¿Para qué?

–Para jugar a ser el Dios Halcón, supongo. Incluso ha conseguido que la productora se ponga de su lado. Les encanta que Jackson se apellide Falcon, y ahora tienen a dos. Así que Amos viajará a Londres para tomar el mismo avión que Jackson. Yo también iré para despedirle.

–¿Por qué no vas a Egipto con él?

–Lo haría si pensara que a él le gustaría. Pero las cosas están un poco raras entre nosotros. A veces le pillo mirándome de un modo extraño.

–¿A qué te refieres?

–No puedo describirlo, pero nunca me había mirado así antes. Como si quisiera decirme algo, pero no estuviera seguro. He llegado incluso a pensar que se va a Egipto para escapar de mí.

–Lo dudo. Amos no es así.

–Pero este Amos es distinto al que conocíamos. Bueno, cariño, ¿podemos vernos cuando vayamos a Londres?

–Claro. Acabo de terminar mi último trabajo y estaba a punto de pedir otro encargo.

–Tómate unos días libres y reúnete con nosotros en el hotel para que podamos pasar un tiempo juntos.

Janine y Amos llegaron dos días más tarde, y en cuanto los vio,

Freya supo a qué se refería su madre cuando le habló de Amos. Era como si una quietud se hubiera apoderado de él, convirtiéndole en alguien diferente.

Aquella noche cenaron los tres solos. Jackson había llamado para decir que le habían surgido unos asuntos de última hora que debía resolver antes de marcharse al día siguiente. Una vez más, Freya se sintió dividida. Una parte de ella se sentía desilusionada por no verle; otra suspiró aliviada. Se preguntó si Jackson también se sentiría aliviado al saber que iban a verse muy poco, porque a la mañana siguiente se reunió con ellos muy tarde en el aeropuerto.

–Lo siento –dijo abrazando a Janine–. Perdí el pasaporte en el último momento. Pero ya está todo arreglado. Me alegro de verte, Freya. Bueno, papá, ¿listo para irte? Bien, pues adelante. Adiós, señoras.

Janine le abrió los brazos a su marido. Amos se acercó, pero solo un instante, y Freya volvió a percibir en él aquella sensación de incomodidad que parecía acompañarle últimamente.

De pronto sintió el irreprimible deseo de abrazar a Jackson. A pesar de la hostilidad que todavía había entre ellos, le resultaba insoportable que se despidieran siendo enemigos. A veces ocurrían desastres. Podía no volver a verle. Reuniendo todo su valor, le tomó del brazo y preguntó:

–¿Y a mí no me das un abrazo?

Él sonrió con cierto recelo.

–¿Seguro que quieres que te dé un abrazo?

–Si no lo haces te pegaré una patada en la espinilla –bromeó tratando de reintroducir el sentido del humor en su relación.

–Esa es mi chica –exclamó Jackson abriendo los brazos. Fue un abrazo corto, pero intenso–. Adiós –se despidió con precipitación.

–Adiós. Oye, Jackson…

–Me tengo que ir. Adiós.

Entonces todo terminó. Los dos hombres se alejaron y las dos mujeres se quedaron mirando cómo se marchaban con el corazón en un puño. Al llegar a la entrada, padre e hijo se dieron la vuelta y se despidieron con la mano una última vez. Un instante después desaparecieron.

Entonces Freya se pudo concentrar de verdad en encauzar su vida. Dan se había ido. Jackson se había ido. Era libre para construir un nuevo futuro.

Aceptó otro trabajo de enfermería y cuando terminó volvió a Montecarlo. Cuando hablaba por teléfono con su madre, le pareció notar que se sentía muy sola.

–Gracias por venir, cariño –exclamó cuando Freya llegó–. Así podemos apoyarnos la una en la otra.

Freya la abrazó, pero dijo:

–Yo no necesito apoyarme en nadie. Me va bien.

Janine la miró con preocupación, pero no dijo nada.

–¿Qué tal les está yendo en Egipto? –preguntó Freya en la cena.

–Al parecer, muy bien. Hasta ahora han estado en Giza viendo las pirámides y la esfinge, pero pronto partirán hacia Edfu, donde está el templo de Horus. Amos está disfrutando mucho de ser un dios.

–Bueno, eso no me sorprende.

Las dos mujeres se rieron.

–Jackson me llama a veces, y se lo agradezco. Es muy amable por su parte hacerme partícipe.

–¿Amos no lo hace?

–Hablamos, pero tengo la sensación de que me dice lo que quiere que crea en lugar de contarme cómo son las cosas de verdad.

–Y quiere que creas que el mundo gira a su alrededor, que es a lo que está acostumbrado.

Janine exhaló un breve suspiro.

–Bueno, si eso le hace feliz…

–¿Y por qué no intenta hacerte feliz a ti? Estamos en el siglo XXI. Se supone que los hombres deben preocuparse de nosotras tanto como nosotras de ellos.

–Creo que muchos de ellos todavía no lo saben. Jackson es detallista y cariñoso, pero es una excepción.

–Sí, bueno, no hablemos de eso.

–¿Sigues enfadada con él? Cuando te vi abrazarle en el aeropuerto, creí que…

–Fue solo un momento sentimental –se apresuró a explicarse Freya–. Se fue como vino. He aceptado la realidad.

En aquel momento llamaron a la puerta. Janine se levantó y fue

a abrir.

Una vez a solas, Freya miró por la ventana hacia la preciosa bahía, en la que el sol había empezado a ponerse. Eran las ocho, lo que significaba que en Egipto serían las nueve. ¿Cómo sería la noche en aquel lugar tan místico? Recordó que Jackson había mencionado que nunca olvidaría cómo la gran pirámide emergía lentamente de la oscuridad.

Resultaba casi aterrador que Jackson siguiera abriéndose camino en su mente en los momentos más inesperados.

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos.

–¿Puedes responder por mí? –gritó Janine desde el pasillo.

–De acuerdo –Freya descolgó el teléfono–. ¿Dígame?

–Janine, gracias a Dios que estás ahí –dijo la voz de Jackson.

–No, yo no…

–Me daba miedo que hubieras salido, tengo que hablar contigo urgentemente. Voy a necesitar tu ayuda, y también la de Freya. Se trata de Amos. Ha empezado a tener mareos y de pronto se queda sin aire, pero no quiere admitir que algo vaya mal. Le he dicho que deberíamos volver a casa, pero se niega a hablar del tema. Tampoco quiere ir al médico, así que la única esperanza es que Freya venga a Egipto, sí permitirá que ella le eche un ojo y le vigile.

–Jackson…

–Y si Freya no quiere verme, dile que no se preocupe. Me mantendré alejado de ella si es lo que quiere siempre y cuando cuide de papá. Es lo único que le pido. Le doy mi palabra.

A Freya le daba vueltas la cabeza. Tenía la voz muy parecida a la de su madre, y Jackson las había confundido.

–¿Crees que aceptará mi palabra? –insistió Jackson–. Después de lo sucedido… ¿todavía me sigue odiando?

Freya hizo un esfuerzo por hablar.

–Yo no te odio, Jackson –aseguró.

Se hizo el silencio. Cuando él volvió a hablar, parecía sorprendido.

–¿Freya?

–Sí, soy yo. No me has dejado hablar para decírtelo. Si necesitas mi ayuda, por supuesto que la tendrás.

–¿Lo dices de verdad?

–Por supuesto que sí. Ah, aquí está mi madre. Será mejor que

hables con ella –le pasó el teléfono a Janine, que acababa de entrar otra vez–. Es Jackson. Dice que Amos nos necesita.

Mientras Janine escuchaba las malas noticias, Freya le pasó a su madre un brazo por los hombros para sostenerla, porque le dio la impresión de que se iba a venir abajo.

–Oh, no –gimió–. Iré enseguida.

–Yo también –aseguró Freya tomando otra vez el teléfono–. No te preocupes, mamá. Yo me ocupo de todo –adoptando el tono más profesional posible, dijo–: Jackson, ¿puedes ayudarme con las gestiones?

–Por supuesto. Estamos en Giza, y el aeropuerto más cercano es El Cairo.

Freya tomó notas durante unos minutos.

–Te llamaré en cuanto tenga los datos del vuelo.

–Muy bien. Gracias por todo, Freya. Esto significa mucho para mí. Temía que…

–Tendrías que saber que yo haría cualquier cosa por mi madre.

–Ah, sí. Claro, por supuesto.

Jackson había captado el mensaje. Lo estaba haciendo por Janine y solo por ella.

En cuanto Freya colgó el teléfono, las dos mujeres se abrazaron.

–Gracias, cariño –dijo su madre con voz ahogada–. No sé qué hubiera hecho sin ti.

–No me des las gracias –le pidió ella–. Todo va a salir bien. Confía en mí.

–Confío en ti, cariño. Eres muy fuerte. Creo que puedes ganar cualquier batalla. Mientras estés a mi lado, sé que estamos a salvo.

Freya sonrió y dijo las frases adecuadas, pero por dentro deseó sentirse también segura ella misma. No controlaba lo que iba a suceder, y aquella sensación la alarmaba. Pero lo había prometido, y estaba dispuesta a ayudar a su madre.

Sería fuerte para ayudarla.

Capítulo 5

EL AEROPUERTO más cercano era el de la ciudad francesa de Niza, situada a unos dieciséis kilómetros. Desde allí tomarían un vuelo a El Cairo. Cuando tuvo los billetes, Freya llamó otra vez a Jackson.

–El primer vuelo que hemos encontrado sale mañana por la tarde.

Le dio los detalles, y Jackson dijo:

–Un coche os recogerá en el aeropuerto y os llevará a Giza.

–¿Sabe Amos que vamos a ir?

–Sí, pero cree que se trata de una visita familiar porque le echáis de menos.

Freya hizo el equipaje y trató de concentrarse en tener el ánimo levantado. En el camino al aeropuerto de Niza al día siguiente, tomó a Janine de la mano, sintiendo que ella era ahora la madre. Las tres horas de vuelo le parecieron interminables, y para distraerse se centró en la lectura del libro que había comprado sobre Egipto.

Poco a poco se vio envuelta en el misterio de aquella cultura milenaria. Fue pasando lentamente las páginas para ver las imágenes de las pirámides, aquellas enormes tumbas que tenían grandes bases y se iban afilando.

Los antiguos faraones se habían asegurado de que el mundo los recordara eternamente creando increíbles templos funerarios que empezaban a construir el día que subían al trono. El más conocido era Tutankamon, el niño rey que vivió tres mil años atrás y que murió con dieciocho años tras haber estado solo tres en el trono. Su tumba era una de las más pequeñas, pero durante el siglo pasado fue excavada por varios exploradores, convirtiéndola en la más famosa de todas.

Luego estaba la esfinge, la enorme estatua de un león con cabeza humana de aspecto terrible.

Freya se fue entusiasmando ante la perspectiva de visitar aquel

país tan fascinante.

Cuando llegaron a El Cairo y desembarcaron, recogieron el equipaje y pasaron por la aduana antes de llegar a la sala.

–¿Quién dijo Jackson que iba a venir a buscarnos? Porque no puedo… ¡Amos! –Janine empezó a saludar frenéticamente con la mano.

Freya reconoció entonces a Amos, que se acercó a toda prisa hasta que tuvo cerca a su mujer y se fundieron en un abrazo.

Freya buscó a Jackson con la mirada, pero no había ni rastro de él.

No estaba allí, pensó con cierta desilusión. No se había molestado en ir a recibirlas.

Pero entonces lo vio a unos metros de allí. Estaba tan cambiado que apenas lo reconoció. El sol le había bronceado la piel, y parecía más delgado, como un hombre que trabajara muchas horas y no se cuidara. A pesar de la distancia que había entre ellos, Freya percibió su tensión, y supuso que estaría muy preocupado por su padre. Tanto como para pedirle ayuda a una mujer con la que estaba enemistado.

Jackson alzó la vista, y Freya fue consciente del momento exacto en que la vio. Se le iluminó la cara y alzó la mano para saludarla.

–Gracias –le dijo cuando estuvieron cerca–. Es maravilloso que estéis aquí. Ya ves lo contento que se ha puesto Amos.

La pareja seguía abrazada.

–Me alegro por los dos –aseguró ella–. ¿Y tú cómo estás? Apenas te he reconocido.

–Ha sido un poco cansado, pero me alegro de estar aquí –se giró hacia su madrastra–. Me alegro de verte, Janine –la abrazó y luego agarró sus maletas.

Freya pensó que a ella también le daría un cálido abrazo de bienvenida, sobre todo después de cómo la había abrazado cuando se despidieron. Pero las cosas habían cambiado. Jackson había prometido mantener las distancias y así lo haría. Era una tontería sentirse decepcionada, no podía permitirse semejante debilidad.

Fuera les esperaba un lujoso coche con un chófer que se encargó de las maletas y ayudó a las damas a entrar. Parecía más bien un autobús, con sus dos filas de asientos. Jackson acomodó a las mujeres juntas y él se sentó en la fila de enfrente, con su padre.

–Solo deberíamos tardar media hora –dijo–. Vamos al hotel Harbury, que está en el camino que lleva a las pirámides.

–¿Significa eso que podemos verlas desde la habitación? –quiso saber Janine.

–Así es –aseguró Jackson–. Mires donde mires, están las pirámides. Es maravilloso.

En cuanto llegaron a la ciudad, entendieron lo que decía. Había edificios altos que se alzaban hacia el cielo, pero tras ellos, dominando el mundo, se veían los puntiagudos extremos de las pirámides.

Enseguida estuvieron en el hotel, un edificio enorme y lujoso. Los mozos se hicieron cargo del equipaje mientras Jackson las acompañaba al mostrador de recepción para registrarse.

–Todo el equipo de filmación se aloja aquí –dijo–. Están grabando fuera en este momento, pero volverán enseguida.

Una vez arriba, Amos llevó a Janine a su habitación, la que iban a compartir.

–La tuya está justo abajo –le dijo Jackson a Freya–. Al lado de la mía, así que estaré a mano si necesitas ayuda.

La habitación era impresionante, con un ventanal que se abría a un balcón desde el que podía verse una de las pirámides. Freya contuvo el aliento y salió, tratando de asimilar tanta belleza y magnificencia.

Cuando se dio la vuelta vio que Jackson esperaba pacientemente.

–Amos tiene buen aspecto –dijo ella–. No esperaba verle en tan buena forma.

–Cambia de pronto. Parece que está bien, pero de pronto se marea o se queda sin aliento. Le obligo a descansar cuando puedo, pero ya sabes lo difícil que es darle consejos.

–Tú debes de saberlo mejor que nadie. Es tu padre.

–Sí, pero tú eres la experta. No sabes el alivio que supone para mí tenerte aquí.

–Lo cuidaré lo mejor que pueda, ya lo sabes.

–Es muy generoso por tu parte después de todo lo que ha pasado.

–No estoy siendo generosa –aseguró Freya–. Estoy siendo profesional. Amos es mi paciente, aunque él no lo sepa. Los

sentimientos no tienen nada que ver con esto –concluyó en un tono algo molesto.

–Por supuesto, solo quería que… bueno, en cualquier caso, te lo agradezco.

Jackson se detuvo bruscamente. Su confusión pareció resonar en el aire y de pronto Freya se sintió confusa. No era propio de Jackson quedarse sin palabras.

–Te dejaré para que deshagas la maleta –dijo finalmente–. Esta noche conocerás al equipo. Será divertido.

–¿Qué les parece que Amos esté aquí?

–Le adoran. Cuando empezó a hablar del Dios Halcón, vi cómo a Larry se le iluminaba la cara. Me refiero a Larry Lowton, el productor de la serie. Es un magnífico profesional, y está tratando a papá muy bien. Cuando lleguemos a Edfu, me parece que encontrará la manera de incluirlo en el programa.

–¿Y tú?

–Yo salgo todo el rato hablando a cámara.

–Pero tú también te apellidas Falcon. ¿No quiere utilizar el productor ese hecho?

–No estarás sugiriendo que alguien pueda confundirme con un dios, ¿verdad, Freya?

–No, supongo que no.

–¿Crear leyes? ¿Proclamar edictos? No, seguro que lo liaría todo, ¿verdad? –la miró con ironía–. Eso es en lo único que creo que estaremos de acuerdo.

Estaban pisando terreno peligroso. Pero ella se zafó con facilidad diciendo:

–Si tú lo dices…

–Sí, yo lo digo. Bueno, me voy. Te recogeré en una hora.

–¿Cómo hay que vestirse para la cena?

–Normalmente de modo informal, pero esta noche no. Todo el mundo se va a arreglar en vuestro honor. Si me necesitas, estaré en la puerta de al lado.

Jackson se marchó sin esperar respuesta. Freya suspiró aliviada. Hasta el momento no había salido tan mal. El sentido del humor era una forma estupenda de enfrentarse a las cosas.

Le resultaba un poco desconcertante saber que estaba en la puerta de al lado, y cuando salió al balcón miró hacia la ventana de

Jackson, lista para retirarse si aparecía. Pero no lo hizo, y Freya pudo disfrutar de aquella atmósfera mágica sin que la molestaran.

Había metido en la maleta un par de elegantes vestidos de cóctel. Para la cena escogió uno de seda azul que le marcaba la figura sin ser demasiado ajustado. Al igual que Jackson, ella también mantenía las distancias.

Una hora después, Jackson se presentó en su puerta vestido de chaqueta.

–Estás muy bien –le dijo con educación–. Vamos a recoger a nuestros padres.

Tanto Amos como Janine se habían vestido de manera elegante para la cena. Freya se alegró de comprobar que entre ellos había una atmósfera cálida. Amos parecía estar disfrutando.

Había siete personas esperándoles.

–Este es Larry, el jefe –dijo Jackson de buen humor–. Él da las órdenes y los demás saltamos.

–Eso es un chiste –aseguró Larry–. No creo que Jackson haya acatado una sola orden en toda su vida.

A Freya le cayó bien Larry desde el principio. Tendría cuarenta y pocos años y era moderadamente guapo, aunque tirando a gordito. Parecía estar siempre de buen humor. Le presentó a Tommy, su ayudante, un joven alegre y lleno de vida. Jackson se unió a ellos y les presentó al resto del equipo, terminando con una joven guapísima que las saludó con un beso en la mejilla.

–Esta es Debra, la eficiente secretaria de Larry –explicó Jackson–. Y a veces me concede el honor de hacer de secretaria para mí también.

No era lo único que hacía para él, pensó Freya, a juzgar por el modo tan cariñoso en que lo trataba. Vio que Jackson se sentaba al lado de Debra y le dedicaba toda su atención, riéndose con las cosas que decía y mirándola a los ojos.

Cuando terminaron las presentaciones, Larry acompañó a Freya a una silla.

–Siéntate a mi lado –le pidió–. Quiero saberlo todo de Jackson.

–Sin duda a estas alturas ya sabes muchas cosas de él, ¿no?

–Solo cosas triviales. Pero siempre que discutimos, me gana. Eso tiene que terminar. Quiero que me cuentes sus puntos débiles para poder tener ventaja sobre él –Larry habló en voz alta, invitando a

todo el mudo a participar de la broma.

Jackson torció el gesto.

–Ha estado intentando pillarme en un renuncio desde que nos conocemos –aseguró–. Pero hasta ahora no lo ha conseguido.

–Pero puedo tener esperanzas –afirmó Larry–. Si esta encantadora dama quisiera ayudarme…

–Nada me gustaría más –le dijo Freya–. Puedo contarte lo que sucedió hace tres años, en una ocasión en la que… bueno, vamos a dejarla para después.

La mención de los tres años fue un mensaje para Jackson. Era una conversación liviana en la que el pasado más reciente no tenía cabida. Aquella noche solo se trataba de divertirse. Asintió para darle a entender a Freya que estaba de acuerdo.

Larry era un hombre muy divertido y lleno de anécdotas que contar. La velada fue un completo éxito. Freya se habría quedado más tiempo, pero se dio cuenta de que Amos estaba tratando de contener sin éxito un bostezo. Cuando Janine le dio un apretón en la mano, se levantó para seguirla sin protestar.

–Iré con vosotros –dijo Freya–. Buenas noches a todos.

–Buenas noches –se despidió Jackson–. Que durmáis bien. Mañana nos espera un día duro.

Debra, que estaba sentada a su lado, se rio y le agarró del brazo. Freya se dio la vuelta rápidamente.

Una vez en la habitación, Janine y ella trataron de acomodar a Amos, que respondió airado:

–Dejadme las dos en paz. Estoy bien.

–Claro que estás bien –aseguró Freya–. Os veré por la mañana –le dio un beso a su madre y se marchó.

Estaba deseando quedarse a solas, y para ella fue un alivio poder irse a su habitación. Una vez dentro no encendió la luz, sino que abrió la puerta de cristal del balcón y salió a la noche.

Una suave luz brillaba todavía en las pirámides. Hipnotizada, Freya se quedó mirando, disfrutando de la sensación de ser testigo de un misterio que se remontaba a siglos atrás. Era una sensación mágica y dulce que parecía transportarla a otro tiempo, cuando su mundo estaba imbuido de magia.

Pero aquello había sido una tontería que había terminado de un modo brutal.

Se vio poseída por un extraño humor. Dentro de ella habitaba una especie de angustia, no por Dan en sí mismo, sino por lo que creyó que representaba: esperanza y la creencia de que la vida podía ser bella.

Después del desastre de la boda, había sido capaz de seguir creyendo durante un breve espacio de tiempo. Jackson le tendió una mano, y mientras pudo agarrarse a él, el mundo había seguido siendo un buen sitio. El descubrimiento de su traición fue como un golpe al corazón que la afectó tanto como el de Dan. Tal vez incluso más. El consuelo que Jackson parecía haberle ofrecido había desaparecido. Para siempre. Ya no podría volver a creer en nadie jamás.

Freya dejó caer la cabeza y se cubrió los ojos con una mano buscando el olvido mientras sollozaba.

–No –se dijo con firmeza–. Dije que no volvería a pasar por esto y no lo haré. Me construiré una nueva vida sin ayuda de nadie.

Pero ni la fuerza ni la determinación parecían servirle de ayuda en aquel momento. Miró con anhelo hacia la pirámide, que llevaba erguida y en paz miles de años y seguiría así otros miles más. Qué absurdos parecían los problemas humanos frente a aquel monumento que representaba la sabiduría ancestral. ¿Cuántos hombres se habrían visto frente a su magnificencia sintiendo su propia trivialidad?

Freya se dio finalmente la vuelta y entró en la habitación. Se tumbó en la cama y permaneció despierta durante varias horas.

Durante varios minutos después de que Freya hubiera entrado, el hombre que estaba en el balcón de al lado permaneció en silencio y sin moverse, aliviado al saber que no le había visto.

Jackson no se sentía orgulloso de haber estado observando a Freya sin que ella lo supiera, pero su aparición le había pillado por sorpresa. Recordó aquel día varias semanas atrás, cuando ella descubrió su pequeño engaño respecto a Dan y le atacó furiosamente. Unas horas más tarde, Jackson vio a su padre escuchando desde el otro lado de la puerta lo que Freya y su madre decían. Aunque Jackson no fue capaz de distinguir sus palabras, podía imaginarse lo que estaban diciendo.

Al ver a su hijo, Amos se llevó un dedo a los labios y sacudió la cabeza. Cuando Jackson trató de obligarle a salir de allí, se negó. Ni tampoco quiso hablar de lo que había oído.

–Y no les digas que me has visto –le exigió–. Hay cosas que un hombre debe guardarse para sí mismo.

Jackson accedió a regañadientes. Le había ocultado a Freya la verdad en una ocasión, y no le apetecía volver a hacerlo. Había sido un alivio partir hacia Egipto poco después. Ahora, un malévolo truco del destino le había llevado a espiarla. Le había resultado imposible salir del balcón. La puerta que daba al dormitorio hacía demasiado ruido. No le quedó más remedio que quedarse allí y presenciar cosas que la conciencia le decía que no debía presenciar.

Era igual que su padre, pensó con amargura. Siempre había dicho que no se parecía a Amos, pero entonces ocurría algo como lo de ese momento y… ¡maldición!

La pelea con Freya le había dolido. Cuando en un principio trató de ayudarla a superar el mal trago de la boda lo hizo en parte por cariño y en parte porque se sentía culpable. Poco a poco, empezó a disfrutar de su relación. La sensación de que podía ofrecerle consuelo hizo que se sintiera bien consigo mismo de un modo que le resultaba novedoso.

Pero tras todo lo que había pasado, Jackson prometió guardar las distancias, y por el bien de su padre, mantendría su promesa. Así que desde la llegada de Freya a Egipto le había ofrecido solo la atención que requería la cortesía, y luego se escondió tras el escudo que le proporcionaba Debra, coqueteando con ella, simulando que estaba encantado con su compañía para ocultar el hecho de que en realidad tenía la atención puesta en Freya. Trató de alegrarse de que se llevara tan bien con Larry, pero no lo consiguió.

Cuando terminó la cena, acompañó a Debra a la puerta y se despidió de ella educadamente, fingiendo no ver la invitación que mostraban sus ojos. Luego regresó a su propia habitación. Salió al balcón en la oscuridad para ver la pirámide, y seguía todavía allí cuando la oyó entrar por la puerta de al lado. Agudizó el oído y no escuchó voces. Se dio cuenta aliviado de que estaba sola. Un instante después, Freya apareció en el balcón.

Jackson dio un paso adelante con la intención de hablar con ella, pero se detuvo en seco. Hubo algo en ella, en su modo de mirar

hacia la noche, que le impidió avanzar.

Vio cómo dejaba caer la cabeza entre las manos y la escuchó llorar.

Jackson apretó los puños. Quería revelar su presencia y consolarla, pero sabía que ella nunca se lo perdonaría. Una vez la había consolado como un hermano, pero aquellos días ya habían pasado. Tal vez la atracción física que surgió entre ellos había sido breve, pero su recuerdo todavía quemaba. Ninguno de los dos podía olvidarla, y destruiría cualquier cosa que intentara hacer por ella. Ahora Freya estaba más sola que nunca.

Verla llorar había provocado un ardor traicionero en sus propios ojos. Jackson maldijo con amargura el destino maligno que no permitía que la ayudara cuando ella le necesitaba tanto.

Finalmente, Freya se dio la vuelta y entró en el dormitorio, dejándole a él angustiado y preguntándose por enésima vez: «¿Qué es lo que he hecho?».

Capítulo 6

EL SONIDO del teléfono despertó a Freya a la mañana siguiente antes del amanecer. Era Janine, y parecía preocupada.

–Por favor, ven –le pidió–. Está jadeando otra vez.

Freya se puso la bata y salió corriendo al pasillo. Para su sorpresa, se encontró allí con Jackson, que estaba abriendo la puerta de su dormitorio con la llave.

–¿Qué ocurre? –preguntó él.

–Es Amos. Mi madre acaba de llamarme y dice que está jadeando.

–Vamos.

Lo encontraron sentado en un extremo de la cama, el pecho le subía y le bajaba muy deprisa. Miró a Freya y asintió cuando la vio sacar el estetoscopio que había tenido la precaución de llevar.

–Así que ahora sale la verdad –murmuró–. Tu visita ha sido una excusa para venir a agobiarme.

–Siempre estoy dispuesta a ayudar. Y ahora calla y déjame hacer mi trabajo.

–¿Me estás dando órdenes?

–Sí, así es. Haz lo que te digo y guarda silencio –Freya le escuchó el corazón temiéndose lo peor, pero se llevó una alegría al saber que latía con fuerza–. Esto está bien.

–Claro que está bien. No me pasa nada. ¿Por qué las mujeres tenéis que armar siempre tanto alboroto por todo?

–Porque nos importas –intervino Janine–. Aunque a veces me pregunto por qué. Eres un viejo gruñón.

–No estás demasiado mal de salud, pero debes cuidarte –le aconsejó Freya.

–Si estás tratando de impedir que salga hoy, olvídalo. Es nuestro último día aquí antes de salir hacia Edfu y no me lo voy a perder.

–Tal vez deberías –dijo Jackson–. Esto ya lo conoces. ¿Por qué no te quedas aquí y descansas hoy para estar mañana en forma?

–Estoy en forma para lo que yo diga que estoy en forma –afirmó

Amos ultrajado–. No me digas que has empezado a obedecer sus órdenes…

–Estoy tratando de ser práctico –le atajó Jackson–. Y eso implica escuchar las sugerencias de alguien que sabe más que yo –señaló a Freya con la cabeza.

–Voy a ir con vosotros –insistió Amos.

–De acuerdo, pero tómatelo con calma –le pidió Freya–. Cuando te canses, para –tuvo un repentino momento de inspiración–. Después de todo, nuestra próxima parada es Edfu, donde te encontrarás cara a cara con Horus. No querrás caer enfermo antes de llegar allí, ¿verdad? Imagínate tener que perdértelo después de todo el esfuerzo que has hecho para conocerlo.

Amos la miró de reojo, como dándole a entender que sabía perfectamente lo que Freya pretendía. Pero para alivio de todos, su ánimo mejoró.

–Tienes razón –dijo–. Nada debe interponerse en mi viaje a Edfu.

–Todavía es pronto –afirmó ella–. Intenta dormir un poco más.

Amos asintió y se metió otra vez en la cama. Jackson y Freya le dieron una palmadita en el hombro a Janine y salieron.

–¿De verdad está bien? –preguntó él cuando estuvieron en el pasillo.

–Sí, el corazón suena mejor de lo que esperaba. Pero no debería andar demasiado. Ayudaría tener una silla de ruedas a mano por si acaso –Freya se llevó la mano a la boca para contener un bostezo.

–Será mejor que tú también duermas un poco más para no estar agotada mañana. Buenas noches.

–Buenas noches.

¿Dónde iría Jackson?, se preguntó Freya mientras él se alejaba. Tal vez volvería con Debra.

No tenía ganas de dormir. Encendió la luz y abrió el libro de las pirámides que había llevado consigo. Pero no logró calmarla, y finalmente lo cerró, volvió a apagar la luz y se acercó a la ventana que daba a los jardines del hotel.

Bajo la tenue luz del amanecer distinguió la figura de un hombre deambulando entre los árboles. Hubo algo en él que le llamó la atención. No solo estaba solo, sino que parecía ajeno al resto de la humanidad.

Entonces reconoció a Jackson.

Así que no estaba con Debra. Freya tuvo entonces la extraña sensación de que la soledad era algo innato a Jackson.

¿Cómo era posible? Alguien tan popular como él no estaba nunca solo.

Pero la idea no se le iba de la cabeza. A pesar de tener una familia tan numerosa y tanta vida social, Jackson no tenía en realidad a nadie. Sus hermanos estaban felizmente casados; su padre tenía a Janine. Pero él iba a la deriva en la vida en una misteriosa soledad. Nunca había pensado en ello con anterioridad, pero en ese momento se preguntó la razón.

Jackson se giró, alzó la vista y la vio. Freya esperaba que se diera la vuelta, pero él alzó el brazo y la invitó a bajar con un gesto. A Freya le dio un vuelco el corazón. Le saludó con la mano y corrió a ponerse unos pantalones cortos y una camiseta antes de reunirse con él.

Jackson la estaba esperando en la puerta.

–Gracias –le dijo él–. Temía que no vinieras.

–Este es un lugar maravilloso. No me extraña que te guste tanto.

Jackson le tomó la mano y la guió entre los árboles hacia unos bancos que había al fondo del jardín. Las pirámides eran más visibles ahora que se abrían camino a través de la luz.

Se quedaron sentados en silencio durante unos instantes disfrutando del momento. La mano de Jackson seguía en la suya. Luego le dijo en voz baja:

–No sabes cuánto te agradezco que hayas venido a Egipto.

–No podía desentenderme de Amos. Sé que para ti lo es todo.

–En cierto modo. No me malinterpretes, quiero a mi padre, pero no siempre me cae bien. Hace lo que le place sin importarle el daño que pueda hacer.

Jackson hizo una pausa y Freya tuvo la sensación de que algo le atormentaba.

–¿Hay algo que quieras contarme? –le preguntó con dulzura.

Jackson le apretó la mano con más fuerza.

–Nunca he hablado de esto con anterioridad –murmuró él–. Durante los primeros años de mi vida, sentía que tenía la familia ideal. Pero luego mi madre supo de la existencia de mi hermano Marcel, el hijo que mi padre había tenido cinco años atrás con Claire, una mujer francesa.

–¿Lo tuvo cuando ya estaba con tu madre?

–Sí. Creo que eso fue lo que más le dolió, que estuviera con otra mientras interpretaba el papel de marido entregado.

–¿Cómo pudo tu madre creer nada de lo que le dijera después de aquello? –jadeó Freya.

–No le creyó. Le dejó. Se divorciaron y mi padre se casó con Claire. Darius y yo vivimos con nuestra madre hasta que ella murió unos años después. Entonces tuvimos que volver con Amos.

–¿Cuántos años tenías tú entonces?

–Once. Las cosas no fueron fáciles con Claire. No era culpa suya, era una víctima más de mi padre, igual que nosotros. Pero yo le eché la culpa de la muerte de mi madre.

–¿Insinúas que tu madre…?

–No, no se quitó la vida. Pero enfermó y no tuvo fuerzas para luchar, no creo que quisiera hacerlo. Yo estaba a su lado cuando murió, y lo último que me dijo fue «Lo siento». Luego cerró los ojos y se dejó ir. Mientras tanto, Amos estaba otra vez de flor en flor, con la madre de Travis en Los Ángeles y con la madre de Leonid en Moscú. Claire se enteró y se fue llevándose a Marcel. Para entonces Darius estaba ya en la universidad, así que yo pasaba mucho tiempo solo con mi padre.

Se pasó una mano por el pelo.

–Era como tener dos versiones de la misma persona. Estaba el hombre que rompía corazones y no le importaba, el hombre que a mí me caía mal. Pero también estaba «la bestia», a quien el mundo admiraba y temía, y a quien yo admiraba también en cierto modo. Quería ser como él, ganarme su aprobación.

–Pero aquello no era bastante para ti, ¿verdad? –preguntó ella.

–No, quería algo más. Quería… no sé, algo más.

–Amor –afirmó Freya–. La clase de amor que uno espera de sus padres, ser una prioridad para ellos. Cuando los adultos están tan ocupados los unos con los otros, a veces olvidan lo que necesitan los niños.

Jackson se la quedó mirando fijamente.

–¿Tú cómo sabes eso? Seguro que tus padres te querían.

–Sí, pero se querían más el uno al otro. Un año, mi padre me pagó un viaje muy caro con el colegio. Pensé que era muy generoso al gastar tanto dinero para que yo me divirtiera. Pero, cuando yo

estaba fuera, mi madre y él se fueron de vacaciones juntos. Pensé que luego nos iríamos los tres a algún lado, pero no fue así. Aprovecharon la oportunidad para irse sin mí. Sé que parece una tontería y que suena egoísta por mi parte, pero…

–No, para mí no –afirmó Jackson–. Todo parece bien desde fuera, pero por dentro hay un vacío.

Freya se imaginó entonces a Jackson de niño, rodeado de dinero y de éxito, pero consciente de que no era una prioridad para nadie. Su padre coqueteando con otras mujeres, y su madre más pendiente de su dolor que de las necesidades de sus hijos.

–Así es –reconoció Freya–. Crecí sabiendo que solo podía contar conmigo misma.

Se quedaron mirándose en silencio, compartiendo la misma expresión de asombro.

–Nos conocemos desde hace seis años –dijo Jackson–, y nunca habíamos hablado de esto.

–No era el momento –reflexionó Freya.

–Eres la única persona con la que puedo hablar de mi padre y de la tensión que me produce pensar que he heredado su forma de ser.

–No eres tan malo como él.

–Gracias, pero también tengo mi lado malo. Y tú lo sabes bien, porque te hice daño.

–Pero no lo hiciste adrede. Solo hiciste un comentario imprudente. No podías saber lo que Dan iba a hacer. Fue un error, pero yo también he cometido muchos.

Jackson se la quedó mirando fijamente.

–¿De verdad me perdonas?

–No hay nada que perdonar. No hubo maldad por tu parte.

Jackson siguió mirándola fijamente. Durante un breve instante, Freya le vio tal como era, sin la máscara que ahora sabía que se ponía para defenderse del mundo.

–Oh, mira –dijo entonces ella señalando hacia delante.

La gran pirámide se alzaba gloriosa por encima de ellos, dorada bajo la rápida y creciente luz, llena de promesas para el nuevo día.

Se quedaron sentados en silencio unos instantes. Luego se levantaron y volvieron al hotel. Había llegado el momento de empezar el día.

Amos estuvo de muy buen humor durante el desayuno.

–Hoy vamos a ir a la necrópolis de Giza –le dijo a Freya–. Y visitaremos la tumba de la reina Jentkaus.

–Es hora de irnos –dijo Larry.

En el camino hacia la necrópolis, Freya iba fascinada mirando por la ventanilla.

–¿Dónde está la tumba de Jentkaus? –preguntó.

–Su pirámide está en ruinas –aseguró Jackson–. No hay mucho que ver. Haremos unas tomas finales y le diremos adiós.

En cuanto llegaron, Larry se llevó a Jackson a un aparte.

–Tenemos un problema.

Los demás se quedaron mirando cómo los dos hombres desaparecían tras unas piedras para hablar.

–Jackson se saldrá con la suya, como siempre –predijo Debra–. Le gusta cambiar el guion e incluso dirigir la investigación.

Larry y Jackson reaparecieron. Seguían discutiendo.

–No voy a ponerme delante de la cámara para decir algo con lo que no estoy de acuerdo –afirmó Jackson señalando unos papeles que tenía ahora en la mano–. Así que ya está todo decidido –regresó al lado de los demás–. Larry ha accedido a cambiar el guion.

–Bien hecho –le felicitó Amos.

Después de aquello, todo salió bien. Freya observó maravillada con qué pericia guiaba Jackson a las cámaras por las ruinas de la tumba de Jentkaus mientras hablaba.

–Han pasado miles de años, pero todavía quedan muchas preguntas –dijo a cámara–. ¿Cuántos de sus hijos subieron al trono? ¿Cuántos descendientes suyos hay actualmente en el mundo? Era una mujer misteriosa, y el misterio continúa todavía hoy. ¿Habrá alguna vez respuesta para estas preguntas? Seguramente no. Como tantas mujeres misteriosas, Jentkaus prefiere guardarse sus secretos.

Jackson esbozó una de aquellas sonrisas que le habían hecho ganar tantos fans.

–Pero ¿quién sabe? Tal vez algún día decida abrirnos su corazón.

–¡Corten! –gritó Larry–. Ha estado muy bien. Vamos, es hora de irnos.

La cena de aquella noche fue muy alegre. Debra hizo un comentario en broma sobre la discusión de Larry y Jackson.

–Ganaste tú, ¿verdad? –le preguntó a Jackson.

–Por supuesto –afirmó él alzando su copa hacia Larry.

–Eso es porque se apellida Falcon –afirmó el productor–. Y porque es el Dios Halcón. Tendré que acostumbrarme a ello.

–Me parece una buena idea –intervino Freya.

–Claro que te lo parece. Después de todo, tu nombre también es una invitación al misterio.

–¿Mi nombre? –repitió ella asombrada.

–No me digas que no lo sabes –Larry la miró sin dar crédito a lo que oía–. Freya es el nombre de una diosa de la mitología nórdica. Se asocia con la fertilidad y viaja en un carro tirado por dos gatos. ¿No sabías que eres una diosa?

Freya se giró hacia Janine con una mirada interrogante.

–Es posible –reconoció su madre–. Tu nombre lo eligió tu padre, y a él le fascinaba la mitología. Dijo que lo había sacado de un libro, así que puede que sea cierto.

–Y hay algo más –continuó Larry, que estaba disfrutando mucho–. La diosa Freya lleva una capa de plumas de halcón, así que tú también eres una Falcon en cierto modo.

Amos soltó una carcajada.

–¿Qué te parece eso? Has sido una Falcon desde el principio.

Todos se rieron, incluida Freya. Cuando llegó el momento de retirarse, Freya acompañó a Amos y a Janine a su habitación y se aseguró de que Amos estuviera cómodo. Jackson se fue a su cuarto, pero sabía que aquella noche no tendría paz.

Tras intentar sin éxito quedarse dormido, se levantó de la cama y encendió el ordenador. Encontró lo que buscaba tras un par de «clics».

Allí estaba Freya, la gran diosa, un ser magnífico que representaba no solo la fertilidad, sino también la belleza, la guerra y la muerte.

–Debes tener cuidado –murmuró Jackson–. Porque solo sabrás de ella lo que esté dispuesta a revelarte.

Se quedó mirando fijamente el rostro que le mostraba la pantalla, y deseó que se tratara de otro rostro.

–Una mujer auténticamente misteriosa –dijo.

Capítulo 7

DESDE Giza hasta Edfu había más de trescientos kilómetros. Cuando el microbús se puso en marcha, Freya pasó la mayor parte del tiempo leyendo el libro sobre Horus que Amos había comprado en el hotel.

Una de las mayores divinidades del Antiguo Egipto, cuya influencia se extendió durante más de tres mil años…

Era hijo de la diosa Isis, que tras rescatar las partes desmembradas de Osiris, su marido asesinado, había utilizado sus poderes mágicos para concebir.

Horus era el dios del cielo, y tenía incorporados la luna y el sol en su propio cuerpo; el ojo derecho era el sol, y el izquierdo la luna. Pero su poder no terminaba ahí. También era el dios de la guerra y de la caza. Se decía incluso que los faraones eran encarnaciones humanas de Horus.

Amos estaba sentado a su lado y miraba de reojo el libro.

–Y te voy a decir algo más –comentó–. Horus tenía cuatro hijos. ¿Verdad, Larry?

–Cierto –aseguró Larry, que iba sentado frente a ellos.

Se detuvieron a mitad de camino para comer. Jackson buscó a Freya con la mirada para sentarse a su lado en la mesa, pero Larry se le adelantó. Para su disgusto, se dio cuenta de que Larry mostraba señales de ser un ferviente admirador, algo que a ella parecía gustarle. Le preocupaba porque sabía que Larry era un hombre al que ninguna mujer sensata se tomaría en serio. Cuando llegó el momento de subirse al microbús para el último tramo del trayecto, Debra se puso al lado de Jackson mientras Larry le decía a Freya que ocupara el asiento contiguo al suyo.

–Eres hermana de Jackson, ¿verdad? –le preguntó Larry.

–Hermanastra. Mi madre está casada con su padre. No tenemos relación de sangre.

–Me preguntaba si estarías al tanto de la historia que se cuenta sobre él.

–¿Qué historia?

–Algo relacionado con uno de los primeros documentales que hizo para televisión. Fue al principio de su carrera, y tuvo una bronca explosiva con el productor. Al parecer, nadie conoce los detalles, pero no volvió a trabajar con esa productora. En fin, ¿qué más da? Ahora es todo un éxito delante de las cámaras.

–¿Y qué importa lo demás?

Freya y Larry se estrecharon la mano con gesto triunfal. Ninguno de los dos se dio cuenta de que Jackson los estaba mirando unos cuantos asientos más allá.

Enseguida estuvieron todos mirando por las ventanillas para divisar las primeras imágenes de Edfu, la pequeña ciudad situada en el margen izquierdo del Nilo.

A Freya le gustó en cuanto llegaron. Había automóviles, como en cualquier ciudad moderna, pero también coches tirados por caballos.

Habían reservado habitaciones en un pequeño hotel con vistas al río. Allí también tenía un balcón, pero no a Jackson en la puerta de al lado. Sus vecinos eran Amos y Janine, y Freya se dijo que debería alegrarse de ello.

Cuando salió al balcón, se encontró con Janine mirando a la calle.

–Me alegro de tenerte tan cerca –le dijo su madre.

–¿Está siendo Amos más difícil de lo habitual?

–Está disfrutando mucho con el viaje, pero hay algo más, algo extraño. Me pregunta constantemente mi opinión, algo que antes nunca hacía. Es como si hubiera perdido confianza en sí mismo.

–¿Amos? –preguntó Freya escéptica–. No me he dado cuenta.

–No, solo pasa cuando está conmigo a solas. No podría soportar que alguien más pensara que es vulnerable. Bueno, bajemos a comer algo.

Una vez abajo, encontraron un puesto con libros sobre Edfu en varios idiomas. Amos compró tres y los puso sobre la mesa.

–Aquí dice que el templo de Horus es el mejor conservado de Egipto –pasó la página y mostró una fotografía aérea del templo.

–Es enorme –Freya contuvo el aliento.

–Su poder era inmenso, y su influencia se extendió durante siglos. Conocerle va a ser impactante –comentó Jackson.

–Sí –aseguró Amos–. Desde luego que sí.

Amos no dijo mucho más durante el resto de la cena, pero mantuvo una sonrisa en la cara. Cuando Freya sugirió que se acostaran pronto para estar en forma al día siguiente, no puso ninguna objeción.

–Nosotros no vamos a poder acostarnos todavía –comentó Jackson poniéndole una mano en el hombro a Freya–. Tenemos mucho trabajo que hacer. Tú descansa. Mañana va a ser agotador.

Ella asintió y le dio una palmadita en la mano. Habían vuelto a recuperar su zona de confort.

A la mañana siguiente estaban todos emocionados. En cuanto el microbús se puso en marcha, Amos sacó uno de los libros que había comprado la noche anterior y fue pasando las páginas, fijándose en todos los lugares que había que ver. Especialmente la sala hipóstila, donde había una estatua de Horus.

–Pensé que era un hombre con cabeza de halcón –dijo Freya mirando la foto del libro–. Pero aquí parece un pájaro.

–Así es como se le representa en las estatuas –aseguró Jackson–. Solo como un pájaro. Pero en el templo verás grabados de él en las paredes, y ahí es un hombre con cabeza de halcón.

Cuando llegaron al templo, se dirigieron hacia la sala y encontraron lo que esperaban.

–¡Cielos! –jadeó Larry echando la cabeza hacia atrás para ver la estatua con forma de halcón, que medía unos seis metros.

–No esperaba que fuera tan grande –murmuró Freya.

–No podía ser de otra manera –afirmó Amos–. Tenía que ser algo majestuoso.

Se acercaron a ver los grabados de la pared y encontraron el que habían visto en el libro, en el que Horus estaba recibiendo tributo de los nobles. Como Jackson había dicho, allí estaba representado como un hombre con cabeza de halcón. Detrás de él estaba la diosa Hathor, una mujer hermosa con un magnífico tocado y un elaborado collar en el cuello.

–Se la conocía como la Diosa Vaca –explicó Jackson–. Tiene

rostro de mujer, pero esos cuernos curvados que lleva en la cabeza son una versión de los cuernos de una vaca.

–Es gloriosa –comentó Amos–. Es la representación de la maternidad, el amor femenino y la felicidad.

–¿Era la esposa de Horus? –preguntó Freya.

–Así es –aseguró Amos tomando a Janine de la mano–. La mejor esposa y diosa que una deidad ha tenido jamás. Horus le regaló ese collar para demostrarle lo mucho que la valoraba.

Amos inclinó la cabeza hacia Janine. Ella sonrió con gesto de sorpresa. Las palabras de Amos podían describirse como sentimentales, algo inusual en él.

Jackson también parecía sorprendido, y dijo:

–Lo cierto es que no es tan sencillo. En algunas leyendas aparece como su esposa, y en otras como su madre.

–Creí que su madre era Isis –dijo Freya.

–Depende de si hablas de Horus padre o de Horus hijo.

–¿De verdad había dos? –quiso saber ella.

–Sí. Eso es lo fascinante de los egipcios. Podían creer y entender varias versiones a la vez de una misma leyenda.

Amos se rio y le dio a Jackson una fuerte palmada en el hombro.

–Horus padre y Horus hijo ¡Qué magnífica idea!

Después de aquello, Amos se lo pasó como en su vida explorando el templo.

–Esto marcha bien –dijo Jackson uniéndose a Freya cuando regresaban al microbús–. Mi padre ya no parece débil.

–Tienes razón. Creo que podré volver a casa pronto, así te dejaré trabajar a gusto. Te alegrarás de que me vaya.

–¿Por qué dices eso? Creí que éramos amigos otra vez.

–Y lo somos. Pero tengo una razón importante para volver a casa.

–Entiendo. ¿Debería alegrarme por ti? ¿Se trata de otro hombre?

–No –respondió ella vagamente–. Pero no estoy preparada para hablar de ello.

Freya se marchó de allí a toda prisa, dejando a Jackson con un enorme interrogante.

Por alguna razón, Freya no fue capaz de disfrutar del ambiente

festivo cuando todos se reunieron abajo para cenar. Charló con Amos, que estaba emocionado por su encuentro con Horus, y tranquilizó a Janine, asegurándole que su marido estaba bien.

Tommy, el irritante ayudante de Larry, estaba muy pesado, coqueteando con todas las mujeres del grupo y anunciando a bombo y platillo su intención de besarlas a todas.

Las demás sonreían complacidas, pero Freya se escabulló.

–Me marcho –dijo.

–No te irás ahora, ¿verdad? –Tommy se puso delante de ella cuando Freya se levantó–. Solo es un besito.

–No. Por favor, quítate de mi camino.

–Ya es suficiente –Jackson agarró a Tommy del brazo–. Lárgate antes de que te arrepientas.

–Vamos, solo es una broma. Freya lo ha entendido, ¿verdad, Freya? ¿Freya? ¿Dónde se ha metido?

–Ha salido corriendo por la puerta –dijo Larry.

Jackson salió tras ella, mirando a derecha y a izquierda. No había ni rastro de Freya, pero la puerta de la calle estaba abierta. Se precipitó fuera, y la vio al final de la calle.

–¡Freya! –gritó–. Vuelve ahora mismo.

Ella se detuvo y le miró. Pero volvió a darse la vuelta y se metió por una calle adyacente, desapareciendo de su vista. Jackson cruzó, provocando que los coches le pitaran, pero él solo estaba pendiente de no perder a Freya. Bajó por la calle que ella había tomado y la vio al final, justo antes de que desapareciera detrás de un edificio. La siguió. Freya había entrado en un callejón sin salida, así que llegó hasta ella y la agarró.

–¡Estás loca! –le gritó sujetándola–. ¿Y si te hubieras perdido en estas calles?

–Volveré cuando esté dispuesta a hacerlo ¡Suéltame! –le exigió ella.

–Ni en un millón de años –afirmó Jackson–. Salgamos de aquí.

Detuvo un coche tirado por un caballo que pasaba por allí. Freya dejó de resistirse y permitió que Jackson la ayudara a subir.

–Llévenos al río –le pidió Jackson al conductor.

Se subió y se pusieron en marcha.

–¿Estás bien? –le preguntó Jackson tras unos instantes.

–Sí, es solo que… todo sucedió muy deprisa y me pilló por

sorpresa. Supongo que no supe manejar la situación.

–Ven aquí –Jackson le pasó el brazo por los hombros, atrayéndola hacia sí para que apoyara la cabeza en él.

Freya sintió el calor y el consuelo que le estaba ofreciendo.

–Lo siento –murmuró–. ¿Tenemos que volver ya? Creo que no podré soportar que todos me miren. Seguro que se están riendo a carcajadas de mí.

–Pues que se rían, ¿a nosotros qué nos importa? Nos quedaremos fuera un rato y les daremos tiempo para que se vayan a acostar.

Ya habían llegado al río, y se quedaron sentados en silencio viendo el agua pasar.

–La culpa es mía –aseguró Jackson–. No debería haber permitido que Tommy se acercara a ti. Sobre todo ahora que… bueno, ahora que tienes otros intereses en tu vida.

Jackson se refería a la pista que le había dado antes respecto a que tenía una razón importante para volver a casa. Ella se había negado a decir nada más, pero a él no le cabía ninguna duda. Había conocido a otro hombre, y no estaba preparada para contárselo.

Se quedaron mirando un rato hacia el río, hasta que Jackson dijo:

–Vamos a dar un paseo.

Bajaron del coche y caminaron por la orilla hasta que llegaron a un pequeño café con mesitas al aire libre.

–Tomemos un café –sugirió–. Si te soy sincero, tú no eres la única que necesita un poco de tiempo antes de volver. Esta noche ha pasado algo realmente extraño.

Freya esperó a que estuvieran cómodamente sentados antes de preguntar:

–¿Qué ha pasado?

–Cuando te estaba persiguiendo por la calle, fue como si volviera atrás en el tiempo, al día de tu boda, cuando Dan se bajó del coche y echó a correr. Fui tras él, pero desapareció entre las calles y no pude encontrarle. Y esta noche…

–Yo he hecho lo mismo –intervino Freya esbozando una sonrisa.

–Ha sido aterrador. Como si estuviera en un relato de fantasmas.

Ella le dio una palmadita en la mano.

–No te pega nada tener miedo a los fantasmas.

–Y antes no se lo tenía. Pero ahora creo que sí. Tú misma puedes

ser un fantasma.

–¿Insinúas que me tienes miedo?

–No exactamente. Pero a veces creo que podría tenértelo. Depende de ti.

La llegada del camarero les hizo guardar silencio. Mientras les servía las bebidas, Freya se quedó pensando en las palabras de Jackson, preguntándose si tendría el valor para seguir indagando. Desgraciadamente, se dio cuenta de que no. Al menos por el momento.

Cuando el camarero se marchó, comentó con ligereza:

–No todos los fantasmas son malos. A veces son simpáticos, como el que acababa de reaparecer en mi vida.

Ahí estaba otra vez la referencia al otro hombre, pensó Jackson. Y de pronto no pudo seguir soportando no saber nada.

–¿Se trata de alguien que conozco? –preguntó.

–Oh, sí, es alguien que conoces. Y, cuando te diga su nombre, no te lo vas a creer.

Jackson se clavó las uñas en la palma de la mano sin ser visto.

–Dímelo –le pidió–. Dime quién es.

Capítulo 8

–DE ACUERDO, de acuerdo –le tranquilizó Freya–. No hace falta que te alteres.

Ella no lo sabía, pero sí hacía falta. Se estaba alterando a una velocidad alarmante. Odiaba que Freya estuviera con otro hombre, pero sobre todo, odiaba su propia reacción.

–Tú dime quién es y ya –le dijo.

–Y tú deja de darme órdenes.

–No te estoy dando órdenes, te estoy suplicando. ¿No reconoces la diferencia?

Freya le miró con cariño, aliviada y contenta al comprobar que habían retomado su antigua relación.

–Entonces, ¿quieres que te diga el nombre del fantasma cuya aparición ha cambiado mi vida? –le preguntó.

–Me gustaría mucho saberlo.

–No te lo vas a creer.

Jackson tuvo de pronto una corazonada.

–Oh, no. Dime que no se trata de Dan, por favor. No puedes…

–No, por supuesto que no puedo. No es Dan. Es Cassie.

Jackson se la quedó mirando en un silencio atónito.

–¿Qué… qué has dicho?

–He dicho Cassie –Freya le miró ladeando la cabeza, disfrutando de su asombro.

–¿Cassie? ¿Te refieres a la mujer de Marcel? No lo entiendo. ¿Cómo…?

–Antes de que saliera de Londres, Cassie me llamó para contarme algo que ha cambiado mi visión de la vida. ¿Sabías que Amos estaba tan empeñado en casarme con uno de vosotros que llegó a entregarme una enorme suma de dinero?

–Algo había oído, pero no estaba seguro. Supongo que confiaba en que alguno se casara contigo para meterle mano a ese dinero. ¿Cómo pensó que te sentaría eso?

–¿Le importa algo lo que la gente sienta, siempre y cuando él se

salga con la suya? –preguntó Freya con ironía–. Lo extraño es que no es un mal hombre. Le importan los sentimientos de los demás… a su manera. Pero su manera es dar por hecho que solo serán felices si hacen lo que él tiene planeado para ellos.

–Sí, lo sé. Siempre ha sido así. Así que ahora serás una mujer rica por derecho. Deberías divertirte y gastarte todo su dinero. Así aprendería.

–Sí, ahora podría hacerlo… porque estoy empezando a recuperarlo.

–¿Recuperarlo? ¿Qué pasó con ese dinero?

–Marcel tenía problemas de dinero en aquel momento, y Amos pensó que eso le haría acudir a mí. Pero yo se lo presté a Cassie para que pudiera enfrentarse a él de igual a igual en París. Eso ayudó a arreglar las cosas entre ellos, y finalmente se casaron. Amos estaba lívido.

Jackson soltó una carcajada.

–Te dio el dinero para que te casaras con Marcel, ¿y tú lo utilizaste para ayudar a que Marcel y Cassie se casaran? Eso sí que es tener valor. Papá debió de enfadarse mucho contigo, y sin embargo quiere que sigas formando parte de la familia.

–Seguramente se enfadó, pero… ¿estás diciendo que no sabías que le dejé el dinero a Cassie? ¿Amos no se lo contó a nadie?

–¿Cómo iba a decirle a la gente que te habías reído de él? ¿Te lo imaginas haciendo algo así?

–No, tienes razón. Pero hay algo más. Fue una buena inversión. El hotel de Cassie está yendo bien y ha empezado a devolverme el dinero con intereses.

Jackson se la quedó mirando fijamente.

–Entonces, ¿ella es el fantasma? –susurró.

–Sí, no esperaba recibir nada tan pronto, pero ya me ha ingresado bastante en la cuenta corriente y hay más en camino. Voy a ser una mujer rica.

–Ya –Jackson sonrió–. ¿Y me lo dices para que yo sepa que estás disponible si necesito una esposa rica?

–Te lo digo para que sepas que no necesito marido, y, si vuelves a decirme algo que me moleste, me vengaré de ti de forma terrible.

Jackson sonrió.

–Me alegra que me lo digas. Pero ya lo sabía.

–Bueno, siempre nos hemos peleado.

–Siempre y cuando sea mutuo, ¿qué más da? Tomemos algo más.

Jackson habló con ligereza para ocultar su tormenta interior. Así que Freya no había encontrado otro hombre. Solo había sido un malentendido.

Apuró su vaso y trató de reunir el coraje para decir lo que tenía en mente. Finalmente lo consiguió.

–Como tú misma has dicho, no todos los fantasmas son malos. Pero algunos sí lo son. Hay uno que todavía me persigue, y es saber que te hice daño.

–Jackson, déjalo. Ya hablamos de esto la otra mañana en el jardín del hotel. Te dije que no había nada que perdonar y estuvimos de acuerdo en dejar este asunto atrás, como si no hubiera ocurrido.

–Pero sí ocurrió, y eso nadie puede cambiarlo. Lo llevarás contigo toda tu vida. Y ahora voy a decir algo por lo que volverás a odiarme. Me alegro de que no te casaras con Dan. No me alegro de cómo sucedió, pero es mejor que no te casaras con él. No habrías sido feliz. Y ahora puedes empezar a insultarme si quieres.

–Creo que paso –afirmó Freya–. Sé que no fue culpa tuya que Dan se echara atrás. Solo estaba buscando una excusa, y la encontró. No fue eso lo que más me importó…

–Ya lo sé. Fue que yo no te contara todo lo que había pasado y por qué te pidió en matrimonio. Pero te lo juro, Freya, estaba pensando en tu bien. Estabas tan dolida que no podía soportar la idea de hacerte más daño. Sé que creías que me estaba riendo de ti, pero no era así.

–Lo sé. Siento que ahora te conozco mejor, y tú no harías algo así. No tendría que haberme lanzado contra ti de aquel modo, pero la situación me sobrepasó –le falló la voz, y cerró los ojos contra su voluntad.

–Freya –dijo Jackson algo angustiado–, no lo estás llevando bien, ¿verdad? A pesar de que han pasado varias semanas, no has empezado a superarlo aún.

–Claro que sí –aseguró ella en un tono alegre que no consiguió engañarle–. Lo llevo muy bien. Es como si nunca hubiera ocurrido. Dan no es alguien por quien merezca la pena sufrir.

Estaba mintiendo, pensó Jackson. Y no solo a él, sino a ella misma, que era peor. Dan le había hecho más daño del que podía soportar, y el único modo que tenía de enfrentarse al dolor era negándolo.

Jackson se maldijo a sí mismo en silencio. ¿Se libraría alguna vez Freya del dolor? ¿Se libraría él de la culpabilidad?

–No es solo Dan –dijo–. Es también lo que yo hice. Todavía te duele, pero no quieres admitirlo. Crees que puedes ocultarlo a los ojos del mundo. Y tal vez lo consigas con los demás, pero no conmigo.

Esperó a que ella dijera que no tenía razón, como solía hacer con frecuencia. Pero esa vez no dijo nada.

–Cuéntame –le pidió.

–Oh, es solo que… –Freya suspiró–. Ese idiota de Tommy no tenía que haber intentado besarme, aunque fuera solo un piquito. Sí, ya sé que tú me besaste una vez poco después de que ocurriera lo de Dan…

–Y volví a equivocarme –recordó Jackson–. Pensaste que me estaba aprovechando de ti.

–No estaba pensando con claridad. Tú solo fuiste amable.

–No le des vueltas a lo de Tommy, Freya. Él no cuenta. Yo no cuento. Algún día conocerás a un hombre que te hará tan feliz que te olvidarás de la existencia de Dan.

–No, eso no es lo que tengo planeado.

–¿Acaso la vida sucede como lo tenemos planeado?

–Si tienes dinero, sí. Ya te lo he dicho, ahora soy una mujer rica. Voy a convertirme en una inversora de éxito, invirtiendo el dinero de Amos donde pueda sacar más provecho. Y no pienso preocuparme de nada más.

Jackson tuvo una impactante imagen de la criatura fría y cruel en la que al parecer quería convertirse.

–Déjalo, Freya. Tú no eres así. Eso no te hará feliz.

–No puedes saber lo que me hará feliz. Yo tampoco lo sé, pero voy a divertirme averiguándolo. Tal vez le pida a Amos algunos consejos sobre inversión. Siempre ha querido que sea su hija. Nunca lo seré por matrimonio, pero puedo complacerle en otro sentido.

–¿Siendo como él? –preguntó Jackson con ironía.

–Sí. Eso es lo que cuenta. Ni él ni yo tenemos demasiado

corazón.

–¡Ya basta! –exclamó Jackson con furia–. No hables así. No pienses así. ¿No te das cuenta de que eso nunca te hará feliz?

–¿Y qué me hará feliz? ¿Otro hombre? Lo dudo. Es mejor que busque mi propio camino, que tenga mi destino en mis manos. A partir de ahora gobernaré mi vida con mis propias decisiones.

–Nadie puede gobernar su propia vida basándose únicamente en sus propias decisiones, Freya. ¿No te has dado cuenta todavía?

–Debería haberme dado cuenta, ¿verdad? Pero al menos tendré algún tipo de control.

–Supongo que mi padre pensaría eso cuando te dio el dinero pensando que te casarías con Marcel. Pero le salió el tiro por la culata… gracias a ti.

–Así es. Mi primer éxito como mujer de negocios. El mundo debería estar alerta.

–Tal vez seas tú quien deba tener cuidado –le dijo Jackson en tono conciliador–. Vamos, creo que deberíamos irnos. Necesitas descansar un poco.

La ayudó a ponerse de pie y caminaron despacio por la orilla, él con el brazo en su hombro. Sentía alivio al ver que su relación se había normalizado, y parecía que Freya quería que volvieran a estar unidos. Pero veía más problemas en el horizonte.

Freya era vulnerable, y más todavía porque parecía no ser capaz de verlo. Pero Jackson lo veía con claridad. Sintió cómo nacía en él un instinto de protección. Estaba a punto de hacer algo que sabía que era arriesgado, pero iba a hacerlo de todas formas. Por ella.

Enseguida tuvieron delante el hotel. Jackson se paró y la llevó hacia las sombras.

–Mírame –le pidió.

Freya alzó la cabeza, de modo que su rostro quedó iluminado por la luna. Jackson pensó que nunca había visto nada más bonito.

–Freya, soy tu amigo. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí, ahora lo sé.

–Entonces, tómate esto como una prueba de amistad –susurró rozando sus labios con los suyos.

Sintió que ella se ponía tensa y se retiró unos centímetros.

–Esto es para que olvides lo que ha hecho Tommy –le dijo–. Solo por eso. ¿Lo entiendes?

–Sí –murmuró Freya–. Sí…

Jackson volvió a posar los labios en los suyos muy suavemente, solo para que lo sintiera. No buscaba respuesta en ella, ni física ni emocional. No tenía ningún deseo de entrometerse en su corazón. Solo quería borrar el recuerdo del hombre que la había molestado aquella noche.

–De acuerdo –murmuró entonces–. Ya es hora de entrar.

Ella le siguió sin hablar. Al llegar a la puerta de su habitación, se giró y le miró confusa.

–Buenas noches –se despidió Jackson–. Que duermas bien.

Freya entró en su dormitorio todavía sin hablar y sin apartar los ojos de él. Cuando la puerta se cerró, Jackson se dio la vuelta, presa de una salvaje confusión de mente y de sentimientos. Pero entonces, para su disgusto, vio lo último que deseaba ver. A Tommy en el pasillo.

–¿Qué diablos estás haciendo aquí? –le espetó.

–Mira, he venido a disculparme. No quería que las cosas salieran así. No sabía que tú y ella fuerais… ya sabes… pareja.

–¡Cállate! –le gritó Jackson–. ¿Me has oído? ¡Cállate!

Tommy no respondió. La mirada asesina de los ojos de Jackson fue suficiente para hacerle salir corriendo.

Janine entró en el dormitorio de Freya a la mañana siguiente temprano, cuando ella se estaba vistiendo.

–Amos ya ha bajado –dijo su madre–. Quiere volver a visitar la tienda del hotel. Sé que tiene algo en la cabeza, pero no me quiere decir de qué se trata.

–Ayer se lo pasó muy bien –comentó Freya.

–Sí, hacía tiempo que no le veía tan contento. Ayer estuvo hablando por teléfono con alguien de Inglaterra, creo. No pude oír bien, pero me dio la impresión de que se trataba de un asunto de negocios.

–Pero… ¿sigue trabajando? ¿No se ha jubilado?

–Sigue teniendo muchas inversiones, y le gusta estar al tanto. No sé, tengo una sensación extraña –miró a su hija con curiosidad–. Freya, ¿me estás escuchando? Parece que tengas la mente en otro planeta.

–Lo siento, me he distraído un poco.

–¿Estás bien, cariño?

–Muy bien –se apresuró a decir Freya–. Es que va a ser un día muy agitado y hay muchas cosas en las que pensar. ¿Bajamos?

Una vez abajo podría escapar de la mirada inquisitiva de su madre. Decir que estaba distraída era quedarse corta. Estaba devastada desde que se despidió de Jackson la noche anterior.

Todo parecía ir bien. Estuvieron muy a gusto, como en el pasado. El resentimiento parecía haberse esfumado.

Entonces, Jackson la besó y todo cambió. El roce de sus labios le había provocado estremecimientos, haciendo que el corazón le latiera con una fuerza que la pilló completamente por sorpresa. Quiso gritar en protesta. Una cosa así ya no tenía cabida en su vida. Estaba decidida, y ningún hombre iba a cambiar aquello.

Pero no podía negar la oleada de placer que le había recorrido el cuerpo. Entonces, Jackson pronunció aquellas odiosas palabras: «prueba de amistad».

Ella había accedido, y cuando Jackson la soltó pudo mantener el control sin saber cómo, andando y hablando como una autómata hasta que estuvo a salvo en su habitación con la puerta cerrada. Pero por dentro estaba hecha añicos por lo que había sucedido. Jackson había actuado como un buen amigo. Se había ocupado de dejarlo muy claro. Pero su reacción había sido todo lo contrario a lo que ella había deseado.

¿Habría percibido Jackson su respuesta? La idea hizo que se estremeciera por la humillación. Costara lo que costara, no debía permitir que sospechara nada.

«No durará», se dijo. «Ha sido solo una reacción momentánea. Pasará y todo estará bien». Seguía repitiéndose lo mismo cuando bajó con Janine.

Para ir al restaurante a desayunar había que pasar por delante de la tienda. A través de la cristalera vieron a Amos, que charlaba con uno de los vendedores. Cuando las vio, salió con las manos vacías.

–Entonces, ¿no has comprado nada? –le preguntó Janine.

Amos sonrió.

–Digamos que me lo estoy pensando. ¿Nos vamos?

Amos abrió camino hacia el restaurante, caminando con el aire

animoso de un hombre que tenía una victoria que celebrar. Janine y Freya intercambiaron una mirada de sorpresa antes de seguirle.

Jackson estaba ya allí, y le hizo un gesto a Freya para que se sentara a su lado.

En otras circunstancias habría accedido sin dudar. Pero ahora, la idea de tenerle tan cerca le echaba para atrás.

–Lo siento, Jackson, creo que debo estar cerca de Amos.

–A mí me da la impresión de que está bien.

–Ahí es cuando hay que tener más cuidado. Me voy a sentar a su lado.

Jackson le sujetó la mano, evitando que se marchara.

–¿Te he ofendido?

–Por supuesto que no. No seas tonto.

–Actúas como si estuvieras enfadada conmigo. Si es por…

–No es por nada. Deja de ser tan melodramático o tendré que darte un puñetazo –el sentido del humor acudió en su rescate.

–A ver si te atreves.

–No me pongas a prueba o te arrepentirás. Y ahora, suéltame. Tengo que ir con mi paciente.

Freya se escabulló y se dirigió a la mesa de al lado, a la que estaba sentado Amos. Pero no pudo resistir la tentación de mirar de reojo a Jackson, y le encantó ver que la miraba con expresión confundida.

Capítulo 9

DURANTE el resto del día, Amos se comportó de un modo extraño. Cuando todo el mundo estaba listo para marcharse, él retrasó la salida por ir otra vez a la tienda. Una vez más, salió de allí sonriendo misteriosamente y negándose a decirle a nadie qué estaba tramando. Quedaba claro que estaba disfrutando.

Una vez en el templo, quiso recorrerlo solo. Insistió en que ahora conocía el lugar lo suficientemente bien. Al parecer era cierto, porque cuando Freya y Janine fueron a buscarle, lo encontraron al lado del muro grabado que habían visto el primer día.

Allí estaba Horus, el hombre con la cabeza de halcón. Y también su mujer, Hathor. Allí estaba el rey, ofreciéndoles respetuosamente unos presentes. Y allí estaba Amos Falcon, observándoles a todos con expresión de felicidad.

Se echó a reír y alzó los pulgares hacia el muro en un gesto de victoria. Al parecer, había algo que le provocaba una gran alegría. Y eso no tenía por qué ser una buena señal.

Sonó el móvil de Amos, y él contestó.

–¿Sí? ¿Todo bien? ¿Lo tienes? Estupendo. Hazme saber cuándo… sí, sí, ¡fenomenal! –volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y luego se frotó las manos con gesto de satisfacción.

–Vamos –murmuró Freya llevándose a Janine de allí–. No puedo creer que esté haciendo negocios aquí.

–Es algo más que eso –aseguró su madre–. No es una cuestión de negocios. Está tramando algo.

–Sí, tienes razón. Vamos, mamá. Tengo otras cosas en que pensar aparte de en Amos y en sus caprichos.

–Qué suerte.

De regreso al hotel, Amos volvió a escabullirse en la tienda y luego se dirigió a toda prisa a su habitación antes de que pudieran unirse a él. Cuando llegó la hora de cenar, insistió en bajar solo y luego le vieron sentado a la mesa.

Janine se acercó, pero Jackson, le tomó la mano a Freya.

–¿Qué le pasa? –le preguntó al oído.

–Es tu padre –contestó ella también en un susurro–. Sin duda le conoces lo suficiente como para saber qué se le pasa por la cabeza.

–Creo que Janine le entiende mejor que nadie –Jackson sonrió–. Por eso a veces le lleva la contraria. Sabe que la mejor manera de lidiar con él es enfrentándose.

–Esa es la mejor manera de lidiar con cualquier hombre –aseguró Freya de buen humor.

–Ah, sí, dándole patadas en la boca a intervalos regulares, tanto si se lo merece como si no.

–Algunos hombres siempre se lo merecen –comentó ella.

–¿Por qué no me sorprende oírte decir eso?

–No lo sé. Ahora será mejor que me vaya. Amos me está haciendo señas para que vaya a sentarme con mamá y con él.

Fue una cena alegre. El viaje estaba saliendo muy bien, y solo faltaban un par de días para que terminara.

Finalmente, Amos se puso de pie.

–Antes de que nos demos las buenas noches, tengo algo que decir.

Todos le miraron con curiosidad. Amos se aseguró de que tenía la atención de todo el mundo y luego empezó a hablar.

–Ayer conocimos todos a Hathor, la esposa del Dios Halcón. Por supuesto, a mí me causó un gran impacto –como había hecho con anterioridad, inclinó la cabeza hacia Janine–. Me llamó la atención particularmente su maravilloso collar –continuó Amos–. Tan apropiado para una mujer de su poder y su prestancia. Debió de ser un regalo de Horus. Y como está claro que él y yo estamos conectados, sentí que debía seguir su ejemplo.

Amos se inclinó hacia delante, sacó una caja de debajo de la mesa, la abrió y todos los comensales se quedaron con la boca abierta. Dentro había un enorme collar de oro con rubíes, esmeraldas y zafiros incrustados. Solo hacía falta una mirada para saber que eran auténticos. El Dios Halcón no perdía el tiempo con imitaciones.

–Levántate, cariño –le pidió Amos a Janine.

Aturdida, Janine obedeció y se quedó quieta mientras él le ponía el collar al cuello y luego se retiraba haciéndole una reverencia.

–Para Hathor, reina del cielo y reina de las diosas. Como tributo a su belleza y su grandeza. Vive al lado de Horus, y él solo puede gobernar el mundo con su ayuda.

Todo el mundo aplaudió, y algunos incluso silbaron. Janine se sonrojó. Parecía abrumada.

Amos se inclinó hacia ella y Freya escuchó que le susurraba:

–Di algo.

Ella respondió en voz baja:

–¿Delante de toda esta gente?

–Por supuesto. Todo el mundo debe saber lo importante que eres para mí.

Sonrojándose, Janine le rodeó con sus brazos y le dio un beso. Los demás se levantaron y se acercaron para admirar el collar.

–¿Cómo has podido pagar una joya así? –preguntó Larry perplejo.

–Sin ningún problema –aseguró Amos–. El Dios Halcón puede hacer todo lo que quiera.

Hubo más aplausos.

Amos continuó hablando.

–Y eso no es todo.

Sacó dos grandes pendientes y un brazalete, todo a juego con el fabuloso collar. Hubo más exclamaciones de admiración. Amos le puso las joyas a su mujer y luego se apartó de ella con una reverencia.

–Gracias, cariño –murmuró Janine, que parecía abrumada–. Son preciosas.

–Tómatelo como un tributo a la mejor esposa del mundo –declaró él con firmeza–. No, no del mundo. Del universo –extendió los brazos–. De Horus para Hathor, hasta el final de los tiempos.

Extendió una mano y Janine puso la suya encima. Amos dio una vuelta con ella alrededor de la mesa para que todo el mundo pudiera echar un buen vistazo y luego la sacó del comedor.

Se escucharon murmullos de asombro. La mayoría de los comensales que estaban en la mesa parecían impresionados. Solo Jackson se mostraba taciturno y pensativo. Y Freya todavía no sabía qué pensar. Prefería esperar a hablar con Janine.

Se escabulló del comedor. Una vez arriba, fue a la habitación que compartían Amos y Janine y llamó a la puerta. Amos abrió.

–¿No está preciosa? –preguntó echándose a un lado para dejarla entrar.

–Maravillosa –reconoció Freya mientras Janine desfilaba para ella–. Esas joyas son increíbles.

–Dignas de Hathor –proclamó Amos.

Janine dio vueltas y puso posturas que mostraban las brillantes piedras. Sonreía, pero Freya se dio cuenta de que algo no iba bien. Mostró su admiración, abrazó a su madre y luego a Amos y se marchó. No le sorprendió que una hora más tarde llamaran a su puerta. Era Janine.

–Me he escapado cuando se ha dormido –le dijo su madre–. Espero no haberte despertado.

–No importa. Tenía la sensación de que querías hablar. ¡Menuda noche!

–Sí, ha sido increíble. Qué regalo tan maravilloso me ha hecho.

–¿Pero…? –quiso saber Freya. En el tono de voz de su madre había más duda que alegría.

–Pero… oh, cariño, no sé. Me siento culpable por no estar más feliz. Soy una desagradecida. Pero es que yo no soy Hathor, hija. Soy Janine. Y Amos no es el Dios Halcón. Solo es mi marido. Ojalá él pudiera verlo así también.

Freya tomó asiento a su lado en la cama y dijo:

–No te ha gustado demasiado, ¿verdad? A la mayoría de las mujeres les encantaría que les hicieran un regalo tan magnífico delante de todo el mundo.

–Justo por eso. Delante de todo el mundo. Si hubiéramos estado a solas los dos y Amos hubiera hablado desde el corazón, habría significado mucho más para mí.

–Tal vez pensó que te gustaría ser el centro de atención.

–No, la atención era toda para él. Estaba haciendo un gran gesto y quería que todo el mundo lo supiera. Lo que has visto esta noche no era a Hathor recibiendo un regalo, era al Dios Halcón haciendo un gesto espléndido a los ojos del mundo.

–Pero eso no significa que no haya puesto su corazón en ello –protestó Freya–. Está muy bien que se haya tomado la molestia y se haya gastado tanto dinero.

–El dinero no significa nada para él. Y en cuanto a las molestias… fue el encargado de la tienda quien hizo todo el trabajo.

Por eso se ha pasado hoy tantas veces por allí.

–Mamá, ¿por qué estás tan decidida a verlo todo de forma negativa?

–Tal vez porque deseo con toda mi alma creer que lo ha hecho de corazón. Pero conozco demasiado bien a Amos.

–Tal vez no tanto como crees. Tal vez sus sentimientos sean verdaderos y esta es su manera de expresarlos.

–Gracias, cariño, pero no es tan sencillo. Desde que supe lo que hizo con Dan lo veo con otros ojos.

–Pero… ¿por qué? Tú ya sabías cómo es.

–Sí, pero eso provocó un nubarrón más que no puedo quitarme de encima. Es tremendamente confuso. Nunca sé qué va a pasar a continuación.

–Umm –Freya asintió.

–Buenas noches, cariño. No quiero seguir entreteniéndote.

Cuando Janine se marchó, Freya se fue a sentar al lado de la ventana. Estaba demasiado inquieta como para dormir. Su madre tenía razón. Con Amos nunca se sabía qué esperar. Y eso también podía aplicarse a Jackson, pensó. Los recientes acontecimientos así se lo habían demostrado.

El trabajo del día siguiente en el templo salió bien, y a Larry se le ocurrió de pronto una nueva idea.

–Horus es un halcón –le dijo a Jackson–. Tú eres un Falcon. Tu padre es un Falcon. Los espectadores verán la conexión entre Jackson Falcon y el Dios Halcón, así que tendremos que decir algo. Y sacaremos a tu padre para hacer una breve referencia a él. No será el protagonista del programa, pero puedes entrevistarle delante de la estatua y haremos una broma inocente. ¿Crees que él estará dispuesto?

–Oh, sí –afirmó Jackson con vehemencia–. Le encantará la idea.

Como era de esperar, Amos se mostró entusiasmado. La escena se escribió rápidamente, y solo hubo un pequeño tropiezo cuando Amos insistió en que deberían incluir también a Janine.

–Si aparece Horus debería aparecer también Hathor –afirmó.

Larry estaba dispuesto a ceder, pero fue Janine quien se negó.

–Hazlo tú, cariño –le pidió a Amos–. Yo no me sentiría cómoda

delante de las cámaras.

–¡Tonterías! Yo cuidaré de ti. Debes formar parte de esto.

–He dicho que no. No tengo nada que ver con esto. Y punto.

Janine se marchó de allí, dejando a Amos boquiabierto.

–Cualquiera diría que nadie le había dicho ante que no –murmuró Freya desde un lateral en el que estaba observando la escena al lado de Jackson.

–Muchos lo han intentado, pero sin éxito –replicó él–. Janine le vuelve loca la cabeza, y eso es algo que nadie había logrado con anterioridad.

Las cosas se calmaron lo suficiente como para que la grabación siguiera adelante. La cámara se colocó en su sitio, Jackson le hizo a su padre una breve y simpática entrevista y todo el mundo se quedó contento.

Cuando Freya buscó después a Amos no pudo encontrarle. No hubo ni rastro de él hasta que llegó el momento de volver al hotel. En cuanto subió al microbús pareció quedarse dormido, pero no con la cabeza en el hombro de Janine, sino mirando hacia el otro lado, apoyado en la ventanilla.

Freya se preguntó si estaría dormido de verdad.

Lamentó no saber qué estaba pasando realmente entre su madre y Amos.

Una vez en el hotel, Amos volvió a desaparecer. No cabía duda de que estaba esquivando a todo el mundo, pero sobre todo a su esposa.

Freya lo encontró por fin en el jardín, tomándose un café a solas en una mesa que había debajo de un árbol.

–¿Puedo sentarme contigo? –le preguntó tomando asiento sin esperar respuesta.

Amos asintió y trató de esbozar una sonrisa, aunque sin éxito.

–¿Qué ocurre? –le preguntó Freya–. Dime qué te preocupa, papá.

Amos suspiró.

–Me preocupa que me llames papá. Después de lo que te hice…

–¿Qué me hiciste? –preguntó ella.

–No finjas que no lo sabes. Me refiero a lo de Dan. Cómo intenté que se echara atrás. Si hubiera tenido el sentido común de quedarme callado… bueno, todo habría sido mejor.

Freya se lo quedó mirando, preguntándose si habría oído bien.

Amos, conocido por su soberbia, ¿estaba admitiendo en ese momento que había hecho algo mal? Imposible.

–Sabes a qué me refiero, ¿verdad? –insistió Amos–. Te lo contó Jackson y tú se lo contaste a tu madre.

–¿Cómo lo sabes?

–Estaba al otro lado de la puerta.

–¿Estabas…?

–No podía contarle a nadie lo que había oído, pero quería decirte que lo siento. Sé lo enamorada que estabas de él, y si no hubiera sido por mí tal vez se te habría declarado por las razones adecuadas.

–No, no creo que lo hubiera hecho –admitió Freya.

–Entonces, debes de estar muy resentida conmigo por el modo en que te hice sufrir.

Freya vio por el rabillo del ojo que aparecía Jackson y se acercaba despacio hacia ellos entre las sombras.

–No estoy resentida contigo –le dijo a Amos–. He superado lo de Dan, y estoy empezando a preguntarme si alguna vez estuve realmente enamorada de él.

–Eso es muy amable por tu parte, pero…

–No, lo digo en serio. Me deslumbró. De pronto sentí cómo se encendían todas las luces en mi vida y las cosas me resultaban distintas, más emocionantes. Me gustó mucho, pero eso no es amor. Es como ir de vacaciones a un lugar exótico, pero luego terminan y vuelves a la realidad. No te preocupes por mí. No tengo el corazón roto.

–No sabes cuánto me alegra oír eso. Y, cariño, antes de que volvamos, preferiría que tu madre no supiera que estaba escuchando cuando… bueno, ya sabes.

Freya lo entendía perfectamente. Janine había expresado con sinceridad las dudas que tenía en ocasiones respecto a él, y a Amos le incomodaba tener que admitir que lo había escuchado.

–No te preocupes –le dijo–. No se lo diré.

–¿Me lo prometes?

–Te lo prometo.

–¿Me das tu palabra de honor?

–Te doy mi palabra de honor –afirmó Freya–. Mira, ahí está mamá.

Janine apareció y le puso a Amos una mano en el hombro.

–Me preguntaba dónde te habías metido –dijo–. Es hora de que entremos.

Antes de marcharse, Amos le dirigió a Freya una mirada significativa para recordarle el secreto que había prometido mantener. Ella sonrió y asintió. Amos se dio la vuelta sintiéndose más tranquilo.

Cuando Freya se quedó sola, Jackson apareció de detrás del árbol en el que estaba escondido.

–Tenía la sensación de que estabas ahí –dijo ella.

–Me alegro de haber estado –respondió Jackson–. No puedo creer lo que acabo de escuchar. Mi padre ha admitido que se ha equivocado. ¿Quién podría haberse imaginado que admitiría haberte escuchado hablar con tu madre?

–Sobre todo teniendo en cuenta lo que mi madre dijo de él.

–¿Por qué? ¿Qué dijo? Sé que aquella noche estuvo fisgando porque le vi. Pero no sé qué escuchó.

–Mamá me dijo que tenía algunas dudas respecto a él. Respecto a su futuro juntos.

Jackson silbó.

–¿Quieres decir que podría estar pensando en dejarle?

–Eso me pareció entender.

–Pero las mujeres no dejan a mi padre. Es él quien las deja a ellas. Dios sabe que lo ha hecho muchas veces a lo largo de los años.

–Pero ya no –observó Freya–. De pronto han cambiado las tornas, y él puede ser el abandonado. Por eso parece tan distinto últimamente. Debió de ser un golpe duro, pero solo para su orgullo. Dudo que sus sentimientos hayan resultado heridos.

–No sé. Me he preguntado muchas veces si no sentirá las cosas más de lo que demuestra, porque considera que las emociones son una debilidad. Esa es la razón por la que te ha hecho jurar que guardarás silencio. Preferiría morir antes de que Janine sepa que él ha escuchado cómo se planteaba dejarle.

–El orgullo una vez más –reflexionó Freya–. Casi siento lástima por él.

–Eso es algo que no debes dejar que él sospeche.

–Ya lo sé. Para Amos, la compasión es un insulto. Pobrecillo. Y

sin embargo… Jackson, ¿crees que he hecho bien prometiéndole que no se lo contaría a mi madre? ¿Seré capaz de mantener esa promesa?

–Bueno, una de las lecciones que aprendí de mi padre es que a veces lo más inteligente es saber cuándo no cumplir con tu palabra.

–Sí, me lo imagino perfectamente diciendo algo así.

–Tal vez llegue el momento en que Janine deba saberlo. Pero no ahora. Ahora soy yo quien quiere decir algo.

Jackson vaciló, como si no supiera muy bien cómo continuar. Ella le miró con expresión interrogante.

–Gracias por ser tan buena con él esta noche –le dijo Jackson–. Por haberle dicho que todo estaba bien, que no le culpas por lo de Dan. Ha sido muy amable por tu parte.

–Le tengo cariño a Amos –reconoció Freya–. Sí, ya sé que a veces me enfado con él, con su manía de insistir siempre en salirse con la suya, pero me gusta que quiera que forme parte de la familia.

–¿Es cierto lo que le dijiste sobre Dan, que ya lo has superado y que tal vez nunca estuviste enamorada realmente de él?

–Claro que es verdad. Te lo he dicho a ti varias veces.

–Sí –murmuró Jackson como para sus adentros–. Así es.

–No voy a quedarme llorando porque un hombre no me quiera. Tengo una vida que vivir, y estoy muy a gusto sola. Así que, si Amos te pregunta alguna vez por mí, dile que no me ha hecho ningún daño y que soy muy feliz.

–De acuerdo. Le diré que no te ha hecho ningún daño.

–Y que soy feliz.

–¿Estás segura de eso?

–¿Por qué lo pones en duda? He dicho que soy feliz y soy feliz… sobre todo por el dinero que me va a caer.

–¿Y el dinero hace la felicidad? Empiezas a parecerte a Amos.

–Bueno, tal vez no se equivoque en todo.

–No hables así –le pidió Jackson con firmeza–. Tú no eres de ese modo.

–Podría tratarse de la nueva yo. Ya te lo dije, estoy explorando nuevos horizontes y algunos de ellos me parecen muy tentadores. Buenas noches, Jackson.

–Buenas noches –dijo él mientras Freya se alejaba–. Buenas noches o adiós. Me pregunto cuál de las dos es la despedida

adecuada.

Estaban a punto de terminar la grabación. Al día siguiente, cuando acabó la jornada de trabajo, Jackson se alegró de poder darse un respiro. Como atraído por un imán, se acercó a la estatua de Horus y se quedó mirándola, recordando la primera vez que la vio. Un pájaro elevado de tal modo podría llegar a resultar ridículo, pero no era así. Sugería poder y peligro, y resultaba impresionante.

Pensó en Amos, un hombre de pelo blanco y rostro avejentado que tenía la misma aura. La ferocidad que había alentado su vida y su carrera estaba siempre ahí, oculta entre las sombras. En eso era sin duda Horus.

La luz había empezado a atenuarse. Los demás estaban ya casi listos para marcharse, y pronto se uniría a ellos. Pero primero había algo que debía hacer. Dio unos pasos atrás para poder confrontar a la criatura que se cernía sobre él y habló.

–Tenía que venir aquí –dijo–. Es como si tú me llamaras. Eres como mi padre. Él tampoco deja a la gente en paz. Cuando nos hicimos mayores, no entendió que quisiéramos ser independientes. «Ven aquí, haz esto, cásate con la mujer que he elegido para ti…».

«Entonces, cásate con ella», le susurró una voz interior. «Estás enamorado de ella y lo sabes».

–¡De ninguna manera!

«Sí, sí lo estás. No quieres admitirlo, pero tal vez haya llegado el momento de enfrentarse a los hechos. Te tocó el corazón cuando se agarró a ti desesperada».

–¡Eso fue porque me sentía culpable!

«¿Fue esa la única razón? Tal vez te gustaba sentirte necesitado».

–Aunque tuvieras razón, ya es demasiado tarde. Sigue desairándome. Lo hace con sonrisas y con encanto, pero un desaire es un desaire. Me mantiene firmemente a raya. No es solo por la pelea que tuvimos. Ahora somos amigos otra vez. Pero desde la noche que la besé, ha vuelto a recular. Yo solo quería liberarla de lo que había pasado con Tommy. De verdad, no estaba pensando en nada más.

«No te engañes a ti mismo».

–Bueno, tal vez un poco. De acuerdo, algo más que un poco. Pero ella no querría mirarme a la cara después de todo lo que ha pasado.

«No te rindas tan fácilmente. Tal vez haya llegado tu momento».

Las palabras sonaban tan claras que Jackson podría haber jurado que una voz real había hablado. Asombrado, miró a su alrededor y se preguntó si se estaría volviendo loco. Por encima de él, Horus mantenía su dignidad.

–¿Has dicho algo? –le preguntó Jackson–. Vamos, reconócelo. Siempre tienes una opinión que dar.

Esa vez solo hubo silencio, pero fue un silencio cargado de advertencias. Horus era tan impresionante cuando no hacía ni decía nada como cuando ejercía su poder.

–De acuerdo, me voy –dijo Jackson–. No sé si volveremos a encontrarnos, pero sí sé que siempre estarás conmigo, acechándome, aconsejándome, inquietándome. Lo que no sé es si eso me alegra o no.

Corrió hacia el microbús. Una vez dentro se sentó alejado de los demás y fingió dormir. No quería tener contacto con nadie en aquel momento. Necesitaba controlar los pensamientos que le rondaban por la cabeza.

No lo consiguió. Le daban vueltas y vueltas sin cesar.

«No te rindas tan fácilmente. Tal vez haya llegado tu momento. Tal vez haya llegado tu momento. Tal vez haya llegado tu momento…».

«¡Basta!», le dijo al fantasma. «Yo tomo mis propias decisiones».

«Esta decisión es tuya».

«¿Crees que me conoces bien?».

«¿Crees que tú te conoces bien a ti mismo?».

Para alivio de Jackson, el microbús llegó al hotel.

Una vez dentro, su padre se le acercó.

–He tenido una idea maravillosa –le dijo–. La entrevista que hemos hecho ha salido bien, ¿verdad? Podríamos hacer alguna más.

–Nos vamos dentro de un par de días, papá.

–Pero podrías convencerlos para que nos quedáramos un poco más. Debemos hacerlo ahora. Luego sería demasiado tarde. No es el momento de rendirse –hizo un gesto teatral–. Aprovecha el momento.

–¿Qué… qué has dicho? –tartamudeó Jackson.

–He dicho que aproveches el momento. Esa es la filosofía que he tenido toda mi vida y que me ha convertido en un triunfador.

–Pero ¿es tan fácil? –preguntó Jackson–. Sin duda habrá que reconocer primero ese momento, ¿no?

–Por supuesto. Eso no hace falta ni decirlo.

–Pero ¿siempre tienes claro cuándo ha llegado el momento?

–Los hombres fuertes crean esos momentos.

–¿Y arriesgarte a equivocarte? –murmuró Jackson.

–Cuando un hombre sabe lo que hace no puede equivocarse.

Jackson se quedó pensativo un instante.

–Tal vez eso funcione a veces –reflexionó–. En los negocios. Pero en la vida no todo es el dinero. Hay otras cosas.

–Las normas que gobiernan los negocios también sirven para el resto de la vida. Hay que mantenerse firme.

–¿Y arriesgarse a equivocarse? ¿Arriesgarse a perder el momento?

–Entonces crea otro momento. No te dejes derrotar nunca. Haz que las cosas sean como tú quieres que sean.

Jackson no quiso seguir por ahí. La conversación había tomado un rumbo que no le gustaba. Las palabras de Amos se acercaban demasiado a lo que le había parecido oír en el templo, y eso le daba un poco de miedo.

Se dijo que no significaba nada. Amos solía hablar de aquel modo y era su propia mente la que le había atribuido palabras a Horus. Esa debía de ser la respuesta.

Pero no podía quitarse de encima aquella sensación de incomodidad.

Capítulo 10

ERA la última noche. Al día siguiente volverían a El Cairo. En el restaurante, todo el mundo lo estaba celebrando. Hubo breves discursos de triunfo y satisfacción. Alguien propuso un brindis por Horus y Hathor, y todos sonrieron. En respuesta, Amos alzó la copa «por sus leales súbditos», y todo el mundo se rio con la broma.

Freya miró a Jackson, que estaba sentado al otro lado de la mesa, brindando y disfrutando con cada momento. Tenía que admitir que era muy guapo. Más que cualquier otro hombre de la mesa. Y, al parecer, no era la única que lo pensaba, porque Debra pasó a su lado tocándole el hombro y dándole un beso en la mejilla.

Freya volvió a revivir el estremecimiento que había sentido cuando los labios de Jackson rozaron levemente los suyos. Había intentado borrar aquel recuerdo, pero le resultaba imposible. Volvía a ella en los momentos más inesperados. Y ya no trataba de rechazarlo. Sonrió sin poder evitarlo.

Jackson alzó la vista, vio que le estaba mirando y sonrió a su vez. Freya se preguntó si sabía en qué estaba pensando. ¿Estaría recordando él lo mismo? ¿Qué se ocultaba detrás de aquella sonrisa?

Finalmente, llegó la hora de irse a dormir. Todo el mundo salió al pasillo y empezó a subir las escaleras, pero Freya, presa de un repentino impulso, salió por la puerta de entrada. Quería estar sola, caminar por la orilla del río, rendirse a los recuerdos que debería evitar, pero de los que quería disfrutar una última vez.

Allí, en la orilla del río, estaba el lugar en el que Jackson la había besado, rozando tiernamente sus labios con los suyos en un acto de cariño y amistad. ¿Cuántas veces tenía que recordárselo a sí misma? ¿Cuántas veces se había dicho que no debía esperar nada? ¿Cuántas veces se había llamado cobarde por estar decidida a evitar el amor durante el resto de su vida, o a resistirse a él si no podía evitar que surgiera?

Allí estaba el sitio. Allí podía recordar mejor que en ninguna

parte del mundo aquellos prohibidos sentimientos y disfrutar de ellos.

«Esto es para que olvides lo que ha hecho Tommy. Solo por eso. ¿Lo entiendes?», le había dicho.

Freya había tratado de protegerse no respondiéndole. Pero había fallado.

Cerró los ojos y se apoyó contra la barandilla, alzando el rostro hacia la luna y permitiendo que un nuevo estremecimiento le recorriera el cuerpo.

«Por última vez», se prometió.

Finalmente, abrió los ojos.

Él estaba allí.

Al principio pensó que se trataba de una ilusión óptica, pero entonces se dio cuenta de que Jackson estaba allí, a tan solo unos metros de ella, observándola.

–Creo que a los dos se nos ha ocurrido la misma idea –dijo él acercándose.

–¿Qué idea? –a Freya le latía el corazón con fuerza.

–Venir aquí –se explicó Jackson–. Tenía que dar un paseo por el río. Me encanta este lugar y me va a dar pena irme. Me alegro de que tú sientas lo mismo. Es una lástima que no me hayas pedido que viniera contigo. Si quieres que me vaya, lo haré.

–No, no te vayas –se apresuró a decir ella. Pero al instante recuperó el tono desenfadado–. Pensé que estarías cansado y que querrías acostarte.

–¿Insinúas que soy un aburrido? Gracias, señorita. No, no me habría perdido echar un último vistazo a este lugar. Es un sitio maravilloso.

Freya había conseguido controlarse a sí misma y dijo en tono ligero:

–Nos ha afectado a todos de formas muy distintas: A Amos, a mi madre… las cosas parecen ahora distintas entre ellos.

–Sí, desde que él supo que Janine tenía dudas respecto a su relación. Tal vez eso explique el regalazo que le ha hecho a «Hathor». Amos está preocupado. Aunque no lo admita, está tratando de retenerla.

–Pero mamá no se casó con él por su dinero, y no es una mujer que se deje impresionar por grandes gestos. Si está tratando de

reconquistarla, va por el mal camino.

–Sí, y él cree que lo está haciendo muy bien –musitó Jackson–. Ese es el problema. Es fácil pensar que estás siendo muy listo cuando en realidad la mujer a la que quieres impresionar te desprecia.

Freya le miró ladeando la cabeza y sonrió.

–¿Despreciarte? No creo que tú debas preocuparte por algo así. Tus fans se multiplican cada día, según tengo entendido. Travis debería estar celoso.

–Sí, es cierto que tengo mis fans –afirmó él con ironía–. Mujeres que no me conocen, y a las que no les caería bien si me conocieran. Estoy hablando de relaciones reales. Esas nunca se me han dado bien –vaciló un instante antes de continuar–. Había una chica que… tardé mucho en darme cuenta de que podríamos estar hechos el uno para el otro, y, cuando lo supe… bueno, lo estropeé todo.

Freya también hizo una pausa antes de seguir hablando, preguntándose si habría entendido lo que había querido decir Jackson.

–¿Y qué pasó? ¿Se casó con otro?

–No, pero supongo que lo hará.

–Tal vez no –murmuró ella–. Tal vez haya abandonado esa idea por completo.

–¿Culpar a todos los hombres por un imbécil? Eso es un poco duro, ¿no?

–Tal vez ella piense que todos los hombres son unos imbéciles –contestó Freya con falsa naturalidad.

–Puede que tenga razón. Pero algunos son menos imbéciles que otros.

–Algunos más que otros –ella se rio–. Algunos son tan imbéciles que es una pérdida de tiempo intentar que mejoren.

Jackson se quedó un instante pensativo.

–No debería juzgarlos tan pronto. Tal vez sea tiempo bien invertido.

–Tal vez sí. O tal vez no. Puede que nunca lo sepamos.

–Oh, sí –murmuró él–. Lo sabremos. Tal vez lo sepamos ya. Pero hay cosas que pueden interponerse si lo permitimos.

–Tal vez lo permitimos porque no queda más remedio –sugirió Freya.

–Entonces tendremos que esperar para averiguarlo.

Ella asintió y le miró a los ojos. Se sentía bien estando allí, hablando de un modo misterioso que podía significar algo o tal vez no. Eso se decidiría en otro mundo.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que alguien les observaba desde una ventana del segundo piso del hotel. Absortos el uno en el otro, no alzaron la vista. Empezaron a caminar por la orilla del río, tomados de la mano, hasta que se perdieron de vista.

–Oh, qué bonito –dijo Janine apartándose de la ventana–. Parecen hechos el uno para el otro.

–Por supuesto, así es –aseguró Amos–. Yo siempre lo he dicho, pero nadie me escucha –exhaló un profundo suspiro de satisfacción–. Sabía que funcionaría.

–¿A qué te refieres?

–A hacer que Freya viniera.

–Vino a cuidarte porque no te encontrabas bien.

–Eso es lo que yo quería que todo el mundo pensara, pero no me pasaba nada. Estaba seguro de que si ella venía estarían por fin juntos.

–¿No te pasa nada? –repitió Janine muy despacio–. Y cuando te quedabas sin aire…

–No me resultó difícil fingirlo. Lo hice para que vinierais las dos. Sabía que ellos tendrían que pasar mucho tiempo juntos –Amos se rio entre dientes–. Y ha funcionado. Oh, vamos, no me mires así. Ya sabes que a veces tergiverso un poco la verdad.

–¿Un poco? –jadeó Janine–. Esto ha sido un engaño en toda regla.

–Pero por una buena causa. ¿No te gustaría verlos casados?

–Si es lo que quieren, sí. Pero no como resultado de una manipulación.

–Lo único que he hecho ha sido darles la oportunidad de estar juntos. ¿Qué tiene eso de malo?

–Nada. Pero podrías haber confiado en mí. Haberme dicho que estabas fingiendo tu enfermedad. Pero me dejaste fuera. ¿Sabes cómo me sentí al pensar que estabas otra vez malo? Estuve noches en vela preocupada por ti. Nunca se me pasó por la cabeza que todo fuera una farsa para salirte con la tuya.

El tono de voz de Janine adquirió una nota más dura.

–Pero tal vez tendría que haberlo sabido. Como tú dices, sé cómo eres. Sé que no te importa hacer que todos los demás salten a tu antojo. Sé incluso que intentaste ordenarle a Dan que se mantuviera lejos de Freya.

Amos alzó la cabeza y la miró con una mezcla de asombro y disgusto. Por una vez en su vida, se quedó sin palabras.

–Sí –murmuró–. Bueno…

Janine le miró con curiosidad.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿No has oído lo que acabo de decirte? Sé lo que hiciste con Dan, cómo intentaste que rompiera con mi hija.

–Vamos a dejarlo –murmuró Amos.

–No pareces sorprendido. ¿No te preguntas cómo lo sé?

–Sé que Freya te lo contó –gruñó él.

–¿Cómo lo sabes?

–Yo… resulta que pasaba por la puerta cuando ella estaba hablando.

–Entiendo. Así que «resulta» que pasabas por la puerta, y «resulta» que te quedaste ahí espiando. ¿Y oíste…?

–Sí –la atajó Amos–. Lo oí todo.

Todo. Aquella palabra pareció quedarse flotando en el aire. «Todo» significaba que había oído sus comentarios sobre él.

–Lo oí todo –repitió Amos en tono seco–. Así que sé que durante todo este tiempo has sabido lo que hice con Dan. Pero nunca me dijiste nada.

–¿Qué podía decir? –le espetó Janine–. Durante un tiempo traté de no creérmelo. No quería pensar que hubieras llegado tan lejos. Pero en el fondo sabía que era verdad, y más ahora que me has contado el truco que has utilizado para hacer venir a Freya aquí.

–Estaba intentando evitar que sufriera, y tenía razón. Dan se portó tan mal como yo sabía que lo haría.

–Tú fuiste la causa del dolor de mi hija. Dan nunca se le hubiera declarado si tú no le hubieras puesto furioso. No intentes hacerte el bueno, Amos. Pensaste en lo que tú querías y en nada más, y por eso Freya sufrió. Y ahora volverá a sufrir porque tú tienes que meterte en todo.

–¿Por qué iba a sufrir otra vez? Jackson es un buen hombre. Y será un buen marido.

–¿Quién ha dicho que se casará con él? ¿Quién ha dicho que se casará con alguien? ¿No entiendes que ahora ve a los hombres bajo otra luz, una menos favorecedora? Y yo lo entiendo. Pero tú eres incapaz de ver las cosas bajo otro punto de vista que no sea el tuyo. Este último engaño…

–Mi amor…

–No me llames así. No soy tu amor. Me pregunto si lo he sido alguna vez.

–No hagas un drama de esto. Tal vez tendría que haberte contado que estaba fingiendo, pero ¿qué habrías hecho tú entonces? ¿Ayudarme? Lo dudo.

–Así que todo el que se atreva a llevarte la contraria es desterrado –Janine suspiró–. Incluida yo.

Amos alzó las manos en un gesto impotente.

–Esa no era mi intención. Mira, lo siento. Pero podemos dejar esto atrás.

–Tal vez tú sí, pero yo no estoy tan segura.

–He intentado demostrarte lo mucho que significas para mí. Mira las joyas tan magníficas que te he regalado.

–Oh, Amos, estás ciego. Para mí eso no fue un regalo, fue un desfile bajo los focos para que tú te lucieras.

–Tú también te luciste. Todo el mundo dijo que lucías espectacular.

–Yo no quería estar bajo los focos. Me habría gustado más estar a solas contigo. Pero en cuanto volvimos a la habitación, me quitaste rápidamente las joyas para guardarlas en sitio seguro.

Amos exhaló un gruñido.

–No sé qué decirte.

–Nunca has sabido –murmuró ella–. No hablemos más de ello por el momento. Tengo que pensar en el futuro.

–¿Qué estás diciendo? –inquirió Amos–. Estamos casados. Ese es el futuro.

–Tal vez. Pero tengo que pensar en ello primero.

–Será mejor que duermas un poco. Estás cansada. Por eso ha pasado todo esto. Mañana no tendrá ninguna importancia.

Pero no se atrevió a mirarla cuando lo dijo por temor a que viera el miedo reflejado en sus ojos.

–Tal vez debamos regresar ya –sugirió Jackson.

Llamó a un coche tirado por un caballo y ayudó a Freya a subir. Durante unos instantes se quedaron allí sentados, disfrutando del trayecto. Jackson le tomó la mano.

–Freya –le dijo en voz baja–. Hay algo que… no sé cuándo volveré a tener la oportunidad de… por favor, entiéndeme y no me odies otra vez.

–¿Odiarte por qué?

–Por esto –Jackson la estrechó entre sus brazos.

Freya supo al instante que aquello era lo que había deseado desde aquella noche. Una parte de ella le dijo que debía ser cauta y resistirse, pero el resto de su ser supo que nunca le habría perdonado que no le pusiera los labios en los suyos.

Su respuesta fue rodearle el cuello con los brazos, atraerle hacia sí y explorar su boca más profundamente. Jackson emitió un gemido e incrementó el ardor.

–Freya –susurró–. He deseado hacer esto desde la última vez.

–Pero dijiste que era por amistad…

–Lo sé, pero estaba equivocado. No puedo evitarlo. Es algo que hay entre nosotros y que no puedo evitar.

La respuesta que fuera a dar Freya quedó silenciada con la renovada presión de sus labios, que se movieron apasionadamente sobre los suyos. Abandonó cualquier intento de autocontrol y se entregó al placer que la recorría.

Fue un beso de descubrimiento para los dos.

Jackson la había seguido con la esperanza de que ocurriera justo lo que estaba ocurriendo, pero incluso a él le pillaron por sorpresa las sensaciones y las emociones que experimentó. Había pensado que estaba preparado, pero nada podría haberle preparado para lo que estaba sucediendo en su corazón y en su cuerpo.

Horus le había advertido de que se estaba enamorando, pero ni siquiera Horus lo entendía todo. El camino que tenía por delante tenía que recorrerlo él solo. Tal vez con ayuda de Freya.

Freya sentía que todo le daba vueltas. Lo que estaba sucediendo en ese momento era justo lo que ella había prometido que no permitiría nunca que pasara. Pero parecía que hubiera sido transportada a otro mundo, un mundo en el que la fuerza de

voluntad no tenía cabida.

Había disfrutado de los besos de Dan, pero con él nunca había tenido la sensación de recibir un mensaje secreto. Ella había respondido moviendo los labios en una suave caricia, enviando su propio mensaje desde una parte de su interior que no conocía hasta el momento.

Era como si se hubiera convertido en una persona diferente, con pensamientos diferentes y sentimientos diferentes en un mundo diferente. Y Freya sabía que debía convertirse en esa persona si no quería lamentarlo el resto de su vida. Debía tomar la decisión en algún momento, pero primero quería disfrutar de la felicidad que se había apoderado de ella durante un instante más. Solo uno más…

–Hemos llegado –murmuró Jackson–. Entremos discretamente.

Consiguieron cruzar el vestíbulo y subir en el ascensor sin ser vistos por nadie conocido.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación de Freya, ella se detuvo, vacilante.

–¿Puedo entrar? –susurró Jackson acercándose.

Incapaz de hablar, Freya asintió y abrió la puerta. Jackson la siguió, cerró y al instante la rodeó con sus brazos.

–Deseaba esto –murmuró él–. Estaba seguro de que llegaría nuestro momento, y por fin está aquí. ¿Tú sientes lo mismo?

Freya no pudo responder porque Jackson la estaba besando otra vez, abrazándola con más fuerza que antes. El momento se estaba acercando.

Ella dejó escapar de pronto un largo y tembloroso suspiro.

–No, Jackson. Espera.

–¿Qué ocurre?

–No… no lo sé, pero no puedo. No estoy preparada.

–Los dos lo estamos. Este momento nos estaba esperando.

–No, por favor. Suéltame.

Freya sintió que Jackson se estremecía y durante un instante pensó que se iba a negar. Pero entonces dejó caer los brazos y dio un paso atrás. Respiraba agitadamente, y Freya tuvo la sensación de que estaba tratando de recuperar el control.

–Lo siento –murmuró ella–. No quería que las cosas fueran así. Pero no estoy segura de… necesito más tiempo.

–De acuerdo –respondió Jackson en tono ronco–. No te

preocupes. Me voy.

–Lo siento de verdad, Jackson.

–No lo sientas –aseguró él–. Todavía hay muchas cosas que no sabemos sobre nosotros mismos ni sobre el otro. Ya tendremos tiempo para averiguarlo, y entonces… entonces será el momento de que tomes una decisión. Te estaré esperando, y sé que vendrás a mí. Buenas noches.

Freya se quedó mirando la puerta cerrada, temblando ante la fiereza de su propia reacción y la lucha que tenía lugar en su interior.

Ella quería que sucediera aquello. Todo su ser había gritado que sí. Pero de pronto, sin previo aviso, todo se volvió del revés. El «sí» se convirtió en «no».

Y la razón, por mucho que quisiera negarlo, era el miedo.

Jackson había dicho que todavía había muchas cosas que no sabían. Tenía razón. Y una de las cosas que no sabía era si podía arriesgarse a enamorarse otra vez después del primer desastre.

«Cobarde», se dijo con desprecio. «No haces más que decirte a ti misma que no estabas realmente enamorada de Dan, y no lo estabas. Ahora lo sabes».

Pero en su momento pensó que sí. Lo había pasado muy mal, y había transcurrido muy poco tiempo para que recuperara el valor.

Y el valor era importante. El instinto le decía que iba a necesitar todo el que pudiera reunir para amar a Jackson. Y en aquel momento no estaba segura de querer asumir el riesgo.

«Te estaré esperando, y sé que vendrás a mí».

El recuerdo de aquellas palabras estuvo a punto de hacer que se echara a llorar por la frustración y la rabia. Qué seguro estaba Jackson de que la decisión que tomara sería la que a él le convenía. Antes de que ella misma lo supiera.

No quería pensar más aquella noche. Se tumbó y buscó el alivio del sueño, pero no lo consiguió. Su mente era un torbellino, y tras dar vueltas en la cama durante media hora, se sentó y se dio cuenta de que se oían voces en la habitación de al lado, la de Amos y Janine.

Salió. Las voces se oyeron más fuertes, revelando que había una pelea. Escuchó a Amos gritar:

–¡Estás haciendo una montaña de un grano de arena!

Entonces salió al pasillo a toda prisa sin ver a Freya. Ella llamó al instante a la puerta, y Janine le abrió.

–Mamá, ¿qué ha pasado? –le preguntó entrando–. ¿Por qué os estabais peleando?

–Por el modo en que se ha portado contigo.

–¿Te refieres al asunto de Dan? No te preocupes, eso ya es historia.

–No es solo eso. Creí que había aprendido la lección y que dejaría de interferir en la vida de los demás, pero no. Sigue intentando que te cases con Jackson.

–¿Cómo? No puede ser.

–Por eso hizo que vinieras a Egipto.

–Pero estaba enfermo… necesitaba cuidados… ¡Oh, no! ¡Dime que lo que estoy pensando no puede ser verdad!

–Me temo que sí. No tenía nada. Fingía que se ahogaba. Quería que vinieras y pasaras un tiempo con Jackson para que… bueno, ya te puedes imaginar el resto.

Freya se dio unos golpecitos en la frente con la mano.

–No sé por qué me sorprende.

–Bueno, Jackson y tú parecíais estar muy a gusto. Os hemos visto esta noche paseando por la orilla del río. Y Amos se puso tan contento que me contó lo que había hecho.

–Jackson y yo solo somos amigos –aseguró Freya suspirando–. Y pensar en lo preocupada que estaba por él… ¿no es consciente de lo que te ha hecho?

–¿Acaso es consciente de algo que no encaje en lo que le conviene?

–No, nunca. Bueno, ya está. Amos no me necesita, así que vuelvo a Inglaterra. No creo que pueda soportar seguir viéndole.

–Creo que me iré contigo. Necesito alejarme de Amos mientras intento pensar en el futuro. No te vayas a Inglaterra. Ven a Montecarlo y quédate conmigo un tiempo.

–De acuerdo. Nos vendrá bien pasar un tiempo juntas y a solas. ¿Estás pensando en serio dejar a Amos?

–La verdad es que no lo sé. Lo único que sé es que las cosas entre nosotros no son como yo esperaba, y tengo que reflexionar. Necesito espacio y estar un tiempo sin él, sentirme libre.

–Sí –murmuró Freya–. Ser libre.

Capítulo 11

MIENTRAS esperaban al microbús a la mañana siguiente, Jackson fue a sentarse al lado de Freya.

–¿Qué les pasa? –preguntó señalando a Amos y Janine con la cabeza.

Aunque estaban sentados juntos, se notaba la frialdad entre ellos.

–Se han peleado, y esta vez va en serio –dijo Freya–. Mi madre ha descubierto que nunca estuvo enfermo, solo lo fingió para que yo viniera y tú y yo estuviéramos juntos.

Jackson maldijo entre dientes.

–No me lo puedo creer. Esto es demasiado incluso para él. Me imagino cómo debe de sentirse tu madre.

–No te preocupes por ella, va a volver a casa y yo me marcho con ella. No quiero dejarla sola.

–Lo entiendo. Bueno, enseguida nos iremos todos de Egipto. Cuando estemos en Inglaterra, podemos reunirnos para hablar.

–No estaré en Inglaterra durante un tiempo. Me voy a Montecarlo con mi madre, y no sé cuánto tiempo pasaré allí. Mira, Amos te está haciendo señas –dijo–. Tal vez deberías ir a hablar con él.

Parecía que Jackson iba a protestar, pero luego asintió y se acercó a su padre.

Freya se unió a Janine.

–Habéis estado muy callados los dos en el desayuno.

–Le he dicho a Amos que voy a volver a Montecarlo y se ha enfadado muchísimo. Pero me voy a ir de todas formas. Estoy harta de bailar al son que él toca.

–Bien por ti. Llamaré al aeropuerto en cuanto lleguemos a El Cairo.

Cuando llegaron al hotel, Freya se dirigió directamente al mostrador de recepción y pidió que llamaran al aeropuerto. Solo tardó unos minutos en arreglar el asunto.

–Esta noche hay un vuelo a Niza –le dijo a Janine–. He reservado dos asientos.

Jackson y Amos las acompañaron al aeropuerto. Cuando facturaron las maletas, Jackson se llevó a Freya a un aparte.

–Ojalá no tuvieras que irte –confesó poniéndole las manos en los brazos.

–Estarás mejor sin mí –dijo ella–. Soy una distracción. Este es tu primer trabajo para la productora y tienes que darlo todo.

–Solo hay una cosa en el mundo por la que lo daría todo. Mi corazón y mi alma.

–No –Freya le puso las yemas de los dedos en los labios–. Todavía no.

–¿Todavía no? Pero… ¿tal vez algún día sí?

–No lo sé –reconoció Freya desesperada.

–Pero hay algo que sí sabes. Si me quieres, soy tuyo. Puedo ser paciente siempre y cuando tenga esperanza. Solo te pido que no me tortures durante mucho tiempo, por favor.

Llamaron al embarque de su vuelo por los altavoces.

–Tengo que irme –murmuró Freya–. Adiós.

–Adiós. Hasta que volvamos a vernos.

Durante el vuelo de El Cairo a Niza, Freya fue mirando las nubes por la ventanilla. Cuando se subieron al taxi en Niza para ir a Montecarlo, estaba muerta de sueño. Fue un alivio permitir que su mente no pensara en nada.

A medida que transcurrían los días, se fue alegrando más de haber elegido irse con su madre. Hacía mucho que no pasaban tiempo a solas y podían hablar libremente de sus preocupaciones. Aunque eso implicaba enfrentarse a las inquisidoras preguntas de Janine.

–Has venido conmigo para huir de Jackson, ¿verdad? –le preguntó su madre en una ocasión.

–Sí, creo que sí.

–Pensé que os habíais reconciliado. ¿U os habéis vuelto a pelear?

–No –Freya suspiró–. No es una pelea. Es algo más complicado.

–Cariño, si te estás enamorando, no te pelees con él solo para darle una lección a Amos.

–No me estoy enamorando de él, mamá. Deja el tema.

–Como quieras, cariño –murmuró Janine.

–No estoy preparada todavía para enamorarme de nadie –aseguró Freya–. Tal vez nunca lo esté.

No era capaz de explicarle ni siquiera a Janine la confusión que Jackson había provocado dentro de ella. Una parte de su ser anhelaba su amor. Otra rechazaba la fuerza de sus propios sentimientos, sobre todo porque estaban dirigidos hacia un hombre en el que no confiaba plenamente.

Se parecía demasiado a Amos. También sería capaz de utilizar el engaño para conseguir sus fines. Pero su encanto podía hacer que Freya olvidara el peligro, y sus besos tenían un poder que la alarmaba. Le echaba muchísimo de menos, pero también se sentía más segura en la distancia.

El día que Amos llamó para decir que pronto regresaría a casa, Freya recibió una llamada de Cassie desde París.

–Me va a hacer otro ingreso –le contó a Janine–. Y dice que, si me interesa el mundo de las finanzas, debería ir a visitarles para aprender más sobre el tema. Le he dicho que sí. Así podrás estar a solas con Amos cuando él vuelva.

–Buena idea –reconoció Janine–. Que te lo pases de maravilla en París.

Dos días más tarde, Freya estaba cómodamente alojada en una habitación de La Couronne, el lujoso hotel de París propiedad de Cassie y de Marcel que también era su casa. Freya se dejó llevar por los placeres de aquella nueva vida, aprendiendo sobre finanzas mientras la trataban como a una huésped de honor.

Jackson la llamaba todos los días. Ella hablaba con él alegremente, pero sin revelar ningún sentimiento.

–Me lo estoy pasando de maravilla –confesó–. París es precioso y estoy disfrutando mucho de mi nueva vida. Espera y verás, me voy a convertir en la empresaria del año.

–Estoy seguro de que puedes conseguir todo lo que te propongas. Entonces, ¿ya tienes el futuro asegurado?

–Tal vez. He descubierto que el futuro no puede asegurarse. Las cosas pasan y hay que aprovecharlas a tu favor.

–Muy astuto. Bueno, ahora tengo que irme. Adiós.

–Adiós –respondió ella antes de colgar–. Adiós…

Y tal vez fuera un adiós para siempre. Quizá fuera aquello lo que le deparara el futuro. En ese caso, haría lo posible por ponerlo a su favor. Había muchos placeres disponibles. Marcel tenía incluso un amigo muy guapo, Pierre, que le prestaba mucha atención.

–Debo advertirte sobre él –le dijo Marcel una noche–. Necesita dinero, y se ha corrido la voz de que puedes permitirte hacer inversiones importantes.

–Eso es lo que me temía –contestó Freya–. No te preocupes, no corro peligro.

A veces cenaban los cuatro juntos en el restaurante de La Couronne, y Pierre hacía el papel de enamorado de un modo que podría haberla convencido si hubiera querido dejarse convencer. Pero Freya se limitaba a reírse, a escuchar sus palabras con fingida atención y a permitir que le besara la mano.

–Eh, mirad quién está aquí –dijo Cassie una noche.

Cuando se giraron, vieron a un hombre que les miraba fijamente. Tenía la vista clavada en Pierre, quien en aquel momento se llevaba la mano de Freya a los labios.

Era Jackson.

Marcel se puso de pie, saludó a su hermano cariñosamente y lo guió hacia la mesa.

–Me alegro mucho de verte. ¿Por qué no avisaste de que ibas a venir?

–Fue una decisión de última hora, y no puedo quedarme mucho tiempo. Freya, ¿podemos hablar a solas?

–Pero primero cenarás algo, ¿no? –protestó Cassie.

–Gracias, pero no puedo. ¿Freya?

–Sí –contestó ella.

No habría manera de negarle nada a aquel hombre. Había llegado el momento. El momento que siempre había sabido en el fondo de su corazón que terminaría llegando.

Jackson no dijo nada mientras ella le guiaba hacia el ascensor que los llevaría a su habitación. Cuando la puerta se cerró, Freya habló con un tono de voz que incluso a ella misma le sonó trémulo.

–Me has dado un susto apareciendo así de pronto.

–¿Te sorprende que haya venido? No debería. Me has obligado

prácticamente a hacerlo.

–Yo no te he obligado.

–Cuando hablamos por teléfono es como si hablara con una extraña. ¿Es eso lo que quieres ser para mí? ¿Una extraña?

–No, por supuesto que no. Pero…

–Cada vez que hablamos, siento como si te retiraras un poco más lejos.

–Es que estoy muy ocupada.

–¿Demasiado ocupada como para pasar algo de tiempo con el hombre que te ama? No pongas esa cara de sorpresa. Ya te dije en el aeropuerto que te amaba.

–No utilizaste la palabra «amor» –musitó Freya.

–Te dije que mi alma y mi corazón eran tuyos. Si eso no es amor, entonces, ¿qué es? Y antes de eso ya debiste de intuir mis sentimientos.

–Lo que sé es que los dos nos dejamos llevar. Han pasado tantas cosas que ya no podemos mirarnos el uno al otro como antes. ¿No es mejor dar un paso atrás y esperar un poco?

–No, no es mejor. ¿Y esperar a qué? ¿A que me dejes entrar en tu vida? Podría estar esperando toda la vida. Y no quiero esperar. Te amo. Creo que te amo desde hace mucho, y seguramente me habría dado cuenta antes de no haber sido por mi padre. Su afán por unirnos consiguió el efecto contrario. Pero no podemos permitir que nos haga esto. Me he retirado a la espera de que vieras que estamos hechos el uno para el otro, no porque mi padre lo diga, sino a pesar de él.

–¿Cómo sabes que estamos hechos el uno para el otro? –exclamó Freya–. ¿Solo porque es lo que tú quieres?

–No, creo que es lo que tú quieres también. Lo siento cuando te abrazo. Lo siento más todavía cuando nos besamos. Creo que tú me amas tanto como yo a ti.

–No tienes derecho a dar eso por sentado.

–¿Crees que solo creo lo que quiero creer? De acuerdo, ¿por qué no me demuestras que estoy equivocado?

Antes de que Freya pudiera responder, Jackson la estrechó entre sus brazos y la besó con una intensidad que encerraba un punto de desesperación. El instinto de resistirse a él duró solo un breve instante, y cedió ante la ferocidad de sus propios sentimientos. Sin

saber cómo, Freya empezó a besarle a su vez, seduciéndole y retándole con los labios.

–Tenía que venir –aseguró Jackson–. Me dije a mí mismo que sería paciente, pero no puedo pensar en nada más que en ti. Quiero casarme contigo. Te deseo más de lo que nunca he deseado nada en mi vida. No puedo creer que yo sea el único de los dos que siente esto, Freya. No me besarías así si no sintieras nada por mí. Eres mía. No puedes ser de nadie más.

Pero de pronto el miedo estaba otra vez allí, y Freya quiso liberarse.

–Eso era lo que solía decir Dan –exclamó–. Y todo era mentira. No, déjame en paz.

–Pero quiero casarme contigo. Tengo que hacerlo. No me rendiré.

–¿Te das cuenta de lo mucho que te pareces a tu padre cuando hablas así? Él dice lo que quiere y todo el mundo tiene que obedecer.

–Yo no soy mi padre, y no me parezco a él. No hago esto para complacerle. Creo que hace mucho tiempo que deseo casarme contigo.

–¿Cuánto tiempo? ¿Lo tenías en mente el día de mi boda, cuando ahuyentaste al novio? ¿Eso fue lo que pasó en realidad?

–No digas eso. Ni lo pienses.

–¿Por qué no iba a decirlo? Más te valdría admitirlo.

–¡No!

–Esa es la verdad, ¿no es cierto? Querías tenerme, así que lo manipulaste todo para conseguirme. Confié en ti. Me apoyé en ti. Sentí que podía hacerlo. Pero nunca has sido el hombre que yo creí que eras.

–Si eso es lo que de verdad piensas de mí –dijo Jackson–, entonces he estado perdiendo el tiempo. Los dos nos hemos estado engañando –soltó un gruñido–. Será mejor que me vaya. Si me quedo un rato más, podría empezar a odiarte tanto como te amo.

–Sí, vete. ¡Vete!

Jackson se dirigió de nuevo a la puerta, la abrió, y luego se detuvo y dijo en voz baja:

–Nunca he amado a nadie en mi vida como te amo a ti. Cuando me di cuenta fue como si de pronto saliera el sol. Me pareció que

nada volvería a ser igual a partir de entonces. Y no lo será. Pero no me imaginé que sería así. Adiós, Freya. Espero que encuentres la vida que yo no puedo darte.

La puerta se cerró.

Freya se lanzó sobre la cama y empezó a sollozar.

Freya tuvo una vez más la sensación de que la historia se estaba repitiendo. Tras el abandono de Dan, quiso empezar una nueva vida. Ahora tenía que empezar otra vez, pero sabía que Jackson no la había abandonado. Lo había abandonado ella a él. Pensar en su dolor le partía el alma, pero sabía que no tenía opción. Había algo que no encajaba entre ellos, y hasta que lo entendiera y se enfrentara a ello, no podía seguir adelante.

Trató de distraerse centrándose en los negocios, aprendiendo cada día algo nuevo de Marcel y Cassie. Los dos aseguraban que era una alumna espléndida.

–Creo que se te va a dar bien ser una mujer de negocios –comentó Marcel una noche–. Tienes visión de futuro y astucia, además de una buena cabeza para los números. Y no se te puede engañar con facilidad.

–¿Te refieres a que capté a Pierre y a los demás hombres que pensaban que podrían seducirme y quedarse con mi dinero? –Freya se encogió de hombros–. Fueron muy obvios. Como la mayoría de los hombres.

Marcel y Cassie se rieron. Marcel estaba a punto de rellenar las tres copas cuando sonó el teléfono.

–¿Quién puede ser a estas horas de la noche? ¿Diga? ¡Leonid! Qué alegría. ¿Qué me dices? ¡Enhorabuena! ¿Y cómo está Perdita? ¡Qué bien!

–¿Ha nacido ya el bebé? –preguntó Cassie encantada.

–Sí, es una niña. Madre e hija se encuentran bien.

–¡Qué alegría! –exclamó Freya.

Marcel colgó tras unos instantes.

–Estamos todos invitados al bautizo –dijo.

–Estupendo –repuso Cassie–. Siempre he querido conocer Moscú. ¿No te apetece la idea, Freya?

–Sí, me encanta –reconoció ella.

Estaría bien volver a ver a Jackson. Tal vez las cosas no volverían a estar nunca bien entre ellos, pero necesitaba ver su rostro, sus ojos, descubrir el futuro.

Al día siguiente regresó a Montecarlo, donde encontró a Janine de muy mal humor.

–Confiaba en que las cosas estuvieran mejor entre Amos y tú –comentó Freya.

–Juega a ser el marido devoto, pero a mí no me engaña. No hay más que ver las ganas que tiene de ir a Moscú.

–Por supuesto, se ha convertido en abuelo –argumentó Freya–. El mundo va a conocer a otro Falcon –añadió con gesto teatral–. Un miembro más de la gran dinastía. Debe de estar disfrutándolo.

–Sí –suspiró Janine–. Y si solo fuera eso, no me importaría. Pero no puedo evitar pensar en Varushka, la madre de Leonid.

–Creía que había muerto.

–Así es. Murió hace seis meses, y Amos viajó rápidamente a Rusia para estar en su lecho de muerte y despedirse de ella.

–Mamá, eso no significa que estuviera enamorado de ella. Seguramente lo haría por Leonid.

–Sí, sus hijos son lo más importante para él –reconoció Janine–. Supongo que irán todos a Moscú, incluido Jackson. Es una suerte.

–Sí –murmuró Freya–. Es una suerte, ¿verdad?

Capítulo 12

LEONID se encargó de todos los detalles del viaje a Rusia. Primero irían a la pequeña localidad de Rostov, donde se celebraría el bautizo. Luego pasarían unos días en Moscú.

El vuelo a Rusia salió del aeropuerto de Niza. Amos, Janine y Freya empezaron el viaje pasando la noche en Niza, donde se les unieron Cassie y Marcel.

–Si la niña nació en Moscú, ¿por qué no la bautizan allí? –preguntó Marcel mientras se tomaban una copa por la noche.

–La madre de Leonid era de Rostov –explicó Cassie–. Pudo decirle lo del bebé antes de que ella muriera, y quiere bautizar a la niña en la iglesia en la que está enterrada.

–Que no te oiga mi madre –le urgió Freya.

–No estará preocupada por Varushka, ¿verdad? –preguntó Marcel.

Freya se encogió de hombros y miró hacia Janine, aliviada al ver que bebía café tranquilamente. No le hacía demasiada gracia ir a Rostov, pero no se lo había dicho a Amos.

Jackson no estaba allí. Volaba desde Londres, y llegaría después de todos los demás. Freya se preguntó cómo sería su encuentro. ¿Intentaría evitarla? No podría culparle si lo hacía.

Al día siguiente viajaron a Rostov, donde Leonid y Perdita les esperaban con los brazos abiertos. Aquella noche celebraron una alegre fiesta en el hotel. Estaban todos los hermanos Falcon menos Jackson.

Harriet, la mujer de Darius, se acercó a saludar a Freya.

–¿Cómo te trata la vida? ¿No te está volviendo loca Amos intentando unirte a Jackson? Es el único hijo que le queda soltero.

–No tiene nada que hacer. A Jackson no le gusta que le digan que no, y a mí me gusta decir que no a todo. Imagínate lo desgraciado que le haría.

–Sí, ha heredado la obstinación de Amos –reconoció Harriet–. Pero hay una parte menos conocida de él. Le gusta proteger a las

personas. Y no solo a las personas.

–No te entiendo –dijo Freya frunciendo el ceño.

–Hubo un tiempo en el que hacía documentales de animales. Recuerdo que una vez vino a Herringdean y se quedó varios días con una cría de foca que había perdido a su madre, hasta que la madre apareció. Su jefe estaba furioso porque no había dejado que las cámaras se acercaran. No buscaba publicidad, solo ayudar a una criatura indefensa. Le despidieron y tuvo que buscarse otro trabajo. Así es como empezó a trabajar con Dan.

–No me lo había contado nunca –murmuró Freya.

–No habla de esa parte de sí mismo. Creo que no le gusta mostrar su lado sensible.

Freya se quedó pensativa. ¿Jackson era un pendenciero o un ángel de la guarda?

¿O ambas cosas?

Recordó otra situación: Larry le había hablado de la pelea que Jackson había tenido con una productora. Terminó perdiendo el trabajo y por eso había empezado a colaborar con Dan. Nadie conocía los detalles, pero se contaba como una prueba de la obstinación de Jackson, de su determinación por imponer su propia voluntad.

–Y resulta que estaba protegiendo a una cría de foca –murmuró Freya–. ¿Quién lo habría pensado? Yo. Porque a mí me protegió.

Ella le había acusado de dejarse guiar únicamente por la culpabilidad, y él nunca lo había negado. Pero había algo más. Jackson era un hombre que protegía a criaturas que sufrían porque anhelaba sentirse necesitado.

Freya necesitaba ahora estar sola y pensar en cómo había vuelto a cambiar todo.

Una vez en su habitación, la recorrió arriba y abajo, atormentada por el convencimiento de que lo que más anhelaba en el mundo se le estaba escapando de las manos. Y solo podía culparse a sí misma. ¿Volvería a ver a Jackson alguna vez?

Llamaron a la puerta. Freya abrió a regañadientes, dispuesta a echar de allí a quien se hubiera atrevido a molestarla en su tristeza. Entonces contuvo el aliento.

Se quedó mirando a Jackson con asombro, tratando de creer lo que estaba viendo. Tenía la expresión tensa, casi demacrada.

¿Dónde estaba Jackson, el hombre seguro de sí mismo? ¿Quién era aquel hombre de aspecto derrotado?

–Pasa –le pidió.

Jackson vaciló, y Freya tuvo la sensación de que el recuerdo de su último encuentro estaba todavía vivo en su cabeza. Le tomó la mano y lo hizo pasar a la habitación.

–Gracias –dijo él–. No te molestaré mucho tiempo. Hay algunas cosas que debo decirte y luego me iré y no volveré a molestarte. Pero te suplico que primero me escuches.

–No tienes por qué suplicarme. ¿Qué puedo hacer por ti, Jackson?

–He venido a hacer algo por ti, algo que espero que te alegre –dejó escapar un largo suspiro–. Dan se ha puesto en contacto conmigo.

Freya esperó a que le diera un vuelco el corazón con la noticia. Pero no pasó nada.

–Quiere que haga algunos programas con él –continuó Jackson–. Nos hemos reunido un par de veces, pero no hemos hablado de trabajo. Solo habla de ti.

–Dile que no se preocupe. No voy a ir a buscarle con una escopeta.

–No es eso lo que le preocupa. Quiere ir a buscarte con un anillo de boda.

–Esa es una broma de mal gusto.

–No es una broma. No deja de hablar de ti. Se ha dado cuenta del error que ha cometido.

Freya dio un paso atrás y se lo quedó mirando fijamente, tratando de leer su expresión. Pero era indescifrable.

–Creo que esa es la razón por la que se ha puesto en contacto conmigo –continuó Jackson–. Quiere que te hable bien de él. De hecho, le prometí que hablaría contigo.

–Pues estás loco. No estoy enamorada de Dan. Y, si alguna vez lo estuve, eso se acabó. Ya te lo había dicho.

–Escúchame, Freya: he estado pensando mucho en por qué no he conseguido tu amor. Y por fin lo tengo claro. Siempre lo había sospechado, pero no quería enfrentarme a ello. Lo cierto es que nunca has dejado de amar a Dan.

–Por favor…

–Y él te ama a ti. Déjame decirle que tiene alguna oportunidad.

–No sé por qué estás haciendo esto –replicó ella furiosa–. ¿No decías que me amabas?

Jackson se puso igual de furioso que ella.

–¿Acaso no entiendes que hago esto porque te amo? Quiero que vuelvas con el hombre al que amas como nunca me podrías amar a mí. Un hombre que puede darte la felicidad que yo no puedo darte. Quiero que seas feliz.

Freya se le quedó mirando fijamente, asombrada por las implicaciones de lo que estaba diciendo.

–Yo ya no tengo nada –afirmó Jackson–. Ni siquiera mi vida, que es tuya. No puedes echarme de ningún sitio porque no me marcharé mientras pueda caber la posibilidad de que me necesites en algún momento.

Freya no podía creer lo que estaba oyendo. Jackson, un hombre decidido y fuerte, se estaba poniendo a su disposición. Se había quitado la careta y la armadura. Lo que quedaba era el hombre de verdad, vulnerable, indefenso y dispuesto a mostrarse así ante ella.

–¿No lo entiendes? –preguntó Jackson–. Soy tuyo, y no puedes librarte de mí –esbozó un amago de sonrisa–. Ya lo ves, soy un mandón.

–Sí, de la peor clase –murmuró Freya acercándose a él–. De los que creen que saben qué les conviene a los demás. No me escuchas cuando te digo que no estoy enamorada de Dan, pero es la verdad. Y voy a obligarte a aceptarlo porque yo también puedo ser una mandona.

Su rostro adquirió una nueva expresión. Confusión mezclada con esperanza y cierta alarma, como si tuviera miedo de ilusionarse demasiado.

–Mis métodos son muy rudos –afirmó Freya mirándole a los ojos–. Y cuando haya terminado contigo tendrás que creerme –le bajó la cabeza para poder apoyar los labios en los suyos–. Bésame, Jackson. Es una orden. Tú no eres el único que manda aquí. Bésame.

Él obedeció con pasión, rodeándola con sus brazos de modo que no pudiera escaparse aunque quisiera. Pero no quería. Quería sentir la presión de sus labios, que crecía a cada instante. Quería sentirle temblando de deseo contra su cuerpo, que también temblaba como

nunca.

Tenía todo lo que quería. Jackson era suyo, tanto como ella de él. Sus labios se lo decían, y también los brazos y el poderoso latido de su corazón. Le deseaba con una intensidad que solo podía satisfacerse de un modo, y estaba dispuesta a conseguirlo.

Cuando lo guió hacia la cama, Jackson vaciló durante un breve instante, como si no se atreviera a pensar que sus sueños pudieran hacerse realidad. Pero entonces el deseo acabó con la duda y cayeron juntos en la cama, besándose, abrazándose, murmurando, quitándose la ropa el uno al otro hasta que no quedó nada entre ellos.

Hicieron el amor con una mezcla de ternura y pasión que la dejó embriagada. Freya respondió con todo su ser.

Después, Jackson la estrechó con fuerza contra su pecho, de modo que ella pudo escuchar el latido de su corazón.

–Siento como si acabáramos de conocernos –murmuró él.

–Sí, yo también –afirmó Freya feliz–. Esta es una nueva vida para nosotros. Y hay algo más. Gracias a Harriet, ahora te conozco mejor que antes.

–¿Harriet?

–Ella me contó lo de la cría de foca de Herringdean y todo lo que hiciste por protegerla.

–Si mi padre supiera la verdad, me retiraría la palabra.

–Pero eso fue lo que me llevó a darme cuenta de que quería tenerte en mi vida. Empecé a entender lo mucho que me necesitas, y cuánto deseas que yo te necesite también.

–Sí –suspiró Jackson–. Antes no era consciente de ello. Freya, ¿esto nos está pasando de verdad?

–Es tan bonito que yo tampoco puedo creerlo. Pero sí, es real –murmuró ella–. No voy a casarme con Dan. Voy a casarme contigo.

–Eh, eso iba a decirlo yo.

–Lo siento, me he adelantado.

–Sí –reconoció Jackson feliz–. Supongo que tendré que acostumbrarme a que tú también mandes.

–No puedo creer lo feliz que soy –suspiró Freya–. Y me alegro de que sea aquí, en este lugar, con el resto de la familia tan contenta. Excepto…

–Tu madre y mi padre –intervino Jackson–. Es triste, ¿verdad?

¿Cómo vamos a disfrutar realmente de nuestra propia felicidad cuando las cosas están tan mal entre ellos? Mi padre no entiende que cuando amas a alguien de verdad no debes temer que conozca tu debilidad, como tú conoces la mía.

–Mi madre no quería venir a Rusia. Cree que Varushka fue el gran amor de la vida de Amos.

–Está equivocada. Creo que Janine es la mujer a la que más ha amado, pero no sabe cómo demostrárselo.

–Ya basta de hablar de ellos –sentenció Freya–. Quiero pensar solo en ti. Ven a mí, cariño, ven a mí. Eso es. Sí, sí…

El bautizo se celebró en una pequeña iglesia de las afueras de la ciudad. Todo salió a la perfección. Janine no parecía preocupada, y Freya empezó a confiar en que todo saldría bien. Después, Leonid abrió camino hacia la tumba de su madre, situada en la parte de atrás, y toda la familia le siguió.

Excepto Janine, que se dio la vuelta y empezó a alejarse.

Freya corrió tras ella, y Amos y Jackson se acercaron también.

Janine se giró para mirar a su marido, que se puso tenso.

–¿Qué ocurre? –inquirió Amos–. ¿Por qué me miras así? Solo quería presentar mis respetos.

–Deja ya de fingir –le espetó Janine–. Es a ella a quien amabas. Lo sé desde hace meses, desde que me dejaste tirada para acudir corriendo a su lecho de muerte. La elegiste a ella antes que a mí.

–¡No! –explotó Amos–. Eso no fue así. Vine porque era lo que tenía que hacer.

–Sí, porque ella quería que lo hicieras. Cuando volvamos a casa te voy a dejar.

Amos exhaló un profundo suspiro. Freya y Jackson intercambiaron una mirada.

–De acuerdo –dijo Amos–. Te voy a contar la verdad: no vine por propia voluntad. Me chantajearon.

–Amos, por favor, ¿esperas que me crea que Leonid te chantajeó?

–No, él no sabía nada al respecto. Fue… –se detuvo y sintió un escalofrío–. Fue Perdita.

Janine no dijo nada, pero su cara mostraba escepticismo.

Amos se pasó la mano por el pelo.

–Es la verdad –afirmó–. En aquel entonces, Perdita era periodista. Se enteró de un negocio algo dudoso que yo había cerrado. Podría haberme causado muchos problemas si hubiera hablado. Y amenazó con hacer exactamente eso si no venía a ver a Varushka antes de que muriera. Por eso se decidió todo tan rápidamente. No tuve elección.

Amos aspiró con fuerza el aire.

–Es la verdad, cariño. Por favor, créeme.

Las palabras «por favor» hicieron que todo el mundo alzara la mirada. Amos nunca le había dicho «por favor» a ninguna mujer.

Y Freya vio algo más. El rostro de Amos reflejaba la misma expresión indefensa que había visto en Jackson la noche anterior.

Era una expresión que ninguno de los dos había puesto antes. Estaba segura de ello. Y significaba lo mismo: la voluntad de sacrificarlo todo para ganar el valioso precio.

Horus padre y Horus hijo habían conseguido la victoria a la vez. Casi podía escuchar los gritos de triunfo procedentes del templo de Edfu.

Janine tenía la vista clavada en Amos, que estaba tenso y muy quieto. Luego soltó un grito de alegría y se lanzó a sus brazos. Amos hundió la cara en su cuello y pronunció su nombre con voz ahogada. Para entonces, el resto de la familia se había acercado y todos aplaudieron.

–¡Lo ha hecho! –le dijo Jackson triunfal a Freya–. Le ha hablado de su debilidad. Eso ha conseguido el milagro.

Amos alzó la cabeza. Tenía las mejillas húmedas.

–Supongo que todavía tengo mucho que aprender –murmuró con voz ronca.

–Algunas cosas –reconoció Jackson.

–Y para demostraros que he visto la luz, os prometo que os voy a dejar en paz a los dos. No seguiré intentando que os caséis. Eso se ha terminado para siempre.

–Ya se había terminado –le dijo Jackson–. Nos hemos prometido esta mañana.

Hubo más aplausos.

Freya y Jackson se marcharon. Al irse vieron a Amos alzando el pulgar hacia ellos en gesto victorioso.

–Supongo que ya tiene lo que siempre había querido –dijo Freya.

Se besaron y luego siguieron su camino, dejando al resto de la familia atrás. Dejando el mundo atrás. Porque ahora tenían un mundo nuevo por delante, en el que no existía nada ni nadie más.

Y así sería siempre.

Epílogo

LA BODA, discreta y sencilla, se celebró en una pequeña iglesia de la campiña en la que se oyeron los cantos de los pájaros durante la ceremonia. Fue idea de Freya, y a Amos le pareció muy bien. Lo único que pidió fue ser el padrino, y ella aceptó encantada.

En esa ocasión no le daba miedo que el novio no se presentara. Sabía que no había fuerza sobre la Tierra capaz de apartar a Jackson de ella. Él se lo había demostrado con palabras y con hechos.

Todos los Falcon estaban presentes. Nada podría haber impedido que se perdieran aquella boda. Sonrieron cuando Amos y Freya avanzaron despacio hacia el altar. Jackson mantenía la mirada fija en la novia, como si no se atreviera a creerse del todo que estuviera allí. Todos disfrutaron del momento en que Amos entregó a Freya a su hijo.

Luego Amos se sentó al lado de Janine en un banco de la primera fila. Escucharon juntos las primeras palabras del sacerdote:

–Estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer…

Amos tomó la mano de su esposa y se la apretó ligeramente. Suspiró aliviado cuando ella hizo lo mismo. Desde el viaje a Rusia, en el que se redescubrieron el uno al otro, Amos tenía la sensación de estar viviendo en un nuevo e inexplorado universo.

La ceremonia continuó. Los novios pronunciaron sus votos.

«En lo bueno y en lo malo».

Amos le murmuró a Janine al oído:

–Intenta perdonarme por lo malo.

Ella sonrió y le miró a los ojos.

–A partir de ahora todo va a ir mejor.

Finalmente, los novios salieron de la iglesia, listos para empezar su vida marital. Y tras ellos salieron Amos y Janine, que también iban a iniciar un nuevo comienzo.

Aquella noche, cuando Jackson y Freya estaban el uno en brazos

del otro, ella murmuró:

–Creo que hoy tú y yo no éramos los únicos novios.

–Sí, eso me pareció a mí también –dijo Jackson–. Y pensar en lo cerca que han estado de perderse el uno al otro…

–Igual que nosotros. Si no se te hubiera ocurrido esa farsa…

–Era verdad. Dan se puso en contacto conmigo.

–Me refiero al resto, a eso de que estarías cerca de mí el resto de tu vida. ¿De verdad habrías hecho algo así?

Freya le escuchó reírse en la oscuridad.

–No lo sé. Estaba tan desesperado que habría intentado cualquier cosa.

Ella le pegó con suavidad.

–Eres un tramposo. Dijiste lo primero que se te ocurrió para salirte con la tuya.

–Quería estar contigo a toda costa. Después de todo, soy un Falcon.

–Y yo ahora también, así que más te vale andarte con cuidado.

–Todavía tengo muchas cosas que aprender, pero no puedo hacerlo solo. Tendrás que enseñarme.

–Vaya, eso podría ser interesante.

–Más que interesante.

Jackson la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos con una intensidad que resultaba al mismo tiempo exigente y protectora.

–¿Por qué no empezamos ahora mismo? –susurró.